



MARIONETAS  
DE SANGRE

JUAN DÍAZ OLMEDE

Lectulandia

Gogan se está muriendo de una enfermedad incurable. Un día decide acudir a una reunión de un grupo de apoyo y allí conoce a Lili, otra joven en su misma situación. Entre ellas surgirá una atracción y un deseo de vivir que las llevará a intentar desafiar su inminente muerte...

**Lectulandia**

Juan Díaz Olmedo

# **Marionetas de sangre**

ePUB r1.0

17ramsor 16.09.13

Título original: *Marionetas de sangre*  
Juan Díaz Olmedo, 2004  
Diseño/Retoque de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## **RECONOCIMIENTO - NO COMERCIAL - SIN OBRA DERIVADA 2.5 ESPAÑA**

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.

Bajo las condiciones siguientes:

**Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador.

**No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

**Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

A Ana Voog por inspirarme el inicio de esta historia,  
a Poppy Z. Brite por inspirarme su desarrollo  
y al Marques de Sade por inspirarme los medios y la dedicación para terminarla

# **Primera Parte**

## **MUERTE**

¿Qué demonios estoy haciendo aquí?

La lluvia cae sobre mí, empapando mis cabellos y mis ropas, resbalando sobre mi rostro y mis manos, cayendo al sucio suelo en pequeñas cascadas desde la punta de los dedos de mis manos de niña. Miro de nuevo la triste y deslucida fachada que hay frente a mí. El rótulo con el nombre está compuesto por letras de un verde oscuro que el tiempo ha virado hacia el marrón. En un gesto inútil compruebo de nuevo el nombre comparándolo con la pequeña nota en la que la escribí cuando me lo dijo mi médico, y me sorprendo de la desgana que cualquiera podría leer en mi letra. No sé por qué he venido, salvo quizá por mitigar mi aburrimiento. No necesito esto. Es algo tan estúpido que casi me da risa de no ser porque hace mucho que nada me hace reír.

Es cierto. No me río desde que descubrí el agujero negro.

Entro tímidamente, como si temiera que alguien me reconociera. El mantener varios secretos me ha acostumbrado a moverme de forma furtiva, tanto cuando entro en la consulta de mi médico como cuando visito algún pub de ambiente. El interior es tan deprimente como el exterior, si no más. Suelos y paredes verdes, el color de los hospitales desde que descubrieron que las manchas de sangre sobre él son menos reales, menos perturbadoras. Luces de neón que secan mis ojos. La gente que se cruza conmigo me mira con una expresión tan vacía que no hago el menor intento por descifrarla. Cielos, odio este lugar. ¿Por qué he venido?

Consulto en el directorio donde es la reunión. Por suerte es en este mismo piso. Me encuentro en uno de esos días en los que parece que la medicación no ha funcionado bien y el agujero negro me está robando las fuerzas. Me arrastro hacia allí, adentrándome en una zona desierta de este maldito centro social. Me asomo a la sala donde se va a efectuar la reunión. He llegado demasiado temprano, y está vacía. El interior no es muy prometedor: El mismo color verde por todas partes, las mismas luces de neón. Una de ellas parpadea de forma inconstante. Su sola visión me pone nerviosa. Un círculo de sillas de colegio está en el centro de la habitación. Es patético que intenten crear un ambiente acogedor en este lugar. Salgo de allí y me siento en uno de los bancos de la sala de espera.

Al poco escucho pasos que se acercan. No levanto la vista cuando alguien entra en la sala de espera y se sienta en el banco frente a mí. Lo primero que veo son sus zapatos, unas grandes botas grises, con cordones rojos en los que hay una palabra bordada una y otra vez en diminutas letras negras. Tras un pequeño esfuerzo consigo leerla.

Muerta.

—Hola —me dice una alegre voz femenina.

Levanto la vista y al fin veo el rostro de la propietaria de las botas grises. Me sorprende gratamente su aspecto. Es una jovencita mortalmente pálida de profundos ojos verdes, con un rostro de rasgos extraños pero atractivos. Tiene el pelo de un

rubio clarísimo y lo lleva peinado en largas rastas. Esta cubierta con un elegante vestido negro. Lleva guantes color lila que dejan al descubierto sus largos dedos.

—¿Te gustan mis botas? —me pregunta.

Me limito a asentir. Estoy un poco desconcertada ante su presencia. Desentona tanto con el ambiente que la vulgaridad de lo que nos rodea parece acrecentarse por la comparación.

—Mucha gente me pregunta porque llevo esos cordones —me dice—. Cuando les digo que me estoy muriendo, nadie me cree.

Es comprensible. A mí también me cuesta trabajo el creer que una persona que me mira de esa forma, que mueve las manos con esa energía, que viste con ese estilo se esté muriendo. En poco tiempo me he acostumbrado a la presencia de los desahuciados, he aprendido a distinguirlos incluso en una multitud. Pero Botas Grises no parece una desahuciada. Me pregunto por un momento si no estaré siendo víctima de una broma cruel, o sencillamente de la curiosidad de una morbosa.

—¿Te gusta vestir de negro? —me pregunta, señalando mi gastada vestimenta.

—Sí —le contesto—. Es elegante.

—Y extravagante —me dice ella—. Ahora demasiada gente viste de negro, pero a mí me sigue gustando. Si lo sabes llevar bien, sigue siendo un gesto de distinción, algo que dice mucho de ti al observador avezado.

Su sonrisa constante y el tono de su voz están consiguiendo que comiencen a curvarse las comisuras de mis labios. Cielos, me encanta como me mira. Es tan deliciosamente descarada...

—¿Vienes al grupo? —me pregunta.

—Me temo que sí —le digo.

Ella suelta una pequeña risa.

—A ti tampoco que atrae mucho la idea, ¿verdad? —me dice.

—Creo que tengo muchas cosas mejores que hacer que contarle mis desgracias a un grupo de desconocidos.

—Sí, claro —me dice ella—. Cuando te estás muriendo no puedes permitirte el perder el tiempo.

La naturalidad con la que habla de nuestra condición me aturde. Siento que está siendo cruel conmigo, y al mismo tiempo consigo misma. Sin embargo, esa crueldad me produce una cierta sensación de liberación.

—Es curioso —dice ella de repente—. Si no queríamos venir, ¿qué hacemos aquí?

—Eso mismo me he preguntado yo —le confieso.

—Alguna razón habrá —dice ella—. Lo justo sería quedarnos a averiguarla.

Asiento en silencio. La sencilla lógica de su razonamiento y la forma tan graciosa en la que ha movido su cabeza han conseguido al fin que sonría. Me sorprende que

los labios no me duelan por la falta de costumbre.

—No me has dicho tu nombre —le pregunto.

—Ni tú el tuyo —dice ella.

Entonces, rompiendo el tenue hechizo que ella había creado con su mera presencia, llegan el resto de los miembros del grupo. Un pequeño montón de personas de aspectos descuidados, ropas arrugadas, andares pesados, miradas oscuras y apesadumbradas, rostros afligidos y afilados por la enfermedad. Entre ellos, hablando con voz suave, está el que se supone que será nuestro director de grupo. Es un hombre de baja estatura, medio calvo, con barba recortada castaña clara y gafas de montura de pasta casi del mismo color. Viste una camisa de cuadros curiosamente similares a los de las hojas de un cuaderno escolar.

Sin que nadie nos lo diga, entramos en la sala y nos sentamos en el círculo de sillas. Botas Grises se sienta de una forma curiosa, cruzando sus piernas bajo ella como una yogui. Yo me siento junto a ella, esperando que su compañía me haga algo más soportable la sesión. El terapeuta de barba castaña nos reparte a cada uno una pegatina blanca con el encabezamiento "Hola, me llamo". Nos vamos pasando el rotulador uno a uno y escribimos nuestros nombres. Botas Grises escribe "Lili" en el suyo. Yo siento un extraño y cínico impulso y escribo en el mío: "Hola, me llamo Gogan y estoy muerta.". La mirada de desconcierto del terapeuta cuando lo ve me provoca una risa que intento ahogar cubriendo mi boca con la mano. Cuando Lili se da cuenta de lo que pasa, se ríe abiertamente.

—Genial —me dice.

Todos la miran, sorprendidos y creo que escandalizados. Deben pensar que la risa está fuera de lugar en este lugar, en sus mundos, en sus vidas. Deben pensar que no debemos tener ningún motivo para reír.

Yo era como ellos hace solo un instante. ¿Qué me está ocurriendo?

La forma en la que se ha sentado el terapeuta también me da risa, aunque consigo contenerme. Está inclinado hacia delante, con un brazo cruzado frente al y el otro apoyado sobre una rodilla para poder apoyar su barbilla en el puño. Deben de llamarla "Postura de oyente comprensivo N° 1" en la escuela de psicología. Casi no me resisto a la tentación de susurrárselo a Lili al oído.

—Bien, buenas tardes a todos y gracias por venir —dice el terapeuta de repente—. Me llamo Emil y seré el director de este grupo. Creo que lo mejor será comenzar por presentarnos para empezar a conocernos.

Me doy cuenta de que Emil no lleva la pegatina. Tal vez sea su forma inconsciente e hipócrita de distinguirse de nosotros, de decirse a sí mismo "No soy uno de esos pobres desgraciados.". Cielos, no hemos comenzado todavía y ya no le soporto.

Siguiendo el orden del círculo todos comienzan a presentarse. La mayoría ni

siquiera levanta la vista del suelo. Dicen su nombre, y después se describen de idéntica forma: Qué enfermedad tienen, cuando supieron que estaban enfermos, cuando supieron que no tenían cura, cuanto tiempo les queda. Vaya, creía que estaba rodeada de desahuciados, no de enfermedades andantes.

A Lili le va a llegar el turno antes que a mí. Estoy impaciente por escuchar lo que va a decir.

—Hola —dice cuando al fin llega su momento—. Me llamo Lili, como podéis ver en esta estúpida pegatina. No me apetece para nada contaros qué enfermedad tengo, ni como lo cogí, ni cómo lo descubrí. No creo que os interese, la verdad. El caso es que moriré dentro de menos de un año, y tengo la ventaja de saber cuanto tiempo me queda, algo que no todos los mortales pueden decir. Intento aprovechar esa ventaja para compensar la desventaja de que pasaré aquí menos tiempo que la mayoría. Y aunque creo que no tengo ningún problema psicológico mi médico me pidió que viniera. La verdad es que no sé por qué lo he hecho.

—Por favor, Lili —dice Emil, exasperado—. Estamos aquí para ayudarte. No tienes porque ocultarnos nada.

—Ayudarme —susurra Lili, mirando fijamente a Emil—. Usted no puede ayudarme.

—Claro que podemos —insiste Emil.

—¿Puede usted curarme? —dice Lili—. ¿Puede hacer eso?

—Nadie puede hacer eso, Lili —dice Emil—. Pero queremos ayudarte a superarlo.

—¿Superarlo? —dice Lili. Parece haber estallado—Creo que sé lo que significa para usted superarlo. Significa que mi enfermedad se convierta en el centro de mi vida. Que me resigne a mi destino y me limite a sentarme a esperar a que la muerte se me lleve. A que sea una enferma terminal buenecita y no les dé la tabarra a las personas sanas como usted.

Lili se pone en pie de un salto. Emil se cubre instintivamente ante un ataque que nunca llega.

—¿Cree que voy a pegarle? —dice Lili, sorprendida.

Emil aparta lentamente las manos de su rostro. Lili se está riendo de él, y yo también. Mira a mí alrededor, y veo algunas sonrisas en el resto del grupo.

Lili, no sé de donde has salido, pero eres maravillosa.

—Con su permiso, Emil —dice Lili con un exquisitamente cruel sarcasmo—, voy a vivir el resto de la vida que me queda.

Lili se da la vuelta y sale de la habitación. Me levanto y salgo tras ella.

—Parece que no me equivoqué contigo —me dice cuando estamos fuera.

Sin detenernos salimos fuera del deprimente centro social. Ha dejado de llover al fin.

—Creo que ya sé por qué he venido —le digo.

—¿Por qué? —me pregunta, sonriendo.

—Porque necesitaba conocerte —le digo.

Estoy débil, pero me siento fuerte. Lili ha roto algo en mi interior con su violento cinismo. Ha conseguido que me acepte tal y como soy, que acepte que voy a morir pronto. Y lo ha hecho tan de golpe que siento vértigo.

—Lili —le digo tímidamente, acercándome un poco más a ella—. ¿Tú entiendes? Por un momento no sabe de qué le estoy hablando. Cuando lo comprende, sonrío.

—No —me dice—, no entiendo.

—Oh, lo siento —le digo. Habría sido demasiado perfecto.

—Pero quizá alguien pueda explicármelo —me dice de repente Lili, tomándome del brazo.

—¿Dónde vamos? —le pregunto cuando comenzamos a caminar.

—A donde tú me quieras llevar —me dice—. Sorpréndeme.

El cielo sigue estando gris. A lo lejos puedo ver el resplandor de un relámpago. El sonido del trueno nos golpea poco después. Comienzan a caer gruesos goterones. No me importa mojarme, y parece que a Lili tampoco.

Hacia mucho que no venía por aquí. Desde que supe que iba a morir.

Esto no es exactamente un club de ambiente gay, pero suele haber mayoría de homosexuales en su clientela. Me gusta porque es discreto y bonito. Es un sitio romántico con buena música ambiental. Lili y yo estamos en uno de los reservados, iluminadas por la luz de una lámpara en la mesa que nos separa que imita la luz de una vela. Me encanta esta luz dorada y bailarina, como se refleja en los ojos de Lili.

Me encanta lo que me hace sentir Lili. Tengo miedo de que cuando se marche, esa sensación desaparezca.

Lili se ha quitado el abrigo. El resto de su ropa también es negra. Un extraño símbolo cuelga de su cuello en una cadena. Parece una estrella de 7 puntas, con la punta superior de mayor tamaño que las otras.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

En mi boca tengo el sabor del café irlandés que hemos pedido. No lo había probado nunca, y no sabía si me iba a gustar. Lili me convenció de que lo hiciera diciéndome que quizá no tuviera la oportunidad de volver a hacerlo. No me arrepiento de haberlo hecho. Me encanta como sabe. Por un momento me siento maliciosa y me pregunto si Lili se atreverá a probar lo que tengo que ofrecerle, siguiendo su propio consejo.

Yo mismo me sorprendo a veces de lo pervertida que puedo llegar a ser. Y me encanta. Una no consigue ser escritora de novelas eróticas pensando como una remilgada.

—Es el símbolo del Caos —me dice—. Uno de sus muchos símbolos. El que a mí me parece más bonito.

—¿El Caos? —le pregunto.

—Sí —dice ella—. La Entropía.

Lili ha debido de leer la confusión en mi rostro. Se inclina hacia delante y reflexiona durante un instante, dispuesta a darme una clase de filosofía extravagante.

—Todo el universo se puede entender como el conflicto entre dos fuerzas —me dice—. Una de ellas es el Orden. Es todo aquello que podemos medir, predecir, acotar. Es aquello que sigue leyes. Bueno, no es correcto. Es las leyes en sí, las normas. Todo lo ordenado, lo que sigue una estructura más o menos compleja que podemos llegar a estudiar y comprender. ¿Lo coges?

—Creo que sí —le digo.

—Y también está el Caos. Es todo lo que no es Orden. Es aquello que no sigue ninguna norma, aquello que no podemos explicar. Es lo desordenado, lo que no sigue un patrón. En nuestras almas, el Orden sería el sentido común y los instintos naturales.

—¿Y el Caos? —le pregunto—. ¿Qué sería?

—Nuestros sentimientos más puros, nuestros impulsos —dice Lili, sintiendo cada

palabra como si surgiera de su corazón—. Es el arte, es la locura. Es vivir al día. Es el azar.

—¿Por qué llevas su símbolo? —le digo, aunque intuyo la respuesta.

—Veras, es una teoría personal un poco rara, pero es mía y la sigo.

—Cuéntame, por favor —le pido, fascinada.

—El Caos nos ha hecho ser lo que somos —me dice ella lentamente. Ha reflexionado sobre cada una de sus palabras cientos de veces antes. Quizá las haya escrito en algún lugar—. El azar es principalmente lo que nos ha hecho enfermar. El Caos controla la evolución de nuestras enfermedades, principalmente. En todo Caos hay un poco de Orden, por eso esta estrella es simétrica. Pero es primariamente Caos lo que fluye por nuestras venas, lo que nos está matando.

—¿Y como puedes rendirle culto entonces? —le pregunto, desconcertada.

—Porque nuestra única salida es abrazar el Caos —me dice, ligeramente exaltada—. Debemos vivir cada instante que nos queda siguiendo solo al Caos. Siguiendo nuestros impulsos, viviendo al día. Atreviéndonos a hacer cosas que los que temen morir no se atreven a hacer. Dime, ¿qué ganas negando el hecho de que vas a morir?

—No lo sé —le digo. Trato de buscar una fisura en su razonamiento, pero es demasiado hermoso como para desmoronarlo con un golpe de desencantado cinismo, o de frío positivismo.

Es por eso por lo que lo estoy aceptando, porque es hermoso. Porque si no fuera cierto, sería bonito que lo fuera. Porque las cosas deberían ser así, aunque no lo sean.

—Creía que el negar la propia mortalidad era algo intrínseco al ser humano. Todos tenemos miedo a morir —le digo al fin.

—No, eso es falso —me dice ella, sonriendo y haciendo un rápido gesto con uno de sus pequeños dedos—. Es algo de nuestra sociedad, de nuestra cultura, algo grabado a fuego en nuestras mentes de una forma tan profunda que no podemos imaginar que haya gente que no lo tenga. Pero han existido muchas culturas en las que la muerte, el hecho de que algún día todos vamos a morir, se ha aceptado como algo natural, como una puesta de sol o las mareas. Y yo creo que esa es la forma correcta, porque morir es algo natural, algo necesario, algo que da sentido a nuestras vidas.

Asiento lentamente. Casi puedo ver el brillo de la fe dentro de sus hermosos ojos verdes.

Cielos, me encantaría besarla.

—Esa es la bendición del Caos —me dice, mientras con un gesto de su mano abarca a todas las personas que nos rodean, en sus reservados, ignorando nuestra conversación, sin poder escuchar la suave y seductora voz de Lili—. ¿No te has dado cuenta de lo que le ocurre a la gente que no acepta que algún día va a morir?

Es algo que me ha ocurrido muchas veces en mi vida, creo que más de lo normal

incluso para una persona que ha pasado mucho tiempo sola, dándole vueltas y más vueltas a la naturaleza del mundo dentro de su cabeza. Es como si dentro de mi cabeza hubiese respuestas solitarias, respuestas huérfanas a la espera de una pregunta que las cristalice, que les dé un sentido. Y la pregunta de Lili ha activado una de esas respuestas, desvelándome un secreto que yo conocía sin saber desde hacía mucho.

—La gente que no sabe que va a morir se limita a esperar a que lleguen tiempos mejores —digo casi en un susurro—. Al negar la muerte se niega la vida.

—Así es, Gogan —me dice ella, con los ojos abiertos en el gesto de sorpresa más hermoso que he visto jamás—. Todo está compuesto por opuestos. Si niegas uno, niegas el otro, porque los opuestos se dan significado mutuamente.

De repente agarro la mano de Lili y acaricio su dorso con mis dedos. Puedo sentir su calor en la palma de mi mano, el suave tacto de su piel. Casi intuyo su perfume.

—¿Por qué haces eso? —me pregunta, con una enigmática sonrisa en sus exquisitos labios.

—Porque no sé cuándo podré volver a hacerlo —le digo—. Porque no puedo permitirme esperar.

Suelto su mano y acaricio su bonito rostro con cuidado. Ella cierra los ojos al sentir mi caricia y ladea suavemente su cabeza, sus labios entreabiertos en un casi imperceptible gemido de placer. Vuelvo a sentir esa sensación de vértigo que Lili me provoca, ese irresistible huida hacia delante, pero ahora al fin la comprendo. Me levanto de mi asiento lo suficiente como para acercar mis labios a los suyos y besarla con toda la ternura de la que soy capaz.

Retrocedo, temerosa de repente por su reacción. Siento los latidos de mi corazón retumbando dentro de mis oídos, transmitidos por mi excitada sangre. Ella sigue con los ojos cerrados, inundándose de las sensaciones que yo le provoqué. Creo que nunca he amado a nadie como la amo a ella. Y hace solo dos horas que la conozco.

Al fin abre los ojos. Me mira con ternura, y también me asombra descubrir un leve matiz de admiración. Su lengua sale ligeramente de entre sus labios y los relame lentamente, mientras vuelve a entrecerrar los ojos. Cielos, creo que por un instante se me ha detenido el pulso.

Me siento como en un sueño, como si flotara. Caminamos juntas, cogidas de la mano, nuestros dedos entrelazados. La lluvia nos moja, pegando las rastas de Lili a su cabeza, dándole aún más aspecto de una niña pequeña. Casi no hablamos desde que la besé en el pub, tan solo nos sentimos, absortas la una en la otra. Me imagino lo que debe de estar pasando por la deliciosa cabecita de Lili. Ella ha conmocionado mi mente con su extravagante filosofía y a cambio yo he conmocionado su cuerpo con una sexualidad que ella no conocía. Creo que el intercambio ha sido injusto, porque ella me ha dado a mí mucho más de lo que yo podría darle jamás a ella.

Tengo mucho miedo de que llegue el momento de nuestra separación. Tengo

miedo de que con ella se vaya también la fuerza que ella me ha dado.

Nos resguardamos de la lluvia en un portal. Ahora es ella la que agarra mi rostro con sus manos y me besa, aún con timidez. Yo la rodeo con mis brazos, pegando nuestros cálidos y mojados cuerpos, sintiendo sus suaves curvas contra las mías.

—¿Qué te gustaría hacer mañana? —me pregunta.

—Pasarlo contigo —le digo. No me atrevo aún a decirle todo lo que me gustaría hacer con ella.

—Eso por supuesto —me dice ella—. Pero ¿qué te gustaría que hiciésemos?

—Tengo la impresión de que a ti ya se te ha ocurrido algo —le digo, sonriéndole.

Ella se limita a asentir, mirándome con ojos traviosos.

Estamos justo donde nos conocimos, exactamente 24 horas después, sentadas en los mismos bancos de plástico, la una frente a la otra. Este lugar ya no me deprime, incluso diría que la luz de los fluorescentes ya no me irrita tanto los ojos. Aún me siento débil, pero ahora tengo una nueva fuerza, una fuerza que no surge de mi cuerpo sino de ella. Miro sus bonitos ojos verdes y me estremezco al ver en ellos un brillo travieso. La deliciosa energía transgresora de lo que vamos a comenzar me tiene embriagada, es como una corriente de divina locura que me impulsa desde que oí la idea por primera vez de los labios de Lili, labios que me he llevado todo el día besando.

La noche anterior ella me había dejado en el portal del viejo bloque de pisos baratos donde vivo. Aún llovía, y aún no habíamos separado nuestros cuerpos. No sé de donde saqué el valor para pedirle que subiera conmigo, que pasáramos la noche juntas. Posiblemente del miedo que tenía a lo que pudiera sentir cuando ella y su divina influencia se alejasen de mí. Mientras ella se despedía de mí, notaba que era de nuevo consciente de mi debilidad, de la enfermedad que me estaba comiendo poco a poco, de ese agujero negro al que ya no temía pero que, a fuerza de hablar con él en la oscuridad de la noche, había llegado a odiar.

—No te pongas triste —me dijo ella, sonriéndome mientras acariciaba mi rostro con la palma sus manos—. Llegaremos vivas al amanecer. Y entonces nos veremos. En el jardín botánico.

Ya no había nada de timidez en sus gestos, en sus caricias, en sus besos. Lili había aceptado la nueva sexualidad que yo le había mostrado y la llenaba de nuevos matices, le iba dando poco a poco su desquiciada y genial esencia de puro caos. Sabía que en poco tiempo la alumna se convertiría en maestra.

—¿Hace falta que sea tan temprano? —le dije, en broma.

—No podemos permitirnos perder el tiempo —me dijo ella.

Había agarrado mi rostro con más fuerza y me había besado con tal pasión que me sorprendió, pero yo respondí con igual intensidad. Después, sin decir nada, se alejó en la lluvia, deteniéndose solo para mirar atrás un instante. Yo la miré hasta que ella se alejó totalmente de mi vista. Y seguí allí no sé cuánto tiempo más, dejando que la lluvia me mojara, que mis cortos cabellos castaños se me pegaran aún más a mi cabeza.

De nuevo estaba allí. El maldito agujero negro. De nuevo lo sentía dentro de mi cabeza.

Las rodillas me flaquearon por un instante. Subí a mi apartamento y vomité lo poco que había tomado con Lili en mi sucio retrete. Allí arrodillada, la realidad de mi condición volvió a golpearme con fuerza, de nuevo fui consciente de la suprema e inexorable verdad de que no viviría para ver otra primavera, y no como un suceso romántico, no como Lili lo veía, sino como algo frío e injusto.

No sé cuánto tiempo estuve acurrucada junto al retrete, en un suelo que hacía mucho que no había fregado, sintiendo como mis ropas mojadas se pegaban a mi cuerpo. Con Lili la muerte era distinta. Con Lili no me sentía tan débil, aunque lo estuviese, con Lili la debilidad era algo que podía superarse con pasión y con un poco de locura.

Tienes que ser digna de ella, me dije tras todo aquello. Tenía que intentar al menos el significar para ella lo mismo que ella significaba para mí. Tenía que honrar sus enseñanzas, que seguir su camino. Tenía que hacer que lo nuestro fuese perfecto a toda costa, porque sabía que este es el último romance que íbamos a poder vivir en nuestras miserables y desgraciadas vidas. Sacaré las fuerzas de donde haga falta. Lo haré por ella.

Nunca imaginé que pudiera enamorarme en tan poco tiempo, aunque supongo que cuando te estás muriendo todo tu mundo interno debe moverse más deprisa.

Me quité las ropas mojadas y me sequé el pelo. Por un instante contemplé mi delgado y pálido cuerpo desnudo en el espejo del cuarto de baño. Estaba mucho más delgada, mi cuerpo había perdido muchas de sus curvas. Nunca me había sentido una mujer hermosa, salvo en una ocasión que nunca podré olvidar. El testimonio de esa ocasión estaba guardado en el fondo de uno de los cajones de mi dormitorio. Lo había metido ahí tras descolgarlo de la pared, porque la visión de la belleza que había perdido se había vuelto demasiado dolorosa.

Casi no me había dado cuenta de lo oscuros que estaba ya mis cabellos. Habían perdido totalmente el tinte rojo que solía ponerles, y juraría que se habían vuelto más oscuros aún. Tenía que volver a ser bella. Tenía que serlo por ella. Ella también se estaba muriendo, como yo, pero era la mujer más hermosa que jamás había conocido. Recordé lo que Frida me había enseñado, hacia ya años, que la belleza surge del interior, que está más en la actitud y en los gestos que en el cuerpo o en el rostro. La primera vez que oí eso creí que eran palabras amables para consolar a una jovencita fea.

Pero poco después Frida me enseñó que eran ciertas.

El día había amanecido nublado, amenazando lluvia. Esta vez llevaba un elegante paraguas negro, regalo de mi padre en los tiempos en los que todavía admitía que yo era su hija. Llevaba mi mejor traje, negro y de corte sastre, con pequeñas rayas grises. Y mis cabellos volvían a ser rojos, de un rojo brillante, llameante, como le gustaba llamarlo a Frida.

Llegué a las altas puertas de hierro forjado mientras el sol salía lentamente, su resplandor comenzando a teñir de rojo las oscuras nubes justo donde el horizonte tocaba la desigual línea de los edificios. Un cartel frente a mí me avisaba de que faltaban cuatro horas para que el parque se abriera al público. Lo miré sin poder creerlo por un momento. Claro, tendría que haberlo sabido. Es demasiado temprano.

¿Por qué me habría citado allí? Por un momento pensé que me había engañado, que no iba a presentarse. Una arcada me hizo doblarme y apoyarme en la puerta enrejada, cerrada por un grueso candado. El tacto del metal me resultó sorprendentemente frío. Me pregunté si la muerte sería también así de fría.

—¿Te encuentras bien? —susurró la voz de Lili, sorprendentemente cerca de mi oído.

Me giré y la encontré allí, a mi espalda, vestida con un traje negro distinto del de la noche anterior, pero igualmente hermoso, con sus largas rastas de nuevo secas y una enternecedora expresión de preocupación en su rostro. La rodeé con mis brazos y besé sus mejillas.

—Tan solo creía que te había perdido —le dije.

No sé cómo Lili me convenció para que saltáramos la puerta, ni sé de donde saqué fuerza para trepar por los fríos barrotes, pero sentí una emoción placentera y salvaje al hacerlo. Comenzamos a caminar por entre los grandes y extraños árboles del jardín, árboles venidos de lugares extraños y que crecían de formas antinaturales en un clima que no era es suyo propio.

—Me encanta este lugar —me dijo Lili—. Sobre todo cuando no hay nadie. Se supone que tendría que estar vigilado, pero lo cierto es que hasta que no llega el guarda a las diez aquí no hay nadie.

—Además —le digo—. ¿Qué podría pasar si nos encontraran?

—Que nos arruinarían la mañana.

Lili cargaba una pequeña cesta colgando de uno de sus hombros. No sé cómo se las arregló para trepar a puerta con ella, supongo que estará acostumbrada a hacerlo. De ella sacó un gran mantel de tela negra, con motivos celtas en blanco.

Lo puso bajo la baja copa de un nudoso árbol gris y sobre él nos sentamos. Nuestro desayuno consistió en tostadas con mermelada de frambuesa, y tuvimos una espontánea competición para determinar quién podía chuparse la mermelada de la punta de los dedos de forma más sensual. Toda mi timidez había desaparecido de golpe por la influencia de Lili. Me sentía como cuando Frida me fotografió, pero no olvidaba que en nuestra actitud había un sutil aunque amargo matiz de desesperación.

Cuando terminamos, nos tumbamos la una junto a la otra, bajo el árbol. Entonces surgió aquella deliciosa idea.

—Imagina que tuviéramos nuestro propio grupo de terapia —me dijo ella, de repente—. Para gente como nosotros.

—¿Y como sería? —le pregunté, creyendo que era una broma.

—Un grupo para aceptar la muerte —me dijo ella, mirando al infinito—. Y un grupo para aprender a consumir al máximo la poca vida que nos queda. Una pequeña sociedad en la que todos se ayudaran a cumplir sus sueños.

Entonces me di cuenta de que ella hablaba en serio.

—Sería hermoso —le dije—. ¿Pero cómo lo haríamos?

—Los reclutaríamos de la terapia de grupo de ese horrible centro social —me dijo ella, mirándome con un brillo travieso en los ojos—. Les robaremos a los pacientes. Y lo haremos esta misma tarde.

Por un momento me sentí aturdida. Nunca me ha gustado andarme con precipitación, pero en el poco tiempo que llevaba con Lili, había descubierto que la precipitación era la mejor forma para huir de la desesperación.

El resto del día hemos estado perfilando el desquiciado proyecto que nos ha llevado aquí hoy. Llevamos cada una un pequeño montón de octavillas en papel morado, fotocopias de un original que hemos escrito esta misma mañana, en el jardín botánico. Desde el principio me pareció demasiado agresivo, pero supongo que tienes que serlo si quieres romper la coraza de autocompasión de los desahuciados:

¿Eres un desahuciado? ¿Te dan menos de un año de vida?

Admítelo: ESTÁS MUERTO.

No tienes nada que perder en esta vida. Ese es tu poder.

Esta noche, a las 21:00, reúnete con nosotros en el cementerio. Aprenderás a aceptar lo que eres, a disfrutar del poco tiempo que te queda, a cumplir tus sueños imposibles y a ayudar a que otros los cumplan.

LA SOCIEDAD DE LOS MUERTOS VIVIENTES.

Vive cada día como si fueras a morir mañana. En tu caso, podría ser verdad.

Vuelvo a leer una octavilla, y por un instante me horrorizo. Hemos cruzado la línea, hemos sido demasiado crueles. Tal vez deberíamos abandonar esta absurda idea. Tengo miedo de como pueden reaccionar los otros desahuciados. Quizá tengan derecho a que los dejemos solos con su dolor.

No, no debo pensar así. Así era como estaba yo ayer, y hoy mismo ya soy distinta. Todavía no entiendo muy bien que es lo que Lili me ha dado, como lo ha hecho, pero hoy ya veo mi propia muerte de otra forma. Y me siento viva. Más aún, me siento eufórica, aunque haya veces que las rodillas no me aguanten, aunque tenga siempre en la boca el amargo sabor de mi propia condenación.

Se me corta la respiración cuando escucho los pasos del grupo. Miro a Lili, que me sonrío. Nos ponemos en pie cuando ellos llegan, y sin decirles nada les damos una octavilla a cada uno de los que llega. La mayoría se detienen un momento a leerlas, aunque algunos se la guardan directamente en un bolsillo y entran en la fría habitación donde será la sesión. Los que la leen parecen creer que es parte de su propia terapia, hasta que nos reconocen. Varios rostros grises nos miran con horror, no hay expresión en otros muchos, tan solo quizá hastío. Pero entre esos rostros, por un breve instante, creo distinguir una sonrisa.

—¿Vais a entrar? —dice una voz severa, cerca de mi oído izquierdo.

Cielos, demasiado fuerte, demasiado cerca de mi agujero negro. Por un instante siento deslizarse un cuchillo por el interior de mi cráneo. Me agarro la cabeza con las manos en un inútil intento de mitigar el dolor, mientras siento como va desvaneciéndose, dejando breves y punzantes pulsaciones mientras lo hace.

Es Emil quien me ha hablado, y ahora se limita a mirarme con expresión estúpida. Lili agarra mi cabeza y me dice algo, pero yo no la oigo. Es ahora cuando me doy cuenta de que solo oigo un pitido ahogado. Miro sus ojos, veo su preocupación, veo como siente mi dolor vibrando a través de sus manos. Agarro su cabeza suavemente, acariciando sus largas rastas. Entonces el pitido comienza a calmarse y comienzo a oír su voz, como si proviniera de la distancia.

—¿Estas bien? —me dice—. ¿Te ocurre algo?

—Nada —susurro—. Me pasa algunas veces.

Emil no ha hecho más que mirarnos. Para ser un terapeuta no parece estar muy bien entrenado. Tan solo ahora se atreve a volver a hablar. Al menos ahora lo hace más lejos de mi oído.

—Creía que no ibais a volver —nos dice, como si lamentara que lo hayamos hecho.

—No vamos a entrar —le dice Lili—. No queremos esta terapia.

No sé como Emil ha conseguido coger las octavillas que me habían sobrado. Se me había olvidado completamente que las estaba sujetando. Emil lee una de ellas mientras niega vehementemente con la cabeza y murmura algo para sí. Ya debe habernos clasificado como victimas de algún síndrome con nombre intrincado de persona muerta hace mucho.

—Estáis enfermas —nos dice levantando al fin la vista de la octavilla—. Necesitáis ayuda.

—Váyase al infierno —le dice Lili, quitándole las octavillas.

Aunque no lo necesito, me apoyo en Lili para salir de allí. Me encanta sentirla a mi lado, sentir su calor, su perfume. Por un momento, mientras la cabeza parecía estallarme, la he visto de una forma distinta. He leído que había gente a la que los tumores les han despertado áreas del cerebro que normalmente no se usan, que han desarrollado algunas sensibilidades y habilidades extrañas. Me pregunto si será eso lo que me ha ocurrido. Lo cierto es que he notado algo muy extraño en Lili, algo sutil que no puedo explicar pero que me fascina. Por un instante no la he visto como un ser humano a punto de morir. Por un instante, cuando he acariciado sus cabellos, he sabido de alguna forma que ella es una persona que se encuentra ya más allá de la muerte. Aunque lo más posible es que tan solo sea una ilusión provocada por mi maldito agujero negro.

Entramos en el pequeño utilitario rojo de Lili, con el que nos hemos desplazado todo el día.

—¿Estás bien? —me pregunta, preocupada.

—Sí —le digo—. Ha sido ese imbécil de Emil. Los sonidos fuertes me afectan mucho.

Lili vuelve a coger mi cabeza con sus manos. Me encanta sentir el tacto de sus dedos sobre mi cráneo, palpándolo como si de alguna forma pudiera sentir lo que hay en su interior.

—¿Es un tumor? —me pregunta.

Hasta ahora nunca habíamos hablado de nuestras enfermedades.

—Sí —le digo—. Inoperable. Y no tiene tratamiento. Lo encontraron demasiado tarde.

—Lo siento —dice ella.

Me da un tierno beso en la frente. Acaricio su rostro un momento con la punta de mis dedos, mientras me pierdo en el interior de sus ojos verdes.

—¿Qué eres? —le pregunto.

Veo la sorpresa en sus ojos, aunque intenta ocultarla, y lo hace muy bien.

—Soy Lili —me dice.

Decido respetar su secreto. Sé que antes de morir sabré la verdad.

Cielos, a cada instante que pasa la amo más aún.

El dolor hace tiempo que ha pasado, pero esa sensación de irrealidad sigue turbándome, alentada por el enigmático y hermoso lugar al que voy junto a Lili. Contemplo la Luna Llena sobre nosotras, su disco brillante cruzado por delicados hilos de nubes, y me parece una imagen demasiado hermosa para ser real, como surgida de un cuento de hadas, de un sueño, de una fantasía. Es lo mismo que siento cuando miro a Lili. Hemos dejado el coche cerca de aquí, y caminamos juntas de la mano, nuestros dedos entrelazados, apenas sintiendo en nuestras palmas el golpeteo acompasado de nuestros corazones.

Es ya casi las nueve cuando llegamos a la entrada del cementerio. Cuando veo la alta y ornamentada cerca que cierra la entrada me doy cuenta de que no recuerdo la última vez que estuve aquí. Sé que he estado, al menos de pequeña, en entierros de familiares que nunca llegué a conocer bien y que ya casi no recuerdo. Pero eran momentos tan distintos a este que casi no les encuentro relación, como si este fuese un lugar totalmente diferente a ese que visitaba obligada por las circunstancias, rodeada de personas que trataban de aparentar una tristeza que no sentían mientras evitaban mirarse los unos a los otros no fuese a ser que su hipocresía se reflejara de alguna forma en sus miradas.

Entonces me doy cuenta de que realmente nunca he estado aquí. No crecí en esta ciudad, a mis parientes los enterraron muy lejos de aquí.

Un débil gemido se escapa desde el fondo de mi garganta.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta Lili, tomando mi rostro con una de sus suaves manos.

—Es mi agujero negro —le digo, con más tristeza de lo que pretendía—. Mi tumor. A veces es como si desordenara mis recuerdos.

—Debe de ser horrible —me dice ella, acariciándome suavemente con sus dedos.

Yo tan solo asiento. Tal vez sea esa la forma que el agujero prefiere para atormentarme, ahora que tengo a Lili para sacar de ella las fuerzas que él me quita. Recuerdo de repente que hoy no he tomado mi medicación. Debería ser incapaz de permanecer de pie, pero me siento extrañamente fuerte. No me siento capaz de correr, ni siquiera de hacer el amor. Pero sé que podría permanecer despierta durante días si me lo propusiera. Además, contamos con la misteriosa alquimia que he recogido junto con Lili antes de venir al cementerio.

La niebla nos rodea como arropándonos. Siento sus frías caricias a través de mis ropas.

—¿Crees que vendrá alguien? —pregunto a Lili.

—Alguien vendrá, no te preocupes —dice ella, sonriéndome con expresión de malvada de opereta.

—¿De verdad crees que necesitamos a alguien más? —le digo. Es algo que lleva rondándome por la cabeza todo el día. Tal vez solo sea egoísmo, el hecho de que no

quiero compartir a Lili con nadie. No quiero compartir el tiempo que me queda con ella. No es suficiente como para compartirlo.

—Los necesitamos —me dice ella—. Más de lo que piensas.

Y presiento que detrás de esas palabras hay un nuevo misterio, un nuevo enigma que me hará amarla más aún.

Rodeo su cuello con mis brazos y la beso, sintiendo en sus cabellos el aroma a especias del antro de alquimia que hemos visitado.

Lili me había llevado en su pequeño coche, adentrándonos en partes de la ciudad que yo no conocía. Era un lugar extraño, que debería ser deprimente de no ser por todas las exuberantes muestras de vida que aparecían por todas partes. Grafittis y artísticas pintadas de esotéricos motivos decoraban las paredes de anodinos y deshumanizados bloques de viviendas. Pandillas de jóvenes de ropajes extravagantes y actitud indolentemente sensual languidecían apoyados sobre coches viejos, mirando a todos lo que pasaban de forma furtiva, como si les temieran a todos, o quizá deseando que todos les temieran.

—¿Es aquí donde vives? —le pregunté.

—Cerca de aquí.

La mayoría de las personas que veíamos eran inmigrantes, gentes de piel de cobre o de ébano. Extraños que comenzaban a adaptarse a un mundo extraño. Me pregunté de donde provendría Lili, si sería también ella una inmigrante, pese a ser blanca. Me di cuenta de lo poquísimos que sabía de ella, y de la poca curiosidad que tenía en conocer detalles sobre su vida, como si temiera que algún hecho mundano de su existencia o de su pasado enturbiara el hechizo al que me tenía sometida, revelándomela como un simple ser humano, no como la diosa del Caos que es ella para mí.

Lili había detenido el coche frente a un pequeño edificio de una sola planta, cuya fachada estaba totalmente cubierta por una pintada de motivos tribales africanos. La seguí al interior a través de una cortina de cuentas, y penetramos en una sensual y cálida penumbra desde la que nos asaltaron miles de olores curiosos y extraños, algunos suaves, algunos ácidos, algunos desagradablemente penetrantes. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad pude ver el larguísimo mostrador y las estanterías que había frente a él. Todo el aquel lugar excitaba mi imaginación, atrayéndome y repugnándome de igual manera. Grandes tarros de cristal inundaban las estanterías hasta el punto de que la madera, estropeada por la humedad, parece estar a punto de romperse bajo su peso. En su interior, mantenidos en líquidos aceitosos, había hierbas extrañas, raíces de forma caprichosa y otros cientos de cosas que no acerté a reconocer. También había hierbas sobre el mostrador, atadas con pequeños trozos de cuerda formando hatos, clasificadas de alguna forma que no llegué a comprender. La única luz de aquel lugar era la que provenía del exterior, y el

pequeño resplandor rojizo de un quemador de incienso de barro que había sobre el mostrador.

Me sobresalté cuando unas oscuras manos de largas uñas se posaron sobre el quemador. Había una mujer allí, tras el mostrador, ocultándose entre las sombras. Aquellas manos encendieron una larga cerilla, y al resplandor de su llama pude ver el rostro de aquella mujer. Tenía la piel muy oscura, aunque sus rasgos no me parecieran completamente africanos. Sus ojos eran muy hermosos, y su boca muy sensual, y tenía una de las narices más exquisitamente formadas que he visto en mucho tiempo. Sus negros cabellos formaban largas rastas, como las de Lili.

—Los Loas dijeron que vendrías —dijo con una voz grave y de timbre extraño, con un fuerte acento.

Lili cruzó ambas manos frente a su pecho, como un cadáver en su ataúd, y se inclinó en una liguera reverencia.

—¿Sabes a que he venido? —preguntó Lili, con un leve tono de respeto en su voz.

—Quieres la alquimia de Kobra —dijo ella—. Quieres acabar con el dolor, quieres una ilusión de vida.

—Así es —dijo Lili.

Yo estaba maravillada ante aquella misteriosa conversación. No podía apartar la vista de los ojos de aquella hermosa mujer. Justo antes de que quemara sus dedos, usó la llama de la cerilla para encender una larga vela que descansaba directamente sobre el mostrador, sin ningún tipo de candelabro. Entonces pude ver la puerta de la que había surgido, y descubrí la estrella de siete puntas que había tallada sobre su marco. Supe que allí, tras esa puerta, era donde Lili había adquirido su extraña sabiduría. Y tal vez esta mujer, Kobra, si es que ese era su nombre, era el origen de su sabiduría, de su magia.

Deseaba hablar, deseaba preguntar cientos de cosas, tantas que no sabía por cual empezar, pero la atmósfera de aquel lugar tenía una cierta cualidad mística que me conminó a permanecer callada. Ya habría tiempo para las preguntas.

Lili sacó un pequeño frasco alargado de cristal del bolsillo de su abrigo. Estaba lleno de un líquido que en aquella luz me pareció de un rojo oscuro, casi negro. Lili lo miró por un momento y lo puso sobre el mostrador, frente a Kobra.

—¿Es reciente? —preguntó Kobra, cogiendo el frasco con ambas manos, como si atesorara su contenido. El líquido en su interior se movía lentamente, proyectando sombras rojas en su hermoso y salvaje rostro.

—De esta mañana —dijo Lili—. ¿Es lo que querías?

—Sabes que es mucho más lo que quiero —dijo Kobra, sonriendo por primera vez, una sonrisa suave y algo cínica—. Pero me conformaré con esto.

Kobra rodeó el mostrador y buscó por un momento entre los frascos de cristal.

Fue entonces cuando me fijé en el contenido de algunos de aquellos frascos, iluminados ahora por la tenue luz de la vela. Un montón de huevos de pequeño tamaño, con pintas oscuras, llenaban completamente un enorme frasco, junto a otro en el que flotaban algunas raíces. Bajo ellos, en la estantería inferior, había frascos más pequeños, llenos de restos de procedencia animal que flotaban sumergidos en un líquido amarillento. Un centenar de pequeños ojos me miraban desde el interior de uno de los frascos. Con un escalofrío de repugnancia, aparté la vista.

Kobra sacó de entre los tarros una pequeña lata, como las que se usaban hace tiempo para guardar el café. Volvió con ella tras el mostrador y la abrió, mostrando una sustancia rojiza, como la arena de un desierto americano. Con una pequeña cuchara fue poniendo pequeñas cantidades de aquella sustancia en un papel de estraza. Había algo furtivo en los movimientos de Kobra mientras hacía esto, como si estuviera dispuesta a ocultar la lata y su contenido en cuanto escuchase el más leve roce de la cortina de cuentas de la entrada. Ya había perdido la cuenta de cuantas medidas de aquella pequeña cuchara había puesto sobre el papel cuando cerró la lata y dobló el papel cuidadosamente, dándoselo a Lili. Sin dilación, volvió a ocultar la lata entre los frascos.

—Has sido generosa —le dijo Lili en cuanto volvió tras el mostrador.

—Tú también —dijo Kobra, y entonces su sonrisa fue más sincera.

Lili guardó el papel en el mismo bolsillo del que había sacado el frasco. Hizo de nuevo aquella reverencia y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Quién es ella? —preguntó Kobra, como si acabara de darse cuenta de que yo estaba allí.

Lili tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. Me miró a los ojos por un instante, y en ellos vi ternura, y también orgullo. Siempre había soñado con que alguien me mirase así. Pese a la extraña solemnidad de aquella escena, me atreví a sonreír.

—Es mi amante —dijo Lili, sin dejar de mirarme.

Algo me impulsó a apartar la vista por un instante de los ojos de Lili para mirar a Kobra, y su expresión me desconcertó. Había celos en su mirada, pero también había temor. Temor no por ella, sino por mí, como si temiese lo que pudiera ocurrirme. Kobra se inclinó sobre la vela, y con la misma teatralidad con la que se había conducido desde que llegamos, la apagó de un soplido.

No me atreví a hablar hasta que estuvimos de nuevo en el coche, alejándonos de aquel barrio.

—¿Quién es ella, Lili? —le pregunté, con una voz mucho más tímida de lo que me había propuesto.

Lili desvió la vista un momento de la calle y me miró a los ojos, y la ternura de su sonrisa disolvió las tinieblas de mis pensamientos.

—No dejes que ella te asuste, cielo —me dijo—. Toda esa atmósfera, toda esa teatralidad, incluso ese acento no son más que máscaras. Kobra es una maestra de la sugestión, y usa ese poder para seducir a los demás con su misterio.

—Como tú —le dije.

Me arrepentí al instante de haberlo dicho. Temí que se molestase, temí que dejase de hablarme. Por algún motivo me aterraba la idea de que Lili pudiera enojarse conmigo.

Pero ella tan solo sonrió.

—Sí, como yo —dijo—. Eres muy astuta. Eso es parte de lo que somos, parte de nuestra sabiduría.

—¿Y que sois? —le pregunté, intrigada. Tenía miedo de que la respuesta me decepcionase, pero mi curiosidad podía más que mi temor.

—Ella es la Mambo Kobra, y yo soy la Mambo Lilibeth, su discípula.

Yo había leído algo de las religiones afroamericanas, y me era familiar aquella palabra.

—¿Sois sacerdotisas de vudú? —le pregunté.

—No, no exactamente —me dijo ella—. Seguimos otro camino, uno que no tiene nombre, el que después se corrompió en América al mezclarse con un cristianismo mal entendido originando el vudú, el candomblé, la santería y todos esos cultos.

—Fascinante —susurré.

Y pensé que me encantaría ser la discípula de Lili, que ella me enseñara los secretos de su sabiduría, poder tener su fuerza y su poder de seducción. Y me entristeció pensar que ya no me quedaba tiempo para aprender nada.

La abracé con cuidado de no estorbarla mientras conducía, y deseé quedarme dormida oliendo sus cabellos.

—Así que ese es tu secreto —le susurré al oído—. Eres una bruja.

—Puedes pensar eso si quieres —me dijo ella.

Yo me eché a reír, y después la besé en el cuello. Lili dio un respingo y el coche se zarandeó por un instante.

—Vas a hacer que nos matemos —me dijo ella.

—Ya estamos muertas —le dije yo.

La niebla se vuelve más y más espesa a nuestro alrededor. Lili se sienta sobre la grava, apoyando la espalda contra las altas puertas del cementerio. Yo me siento a su lado, y un escalofrío recorre mi espalda cuando toca los fríos barrotes metálicos.

—Ya casi es la hora —dice ella—. Deben de estar al llegar.

—Si es que viene alguien —le digo yo.

La abrazo de nuevo, tratando de conseguir algo de calor. La noche se va volviendo más y más fría por momentos.

—Espero que no pretendas que saltemos esta cerca —le digo.

—No te preocupes por eso —me dice ella, mirándome un momento y sonriendo de forma pícaro—. He pensado en todo. No ha sido casualidad ni ironía lo que me ha hecho elegir este lugar.

—Vamos, no lo niegues —le digo yo, sonriendo—. Este lugar es perfecto para nosotros. Que mejor que un cementerio para recibir a un grupo de muertos vivientes, para que sean conscientes de su propia mortalidad.

Ella sonrío como una niña traviesa.

—No lo niego —me dice —pero no es la primera vez que vengo a este lugar. Uno de los secretos del Arte Primario es el saber utilizar las emociones. Hay poder en las emociones. Y el miedo y la reverencia que uno siente ante los cementerios son muy poderosos.

—¿Qué es eso del Arte Primario? —le pregunto, desconcertada.

—Prefiero llamarlo así a decir simplemente magia —dice Lili.

De repente creo escuchar voces entre la niebla, voces suaves y susurrantes.

—Se acercan —dice Lili.

Se pone en pie y me ayuda a levantarme. Ahora comprendo que debe presentarse con dignidad ante los que lleguen. Me halaga que ante mí haya revelado su naturaleza y haya renunciado, al menos por lo que yo sé, a usar sus teatrales y deliciosas técnicas de seducción. Las voces se hacen más y más fuertes. No puedo entender lo que dicen, pero les oigo lo bastante bien como para saber que son dos personas, un hombre y una mujer. Hablan en susurros, como temerosos de quien pueda estar esperándolos, y al parecer sin tener en cuenta ese peculiar efecto de la niebla que lleva hasta muy lejos el más leve sonido, aunque transfigurándolo para que adopte una cierta cualidad espectral.

Ahora podemos ver sus siluetas recortándose entre la niebla. Ellos también nos han visto a nosotros, y guardan silencio. De repente podemos verlos, como si el viento hubiera descorrido una cortina de niebla. Son un hombre y una mujer, como yo había adivinado, pero no imaginaba que fuesen tan jóvenes. Me sorprendería que alguno de los dos superase los 20 años. Ambos tienen la mirada apagada y el aspecto abatido de los desahuciados. Ambos visten de forma descuidada, con ropas de colores indeterminados que van desde el azul oscuro al negro azulado. Él camina con las manos perezosamente dentro de sus bolsillos, las delicadas y pequeñas manos de ella cuelgan como las de una muñeca desvencijada. Los dos llevan el pelo muy corto, secuela de alguna terapia brutal que ha sido totalmente inútil, pues si no, no estarían aquí.

Se quedan por un momento mirándonos, al borde del océano de niebla que nos rodea. La chica es asiática, pequeña y delicada, tan delgada que casi cruza la línea que separa la lástima de la repugnancia. El chico es pelirrojo, y sonrío como si vernos le divirtiera. Por un momento creo ver un brillo de emoción en los ojos de ella.

Lili abre los brazos en un gesto de bienvenida.

—Bienvenidos —les dice—. Gracias por haber venido.

—¿De qué va todo esto? —dice el chico sacando una de nuestras octavillas del bolsillo de su pantalón. Veo que está arrugada y que tiene algo apuntado por la cara no impresa.

—Justo de lo que dice ahí —dice Lili—. Esto también es una terapia, pero sin gente normal. Aquí solo estamos nosotros, nosotros y nuestra fuerza.

La chica da unos pasos hacia nosotros. Puedo ver la fascinación en su rostro. Sonríe por un momento, y se me desgarran el corazón cuando adivino lo bonita que debió de ser antes de que la atacara la enfermedad y la degeneración.

—Sois como nosotros —dice ella—. También estáis enfermas.

—Pues claro —dice Lili—. Estábamos en la terapia, ¿no nos recordáis? Armamos bastante ruido.

—Creía que no estabais enfermas —dice el chico.

—¿Qué creíais que hacíamos allí entonces? —le digo.

Me arrepiento de haber hablado. Temo haber interferido en la actuación de Lili, haberle quitado poder. Pero ella no parece contrariada.

—No lo sé —dice él—. Tal vez erais solo unas pervertidas que queríais reiros de un grupo de desgraciados.

—¿Por qué piensas eso? —dice Lili—. ¿Es algo que harías tú?

El chico reacciona como si le hubieran golpeado. Mira a Lili con una profunda expresión de odio que consigue por un momento apartar el hastío de su mirada.

—¿Lo ves? —dice Lili señalándolo—. Piensas en ti como si ya hubieras muerto, pero todavía puedes odiar. Todavía puedes sentir.

—Esto es demasiado raro —dice el chico, mirando a la chica—. Yo me voy.

—No, Joseph —implora ella, agarrándole de la manga de su chaqueta—. Quédate.

—Deja que se vaya —dice Lili, haciendo un gesto de desprecio hacia Joseph—. No todos están preparados para lo que tengo que ofrecer.

—¿Qué es eso que tienes que ofrecer, eh? —dice Joseph, intentando coger a Lili en un renuncio. Tiene la actitud del desesperado, del que lucha por orgullo pero desea ser derrotado, aunque no lo admite ni ante el mismo.

—Que vivas el resto de la vida que tienes con plenitud, sin dolor, sin miedos —dice Lili, y sus palabras vuelven a seducirme—. Que agarres el poder que tienes y los uses. Que descubras que no has sido maldecido, sino bendecido.

—Solo hay algo que puede interesarme —dice Joseph—. Y seguro que no puedes dármelo.

Lili me mira por un momento, y cuando veo lo que hay detrás de sus ojos el ritmo de mi corazón se salta un latido. Sé que no tenía pensado que nadie, ni siquiera yo,

supiera todavía lo que está a punto de decir, pero va a arriesgarse a decirlo.

—¿Estas seguro de eso, Joseph? —dice.

Joseph ya se estaba marchando. Se detiene y se da la vuelta lentamente.

—¿Puedes curarme? —pregunta, incrédulo.

—No —dice Lili—. No puedo hacer eso. Pero quizá pueda hacer otra cosa. No te prometo nada, porque es muy peligroso lo que vamos a hacer, pero quizá pueda impedir que mueras.

—Eso es mentira —dice Joseph, casi en un susurro.

—¿Qué tienes que perder? —le pregunta Lili.

No sé de donde ha sacado Lili la llave que abre la cancela del cementerio, pero supongo que no le habrá costado mucho robarla. Aunque nos ha asegurado que no hay de que preocuparse, hemos entrado con sigilo, temiendo ser descubiertos por algún personaje tenebroso y maligno que se oculte entre las lápidas y los mausoleos, dispuesto a atacar a aquellos que profanen el silencio de este lugar de muerte. Sonríe cuando pienso que todos los vigilantes de cementerios de las antiguas películas de terror suelen ser personajes terroríficos y oscuros. Pero aquí trabaja gente normal, gente que tiene amigos, familia, aficiones. Me pregunto si el trabajar en un cementerio te terminará afectando, si temes a la muerte cuando las ves todos los días, si puedes llegar a amarla.

Las palabras de Lili todavía no han llegado a afectarme, como si se hubiesen quedado amortiguadas por mi mente, esperando que tenga la presencia de ánimo necesaria como para aceptarlas, para recapacitar sobre ellas. Por un momento me sorprende sintiendo miedo de Lili, preocupándome de lo poco que la conozco, de lo poco que he querido saber sobre ella. No sé que clase de persona es. No sé de lo que es capaz. Pero ella se gira un momento y veo sus terribles y hermosos ojos verdes, y la verdad de que la amo con locura me supera.

Además, como ella misma ha dicho, no tengo nada que perder.

Estamos sentados sobre una lápida de mármol, en la que hay un nombre escrito: "Karla Freund". No es una tumba escogida al azar, pero todavía no sabemos que ha motivado a Lili a escogerla entre los cientos de tumbas que nos rodean. Estamos sentados formando un cuadrilátero, Lili y yo sobre la tumba, sintiendo el frío del mármol bajo nuestros traseros, Joseph y la chica, que ha dicho llamarse Wong, en la grava que la rodea. Lili ha sacado una larga vela de uno de los bolsillos de su abrigo, la ha encendido y después ha derramado un poco de cera para ponerla frente a ella, justo sobre el nombre de la lápida. La luz de la llama ilumina la estrella de siete puntas que cuelga de su cuello.

—Primero el dolor —dijo Lili—. Hay algo que he aprendido empujada por la necesidad. Todas esas pastillas, toda esa química penosa y débil que nos dan para que aguantemos eso que nos está matando no es más que un pobre sustituto de lo que

algunos llamamos alquimia.

Lili saca un pañuelo rojo con dibujos negros de uno de sus bolsillos. Lo despliega sobre la tumba, y en su interior veo algunas pequeñas pipas de cristal, como las que se usan para fumar hachís. Del mismo bolsillo saca el papel de estraza con el extraño polvo rojo que hemos comprado a Kobra a cambio de la sangre menstrual de Lili, como ella misma me ha confesado. Usando el mismo papel de estraza, con cuidado pero con movimientos decididos, llena las cazoletas de tres de las pipas y nos las va pasando. Cuando termina de llenar la suya, saca un bonito encendedor con forma de daga.

—¿Qué es esto? —pregunta Wong, mirando la pipa con extrañeza. Parece estar nerviosa. Tiene ese miedo a las drogas de todo aquel que se ha esforzado toda su vida por respetar la ley, el miedo a que el solo hecho de saber algo sobre ellas les pueda hacer cómplices de algún delito.

—Algo que paliará tu dolor —le dice Lili, encendiéndole la pipa—. No te preocupes, lo llevo usando desde hace bastante.

—¿Y porqué los médicos no nos lo dan? —pregunta tímidamente, quizá siendo consciente de lo estúpida que es su pregunta al mismo tiempo que la está diciendo.

Lili la mira y sonrío, y el nerviosismo de Wong parece evaporarse de repente. La magia de Lilibeth está comenzando a hacer efecto en ella.

—Digamos que con otras proporciones, esta misma mezcla podría tener otros usos más... digamos que peligrosos —explica Lili—. Por eso es ilegal. Pero no os preocupéis, eso es algo que ya no nos afecta.

—¿Esto coloca? —pregunta Joseph cuando Lili enciende su pipa.

Lili se da cuenta de que Joseph la mira con una sonrisa cómplice. Incluso yo me doy cuenta de que sostiene la pipa como alguien acostumbrado a hacerlo.

—No de la forma que tú piensas —dice Lili.

La sonrisa de Joseph se hace más ancha y sin dudarla aspira la primera bocanada de la pipa. Debe de ser esas personas a las que las drogas solo le provocan curiosidad.

Lili llena la mía, mientras me mira fijamente a los ojos. Moviendo los labios me dice: "No tengas miedo". Yo ni siquiera he fumado un simple cigarrillo en mi vida. Aspiro de la boquilla con cuidado, temiendo que el humo me haga toser. Pero nada de eso ocurre. El vapor se condensa en una especie de azúcar sobre mi lengua, un azúcar que sabe a café mezclado con barniz, un sabor extraño pero no del todo desagradable. Siento como se disuelve, siento como va penetrando poco a poco en mi organismo. Confiada, doy otra calada.

Lili da una calada a su pipa, entrecerrando los ojos. Cuando los abre mira a Wong, que aún sostiene tímidamente su pipa.

—¿Para eso hemos venido? —pregunta Wong—. ¿Para tomar drogas?

—No, no para eso —dice Lili—. Pero pensé que esto nos ayudaría. No es peor

que las drogas que te dan tus médicos, al contrario. Esto no te dejará hecho un cadáver andante, ni hará que se te caiga el pelo.

Wong cierra los ojos y aspira torpemente por la boquilla. Desde que la vi por primera vez supe que era deliciosamente inocente, como muchas chicas asiáticas que he conocido, chicas educadas en una tradición férrea que aún sueñan con su príncipe azul en un mundo que quizá se haya vuelto demasiado cínico para ellas.

—¿Cómo se llama esto? —pregunta Joseph.

Estoy comenzando a sentir sus efectos. Me siento ligera, como si poco a poco todos mis músculos se librasen de su carga. Me voy liberando de dolores que llevo arrastrando desde hace tanto tiempo que no sabía siquiera que estaban allí. Me siento ligeramente eufórica, no sé si debido a la droga o a la magia de Lili.

—Puedes llamarla el Beso de la Nada. Anula las sensaciones que el cuerpo rechaza, y potencia aquellas que son placenteras, pues son las únicas que sientes. Es la esencia del Loa Vacío.

—¿Y que es eso? —pregunta Wong, confundida.

—Veréis —dice Lili, inclinándose sobre la vela y mirándonos como si fuera una bruja de cuento de hadas—. Las Loas son los espíritus que animan el alma humana. Nosotros podemos desear, odiar, amar,... Las Loas son la forma más pura de esas sensaciones. Imaginaos el Deseo, el Odio, el Amor, no como sensaciones, sino como algo puro, algo ajeno a vosotros.

—Vamos —dice Joseph—. No te creerás eso, ¿verdad?

—He elegido creerlo —le responde Lili.

—Pero eso es todo mentira —dice Joseph—. No existen espíritus invisibles a nuestro alrededor.

—¿Mentira? —dice Lili. No parece ofendida, sino divertida ante la incredulidad de Joseph—. ¿Cómo sabes que es mentira? Más aún, ¿cómo sabes qué es verdadero y qué es falso? El mundo que ves y que sientes cada día no es más que una imagen creada dentro de tu mente por los impulsos nerviosos de tus órganos sensoriales. Lo que tú llamas mundo real no es más que un fenómeno biológico que se produce principalmente dentro de ti. No es más que el reflejo de algo externo, de ese auténtico mundo que es el único que podemos llamar real. Al estar dentro de ti, lo que tú llamas realidad, ese mundo real del que tan seguro estás, no es más que parte de ti. Dime ahora, ¿cómo sabes que la realidad es lo que tú piensas que es?

—Vas demasiado rápido —dice Joseph, dando una nueva calada a su pipa.

El humo asciende hacia la noche desde nuestras cazoletas, formando cuatro caprichosas columnas. Wong se atreve a dar su segunda calada, quizá más tranquila al ver que no empiezan a surgir formas extrañas ante sus ojos. Esa levedad eufórica que siento se hace más y más profunda, tanto que temo dejar de sentir mi cuerpo. Me pregunto que es lo que causará una sobredosis de esto, y si Lili ha sido precisa al

llenar nuestras pipas.

—No tenéis que preocuparos de eso por el momento —le dice Lili a Joseph—. Lo que tenéis que comprender es que la realidad no es algo fijo. Si nos parece fijo es porque estamos acostumbrados a que lo sea. Pero la realidad es parte de nosotros, y al ser parte nuestra podemos influirla, cambiarla usando nuestra voluntad.

—Pero eso es muy difícil —dice Wong. Su voz suena algo más dulce e indolente bajo el sutil efecto del Beso de la Nada—. Eso que dices es imposible de hacer.

—¿Eso creéis? —dice Lili. Nos mira a todos a los ojos, de uno en uno, con una traviesa sonrisa en sus labios. Por un momento su boca me subyuga, siento como si su voz me traspasara, haciendo vibrar suavemente mis huesos. Cierro los ojos para sentirlo más intensamente, pero me fuerzo a abrirlos de nuevo. Sé que se avecina una nueva relevación.

—¿Me creerías si os dijera que ya se ha hecho? —dice Lili—. Aquí mismo, en esta misma ciudad. Alguien invocó a los Loas para burlar a la muerte y salió victoriosa. Y de no ser por la envidia y por el miedo de aquellos que no entendían al Caos, seguiría viva, y quizá fuese ella quien os estaría hablando, y no yo.

Wong tiene los ojos cerrados. La miro y temo que el Beso haya sido demasiado para ella. Pero de repente, sin abrir los ojos, dice:

—¿Quién lo hizo?

—Estamos sobre ella —dice Lili—. Por eso os he traído aquí, para que ella nos inspire, para que los restos de su ego que puedan haber quedado nos ayuden.

No podemos evitar bajar la vista y volver a leer el nombre grabado en la lápida. Todos volvemos a leerlo, incluso Joseph, que me temo que se está resistiendo con su cinismo al hechizo de Lili.

—Karla Freund —digo en un susurro. Me encanta ese nombre, hay una cierta fuerza en él, en el sonido que se produce al pronunciarlo.

Cielos, el Beso me está haciendo pensar cosas extrañas. De repente no hay pensamientos absurdos, no hay nada imposible, no hay límites para nada. La locura es una bendición maravillosa, sublime, y decido abandonarme a ella.

—Háblanos de ella —dice Joseph, con una voz tan inusual que me sorprende. Le miro y descubro en sus ojos un leve rastro de embeleso. Lili está ganando un nuevo admirador.

—Lo haré —dice Lili—. Pero antes hay algo que debo advertiros. Para seguir el camino que os propongo, debéis aceptar lo que sois.

Lili coge su colgante con ambas manos, casi con cariño, y nos lo muestra.

—Este es el símbolo del Caos. Es la fuerza más poderosa del universo. Es la destrucción, es el azar, es la pasión. Esta es la fuerza que nos ha tocado, la fuerza que nos está haciendo morir. Sabemos cuanto tiempo nos queda, sabemos que estamos sentenciados. No tenemos nada que temer, nada que perder. Quizá haya un camino

para sobrevivir, pero solo lo lograremos abrazando al Caos, y abrazando el deseo de supervivencia que todos tenemos. Yo ya he abrazado al Caos, y he decidido que para mí no habrá más límites, más normas, más miedo. Para mí no hay bien ni mal, solo supervivencia.

Nos tiene en la palma de su mano, y ella lo sabe. Creemos sus palabras porque son hermosas, porque deseamos que sean ciertas. Y nuestra desesperación nos da la fuerza necesaria para creerlas hasta el final. Eso y la sensualidad de la voz de Lili, la belleza de sus ojos, el encanto salvaje de sus impulsivos gestos.

—Guíame, Lili —le digo, olvidándome totalmente de los demás—. Quiero abrazar el Caos a tu lado.

Nuestras miradas se cruzan, y veo algo en sus ojos que me asusta. El miedo me provoca un delicioso escalofrío de placer.

—Y ahora os hablaré de ella —nos dice Lili—. De Karla Freund. Fue una mujer muy notable en muchos aspectos. No solo era hermosa, sino también tenía una inteligencia privilegiada. Nació en una familia de alta sociedad, pero desde muy joven rechazó los supuestos beneficios que eso le otorgaba. No es que se negara a recibir una buena educación, que la tuvo, o a vivir con comodidades, pero algo dentro de ella le decía que todas esas reuniones sociales, todos esos convencionalismos, y esa parte de su educación que se destinaba a hacer de ella eso que llamaban "un buen partido" no eran más que un juego, un juego absurdo y sin final que ella no había elegido jugar. Despreciaba a los que la rodeaban, a sus padres, a su hermana, y a un joven heredero que sus padres trataban de imponerle como futuro esposo, por consumir sus vidas en ese juego, por ser siempre lo que se suponía que debían ser, y no lo que realmente eran. Llegó a pensar que las personalidades que todos los que la rodeaban habían quedado tan enterradas debajo de toneladas de convenciones y conveniencia, de apariencias e hipocresía, que habían muerto ahogadas. Sí... era una gran mujer que vivió en una época que no estaba preparada para ella. Siempre he pensado que quizá hubiese sido más feliz de vivir entre nosotros, en este mundo más vacío pero al menos más libre.

Os preguntaréis como puedo saber todo esto. Lo sé porque Karla llevaba un diario, en realidad una colección de diarios. Esos diarios hicieron que supiera de ella, pues poco más ha quedado como rastro de la existencia de aquella fascinante mujer, además de algunas grabaciones en cilindros de cera y esta tumba sobre la que estamos sentados. Sin saberlo, o quizá siguiendo alguna extraña intuición, Karla estaba, al redactar esos diarios, siguiendo una vieja tradición de cientos de mujeres excepcionales a lo largo de la historia. Ella era una mujer que se ganó el nombre de bruja por méritos propios.

Pero estoy adelantando acontecimientos. Es la vida de Karla había una pasión, y esta era el violín. Aprendió a tocarlo casi sin tomar lecciones, como si tuviera un don.

Los profesores de música que le impartieron la escasa instrucción que necesitó se asombraron al reconocer sus dotes, pero sus padres no vieron en esto más que un nuevo capricho de su díscola y excéntrica hija. Esto hizo que Karla los odiara más aún. Por supuesto, sus padres organizaron para ella algunos recitales, pero lo entendieron más como ocasiones sociales en las que promocionar a su caprichosa hija ante la sociedad que como actos artísticos. Karla detestaba aquellos recitales, detestaba tocar entre personas que no sentían nada ante su música, que incluso cuchicheaban entre ellos mientras ella interpretaba. Para estos actos tocaba piezas clásicas, las más simples y anodinas que conocía. No quería mostrar su auténtico arte ante aquellos que lo despreciarían. Tocar era para ella como desnudar su alma, como dar rienda suelta a sus pasiones, a su desesperación, a su rabia, a su soledad. Se consideraba a sí misma una mujer malvada, aunque aún no le había hecho daño a nadie, y guardaba celosamente su malignidad para darle rienda suelta en la intimidad. Por las noches, en una habitación alejada de los oídos de los demás, a la luz de una única vela, Karla soltaba sus rubios cabellos, se despojaba de sus caras vestimentas y tocaba desnuda, bailando como una ninfa salvaje, creando melodías hermosas e imposibles con su violín.

Tengo una grabación de uno de aquellos rituales nocturnos. Es un cilindro de cera antiguo y gastado, y lo poco que se escucha es distante y está manchado de ruido. Pese a ello, me estremece cada vez que lo escucho. Es lo más hermoso, terrible y salvaje que he escuchado nunca. Si me escuchas, Karla, gracias por haber tenido el capricho de grabarlo, gracias por estremecer mi alma con tu magia.

Lili se detiene por un momento, acariciando las letras esculpidas en la lápida con las yemas de sus dedos. Mi respiración está agitada, y siento mi corazón palpitando con fuerza dentro de mi pecho. Veo la misma excitación en los ojos de Joseph y Wong. No sé si es la droga, que se ha apoderado finalmente de nosotros, o son las fascinantes palabras de Lili.

—Karla sabía que nunca sería feliz entre los suyos —prosigue Lili, sin dejar de mirar el nombre esculpido con ternura. Por un instante creo ver una lágrima en sus ojos—. Así que huyó en cuanto tuvo oportunidad. Y el destino hizo que en esa pequeña aventura encontrara tanto su maldición como su condenación. Había acampado cerca de su casa un grupo de gitanos. Karla los visitó, y se quedó fascinada por la forma de tocar el violín de los cingaros. Aquello era tocar con el corazón, tocar de una forma tosca pero totalmente sincera, alejada de la artificiosidad y el perfeccionismo estéril de los clásicos. Era algo parecido a lo que ella tocaba en la soledad de la noche, aunque también algo totalmente distinto. Porque los cingaros no tocaban llevados por la desesperación, sino por la alegría. Karla volvió con su violín y tocó con ellos, aprendiendo sus acordes y sus melodías. Una anciana le dijo que su alma debía haber hecho un pacto con el diablo antes de nacer, y que el fruto de ese

pacto había sido su habilidad con el violín. La llamaron así, Karla la diablesa. Casi sin meditarlo, cuando los gitanos levantaron el campamento, Karla se fue con ellos, disfrazada de cingara. Su familia se alarmó de inmediato y removió cielo y tierra para buscarla, pero sus mentes simples no podían concebir que una joven de clase alta se hubiese fugado con un grupo de gitanos, así que sus pesquisas no llegaron a ningún sitio. Mientras tanto, Karla vivía con los gitanos, al fin libre, separada del grupo pero sintiendo que les tendría siempre que les necesitara. Todavía hacía sus rituales, pero ahora los hacía en medio del bosque, a la luz de la Luna. Le encantaba tocar siguiendo el ritmo del canto de los grillos. Y en uno de estos rituales la descubrió una gitana, la anciana que le había puesto el sobrenombre de diablesa. La anciana se había adentrado en el bosque con un propósito similar al de Karla, ya que ella también iba a efectuar un ritual, aunque el suyo era mucho más antiguo y abyecto.

Fue entonces cuando Karla vio por primera vez una estrella de siete puntas, colgando del cuello de la anciana.

La anciana había presenciado el ritual de Karla, fascinada, y había percibido la fuerza salvaje de su música, la poderosa sensualidad de su baile. Sabía que había poder allí, el suficiente para que Karla pudiera amoldar el mundo a su voluntad. Así Karla se convirtió en aprendiz de bruja, en iniciada de una tradición tan antigua como el hombre, que los gitanos habían aprendido en Egipto, la tradición que los esclavos africanos llevaron a América, el culto al Caos, el culto al que yo sirvo. No era exactamente mi tradición, la tradición que Kobra me enseñó. Ella no sabía de los Loas, no necesitaba darles vida con su imaginación como hacemos nosotras. No, lo suyo era más puro, más difícil, pero también más poderoso. Aunque estudió durante poco tiempo, aprendió mucho, la mayoría historias, mitos poderosos y terroríficos que excitasen su imaginación e inspirasen su don. Eso es algo que debéis tener en cuenta, los símbolos, las historias, los mitos, la poesía, la música, esa es la esencia de la brujería.

Por un corto periodo de tiempo, Karla fue feliz. El Caos fue curiosamente el destructor de su felicidad. Como nosotros, Karla enfermó. Un día comenzó a sentir una tos fuerte, una opresión en el pecho que no remitía. Lo ignoró, creyendo que era algo sin importancia, algún catarro mal curado. Pero no pasaba, se hacía más y más fuerte. La anciana la atendió, usando todo su saber, fabricando pociones con plantas extrañas que compraba a buhoneros de aspecto sospechoso. Pero Karla seguía empeorando. Y un día, mientras actuaba, tuvo un fuerte y doloroso ataque de tos, y su violín se vio de repente salpicado de sangre. Sangre de los pulmones de Karla.

Karla tenía tuberculosis, la enfermedad de los poetas. En aquel tiempo, era incurable. Ya solo le quedaba esperar a que llegara su hora.

Abandonó a los gitanos y volvió con su familia, no porque los echara de menos, sino porque sabía que entre los suyos recibiría las atenciones suficientes, si no para

curarse, al menos para mitigar los dolores de su agonía. Además, no quería llevar a cabo el ritual que había planeado entre los gitanos, ese último recurso desesperado que había aprendido del más antiguo y oscuro de los grimorios de su anciana maestra, un libro encuadernado en piel negra que había recibido como regalo el día en el que se marchó, el primer día que usó con pleno derecho el nombre de bruja. La magia que se disponía a conjurar Katia era temida y respetada por los gitanos, que sabían que solo aquellos de fuerte voluntad podían realizarla. Se decía que habían sido los gitanos quienes la habían enseñado de forma imprudente a un señor de la guerra de Rumanía, iniciando un terrorífico reinado de terror que duró décadas. Pero el plan de Karla era más sencillo.

Su familia la recibió como a una hija pródiga. En realidad, solo había faltado de su lado poco más de un año. Estaban todos allí, como si hubiesen estado esperándola, sus padres, su hermana, incluso su aburrido prometido, al que nunca había llegado a aceptar pero que ya consideraba cuando se celebrarían los esponsales, tras asegurarse claro está que la honra de su futura esposa no había sido mancillada en el transcurso de lo que su familia llamaba un ataque de locura motivado por algunas fiebres infecciosas. Por suerte, en cuanto supo lo de la tuberculosis, anuló el compromiso, aunque siguió visitando a la familia para mantener las formas, manteniéndose formalmente el compromiso en pie, hasta la muerte de Karla, que no debía tardar.

Lo cierto es que a Karla no le quedaba mucha vida. La enfermedad se había cebado con ella con especial virulencia, quizá por haberla ignorado hasta que fue demasiado tarde. No tenía mucho tiempo para llevar a cabo su plan, pero para ello necesitaba estar sola, y con las continuas y lastimosas atenciones de su familia y sus criados le resultaba casi imposible. Me están matando, escribió en su diario, me están matando de tanto lamentarse de que vaya a morir. Karla no encontraba nada de verdadero amor en los gestos de los demás, solo encontraba lo mismo de siempre, convencionalismos, hipocresía. No la atendían porque les importara, sino porque era lo que se suponía que debían hacer.

Al fin, una noche, se atrevió a salir sola de casa, cuando ya todos dormían. Había sobornado a una criada, una especialmente perversa y que había entablado una especie de amistad con Karla, que había reconocido en ella un espíritu afín, igualmente malvado. Por suerte la criada sabía como conducir el coche de caballos de la familia, y disfrazada de hombre llevó a Karla a un barrio que ninguna señorita de buena familia debía visitar jamás. Karla se tomó su tiempo para encontrar lo que buscaba, una prostituta especialmente hermosa, especialmente perversa y a la que no le importara participar en juegos especialmente depravados. Se divirtió mucho aquella noche, escribió en su diario, escandalizando a muchas mujeres cuya mera existencia era un escándalo a ojos de muchos otros. Muchas la llamaron pervertida, pero otras se sintieron fascinadas por su propuesta, aunque demasiado asustadas. Una

hermosa prostituta pelirroja subió a su coche nada más detenerse ella, seducida tal vez por la belleza de Karla y la malignidad de su semblante. La prostituta le susurró al oído que solía hacer servicios a señoritas pervertidas, y comenzó a besarla sin más dilación, llevando las manos de Karla a sus generosos pechos, que desbordaban el escote de su atrevidísimo vestido. Karla disfrutó de ella por un momento, hasta que susurró en el oído de la prostituta lo que quería, y esta saltó del coche en marcha y se alejó corriendo, gritándole bruja, a lo que Karla respondió con la carcajada más maligna que podía surgir de su oscura garganta.

Karla estaba disfrutando de lo lindo, pero el tiempo se acababa, y no encontraba lo que buscaba. Al fin, cuando ya había perdido la esperanza, vio a una prostituta increíblemente joven, que caminaba lastimeramente apoyada en una pared, sujetando torpemente una botella de absenta medio llena. Tenía sus rubios cabellos y su viejo traje manchados y revueltos, y unas grandes ojeras bajo sus hermosos ojos grises, unos ojos que enamoraron a Karla. Pidió a su criada que detuviera el coche y se bajó para ayudar a la ebria prostituta subir con ella. La prostituta comenzó a hablar de lo hermosa que era Karla, y que haría lo que fuese por ella. Cuando Katia le dijo lo que quería, la prostituta dio un nuevo trago de la absenta y asintió.

Llegaron de nuevo a casa de Karla, cuidándose de despertar a nadie. Karla no podía ni imaginar lo que sería de ella si la descubrieran haciendo lo que tenía planeado. Por lo que ella sabía, las antiguas leyes que castigaban la brujería aún seguían vigentes. Entre ella y su criada, ayudaron a la prostituta a entrar en la mansión, y fueron con ella a uno de los rincones privados de Karla, al lugar donde solía realizar sus sensuales y frenéticos rituales con su violín.

Karla le ofreció a su criada participar en el ritual, pero ni siquiera ella era tan depravada como para querer verse implicada en algo así. Hay que tener en cuenta que eran otros tiempos, y la superstición y los prejuicios de la gente eran mucho más fuertes que ahora. Karla había preparado un lecho para la prostituta, para el centro de su ritual. Era tan solo un colchón en medio de la desnuda y fría estancia. Encendió algunas velas alrededor del colchón, tras pedirle a la prostituta que se tumbara sobre él. Eran siete velas negras, y se cuidó de encenderlas con la mano izquierda, y de que fueran las aristas de una estrella de siete puntas centrada en su hermosa presa, la indolente y ebria prostituta, que se había quitado su sucio vestido y esperaba a Karla completamente desnuda, llamándola con gestos de lujuria. Karla vestía también totalmente de negro. En su mano izquierda blandía una pequeña hoja en cuyo mango había tallado algunos símbolos de poder. Se acercó a la prostituta, la besó con lujuria, y después hizo un amplio corte en su hombro. La prostituta comenzó a sangrar con rapidez, pero estaba tan ebria que solo acertó a sonreír. Karla manchó sus dedos de la mano izquierda con la sangre y trazó en el suelo la estrella cuyos vértices eran las velas. Después volvió junto a su presa y la cortó de nuevo, y entonces pegó sus labios

a la herida, bebiendo su sangre. Karla describe en su diario como fue aquella sensación, aquel sabor metálico, horrible pero al mismo tiempo maravilloso. Sentía como la vida volvía a entrar en ella, sentía como se hacía más y más fuerte conforme más sangre cálida entraba por su garganta. Se sentía cambiar, sentía como el poder que había conjurado la poseía, convirtiéndola en otra cosa. Cortó más y más veces a la prostituta, en los hombros, en la espalda, en los brazos. Se resistió a cortar su cuello, aunque la tentación de tomar su vida fue muy fuerte en pleno éxtasis de sangre. La prostituta se había quedado dormida, quizá debido a la pérdida de sangre. Karla la abrazó, disfrutando de su calor, mientras sentía como la amenaza de la muerte se alejaba de ella. Había dejado de ser una moribunda, aunque ya nunca volvería a estar totalmente viva. Se había convertido en una muerta viviente.

Poco después vendó las heridas de la prostituta y la envió de vuelta a su barrio en su calesa, conducida por su fiel criada. Dejó en manos de aquella desdichada presa de su ritual suficiente dinero para retirarse de su penosa profesión, aunque Karla presentía que probablemente ese dinero terminase siendo empleado en más absentas o quizá en drogas más potentes.

Al día siguiente, Karla se comportó de forma normal con su familia. Su tuberculosis no había desaparecido, nada podría acabar con ella. Seguía tosiendo sangre, pero sabía que nunca moriría. Además, los ataques se hicieron más suaves. Karla sentía una nueva fuerza interior, se sentía como un animal salvaje, animada por una fuerza primaria que había permanecido dormida en su interior por toda su vida. Pero se cuidó mucho de que nadie lo notara. Tenía pensado permanecer entre los suyos por un tiempo. Después, quizá simulase su propia muerte para poder huir definitivamente de allí, aunque asegurándose de llevarse parte de su herencia con ella. Quizá después buscaría de nuevo a sus gitanos, quizá les convenciese de admitirla de nuevo entre ellos, prometiéndoles que ellos nunca serían sus presas.

Porque Karla necesitaba ahora de la sangre de los demás para subsistir. Eso era lo único que mantendría a su enfermedad a raya, lo único que pararía también a la vejez, y a cualquier otro mal. Lo que la mantendría viva por toda la eternidad, mientras la voluntad de Karla perdurase.

Empezó a alimentarse regularmente de su criada de confianza. Siempre pequeñas dosis, a las que la criada accedía con un placer morboso y oscuro. Trataba de espaciar cada vez que bebía sangre lo más posible. Normalmente podía esperar un mes sin beberla, hasta que comenzaba a sentirse irritable, hasta que volvían los viejos dolores dentro de su pecho, hasta que la luz y los ruidos más suaves comenzaban a atormentarla como agujas clavadas en su cráneo. Siguió así, alimentándose en secreto durante casi un año. Su familia se sorprendió del estancamiento de la enfermedad de Karla, pero no podían lamentarse por ello, claro está. Tan solo en una ocasión su madre dejó escapar algo sobre que deseaba que acabase de una vez el sufrimiento de

su hija. Tal vez había pasado por alto que su hija había ya mucho que había dejado de sufrir, y que la mayor parte del sufrimiento que ella quería ver no era más que fingimiento.

Karla tenía ya planeada y preparada su huida cuando ocurrió la tragedia que dio fin con su vida. Un día, atormentada por el hambre, recibió una visita de su prometido, que la atormentó con su absurda y aburrida conversación. Cuando estaba hambrienta de sangre, Karla era especialmente irritable, ya os lo he dicho. Al parecer, aquella vez fue demasiado para ella. Cuando su padre los descubrió, Karla había abierto una herida en el cuello de su prometido con sus dientes, y bebía su sangre mientras aquel petimetre no sabía más que gritar de terror. Horrorizado, llamándola bruja y demonio, la emprendió a golpes con su hija, encerrándola en sus habitaciones. Después subió junto con el mayordomo, tratándola como si fuese un animal salvaje, manteniéndola alejada a bastonazos. Registraron su habitación y encontraron sus libros de magia, sus apuntes, sus secretos. Aquí termina el relato de los diarios de Karla Freund. Lo que sigue lo sé por una noticia aparecida en el periódico local, la trágica muerte accidental de una joven y hermosa heredera por un disparo de su escopeta de su padre, que estaba cargada mientras la limpiaba.

Sé bien que no fue un accidente. Su padre la ajustició, sin duda porque no quería tener a una bruja bajo su mismo techo. No sé cómo ni porqué, pero las cosas de Karla fueron vendidas a un buhonero. Seguramente para mantener las apariencias, la enterraron aquí, en suelo sagrado, aunque la tradición manda que el cadáver de las brujas sea quemado y sus cenizas esparcidas a los cuatro vientos.

Fue Kobra, mi maestra, la que me guió hasta los diarios de Karla. Fue ella la primera que me habló de esta notable mujer. Mi maestra me ha dicho que estoy loca si quiero desencadenar la magia que ella desencadenó en su día. Y yo estoy de acuerdo. Estoy totalmente loca. Estoy desesperada. No tengo nada que perder. Sé que hay que estar loco para hacer lo que os pido, pero os necesito, os necesito porque yo sola no tengo la fuerza de voluntad de Karla, porque soy solo un aprendiz a su lado. Pero juntos podremos. Hemos sido bendecidos por el Caos. Y el Caos hará que perduremos. Podemos hacerlo.

Cuando el último eco de la voz de Lili se apaga, se hace un silencio tan pesado e intenso que casi puedo sentirlo en mi piel. Supongo que el relato de Lili ha golpeado a Wong y Joseph con la misma fuerza con la que me ha golpeado a mí, lo supongo por lo que veo en sus ojos, por la forma en la que miran el vacío, sumidos en sus pensamientos, sin atreverse siquiera a cruzar una mirada con los demás.

—Será hermoso —digo yo—. Maligno y hermoso.

—Es una locura —dice Wong, y por su voz creo que está horrorizada. Temo que se eche atrás.

—Genial —dice Joseph, y se echa a reír. Parece que la droga ha tenido un efecto

especial en Joseph. De hecho, parece que nos ha afectado de forma distinta a los tres, a Joseph provocándole euforia, a Wong indolencia, y a mí una extraña mezcla de ambas. Lili debe estar tan acostumbrada a fumarla que no exterioriza ningún efecto.

—Yo lo haré —le digo a Lili.

—Y yo —dice Joseph dejando escapar una nueva risa, una risa con un cierto deje de desesperación.

Wong mira la llama de la vela, sin pronunciar palabra.

—El Caos nos ha reunido aquí esta noche —dice Lili—. Siento que debemos seguir todos el mismo camino, que necesitamos el poder de los cuatro para triunfar.

Lili mira a Wong, que de alguna forma siente que está siendo observada y le devuelve la mirada.

—¿Qué dices tu, Wong? —le pregunta dulcemente.

Wong nos mira con sus bonitos ojos. Creo que piensa que estamos locos. Creo que se arrepiente de haber venido. Creo que tiene ganas de ponerse en pie y alejarse corriendo de aquí. Creo que nos tiene miedo.

—Lo haré —dice de repente, sorprendiéndome.

No lo hace por ella, me digo. Lo hace por nosotros. Espero que no se eche atrás.

—Sea así entonces —dice Lili—. Y ahora necesitamos un plan. Y necesitamos decidir quien va a ser nuestra presa, el sacrificio para nuestro ritual.

Ahora sé que el mundo real ha quedado atrás, que he entrado en otro mundo, un mundo más extraño y más absurdo, pero más hermoso, más digno de existir. Hay una pequeña sombra de duda en el fondo de mi mente, como oculta en el fondo de mi cráneo. Me susurra que todo es absurdo, que no tiene sentido, que es solo una fantasía. Me esfuerzo con toda mi voluntad para ignorarla, ocultándola tras muros de fascinación, de desesperación y de amor por Lili.

No hemos tardado mucho en urdir nuestro malévolos y desquiciado plan. Si resulta, será algo glorioso, aunque no nos proporcionase la inmortalidad. Un puro acto de anarquía, un momento sencillo y salvaje en el que abandonarnos a nuestros impulsos y hacer algo que nos apetece hacer, algo malvado, algo sin límites.

Cielos, siempre he sido una perversa, pero últimamente me asusto a mí misma. Quizá siempre he deseado ser así de malvada, así de amoral. Quizá por eso me siento tan bien.

Joseph y Wong se han ido juntos, como vinieron. No han hablado mucho mientras Lili y yo trazábamos el plan. El hecho de estar con Lili, la evidente intimidación que existe entre nosotras, me ha transferido a sus ojos parte de su carisma, parte de su poder. Lentamente, cogidas de la mano, con los dedos entrelazados, caminamos hacia el coche de Lili. Me encanta sentir el frío erizando el vello de mi nuca. Apoyo la cabeza en el hombro de Lili y soplo suavemente en el lóbulo de su oreja. Ella deja escapar una deliciosa risita. Debe ser la droga lo que me hace sentir así.

No decimos nada hasta que entramos en su coche. Lili pone las manos sobre el volante y se vuelve a mirarme, como si esperara que le dijese a donde quiero que vayamos. Yo lo sé, estoy totalmente segura, y sé que Lili está dispuesta a complacerme. Ella misma me ha enseñado que no tenemos tiempo que perder, que ya no hay barreras para nosotros. Sin decir palabra, me acerco lentamente a ella, mis labios a sus labios, hasta poder saborear su dulce aliento en mi lengua. Cuando nos besamos, lo hacemos lentamente, disfrutando de cada roce, de cada caricia. Como si fuese el primer y último beso que jamás pudiésemos darnos. Siento como las manos de Lili acarician mi rostro. Nos separamos dolorosamente al cabo de un momento insoportablemente corto. Lili pone en marcha el motor y nos aleja de allí, mientras yo me acurruco sobre su hombro.

En el camino hacia su casa, Lili pone algo de música, una vieja cinta de rock gótico pasado de moda. A mí me encanta. Las letras hablan de sexo y de muerte. Las dos grandes constantes de la vida, las dos únicas verdades, los dos únicos dioses. Los dos producen miedo, los dos hacen estremecer, los dos excitan nuestra mente hasta niveles inigualables. De repente se me ocurre la hermosa idea de que en el momento en el que conocí a Lili dejé el mundo real y pasé a habitar ese mundo romántico y oscuro del que hablan las canciones de rock gótico, el mundo en el que se desarrollan las historias que cuentan en sus letras. El mundo de los malditos.

Volvemos al barrio en el que está la pequeña tienda de Kobra, aunque ahora vamos a un lugar distinto. Lili detiene su coche junto a un pequeño edificio de solo dos plantas. Una escalera exterior nos lleva a una puerta con una placa:

Mambo Lilibeth - Lectura de Tarot

—Así que es así como te ganas la vida —le digo a Lili con una sonrisa.

—Es un buen empleo —dice ella, mientras busca la llave en el fondo de uno de los muchos bolsillos de su abrigo—. Sirve para perfeccionar mi arte y me da dinero fácil.

Lili al fin consigue abrir la puerta, cerrada por una única cerradura. Entramos en una estancia oscura que huele a especias. A la pálida luz de la noche apenas llego a distinguir una pequeña mesa junto a la puerta, de la que Lili coge una caja alargada.

—Una de mis excentricidades —dice Lili— es no usar luz eléctrica.

Con un gesto teatral que me hace sonreír Lili enciende una larga cerilla que ha sacado de la caja. Enciende seis velas del candelabro que hay en la mesa de la entrada, y después va encendiendo una a una toda la infinidad de velas de la estancia. Pronto todo parece arder con un brillo cálido y dorado. Es algo delicioso. Salvo algunas mesas de aspecto árabe, en la habitación no hay muchos muebles. Los suelos están cubiertos por alfombras y cojines. Algunos objetos de arte tribal adornan las paredes, y también algunas pinturas de arte abstracto que curiosamente me parecen hermosas, y eso que siempre he despreciado ese tipo de arte. Una puerta abierta lleva

al resto de la casa, totalmente a oscuras, pero yo no quiero ver más de momento. Me siento sobre uno de los cojines y me quito los zapatos y los calcetines. Me encanta sentir mis pies descalzos sobre una alfombra cálida.

Lili está encendiendo un quemador de incienso. Un olor penetrante inunda al poco tiempo la estancia.

Todo tiene un aire onírico en esta habitación. No sé si es por la droga, por la luz, o por mi excitación.

Lili se arrodilla a mi lado y me besa, de nuevo con parsimonia, recreándose en cada pequeño detalle. Nuestras lenguas se acarician delicadamente la una a la otra. Cuando nos separamos, la punta de nuestras lenguas es lo último que se toca. Lili se aleja de mí, gateando hacia una esquina, hacia las tinieblas. Yo intento distinguirla entre las sombras, sintiendo como todo mi cuerpo late con cada impulso de mi corazón, sintiendo el calor de mi excitación entre mis piernas. Hacia mucho que no sentía nada así.

No. Nunca había sentido nada así.

Lili surge de nuevo de las sombras, gateando lenta y sensualmente, completamente desnuda. Me siento desfallecer contemplando su delicioso cuerpo, un cuerpo hermoso y sensual que parece haber sido diseñado para satisfacer mis fantasías más oscuras. Unos pechos grandes y redondeados, perfectos como los de una estatua, un vientre suave y delicado, unas caderas generosas y tentadoras, unas piernas fuertes y torneadas, unos pies delicados como los de una muñeca, con dedos pequeños. Cuando llega a mi lado, siento el calor de su cuerpo como una radiación. Ella espera mientras yo me desnudo, sin dejar de mirar dentro de sus ojos, fascinada por el deseo salvaje e implorante que veo en ellos. Cuesta imaginar que yo sea la primera mujer por la que siente ese deseo.

Al fin nuestros cuerpos se unen, mientras nos besamos de nuevo, dando rienda suelta al salvajismo de nuestra pasión. Lili me deja hacer, deseando aprender de mí los secretos del arte de safo, secretos que yo aprendí siendo aún una niña, en la intimidad de mi dormitorio, en la más completa soledad. Ahora yo soy la hechicera y ella la hechizada, ahora soy yo la seductora. La beso, la acaricio, lamo su piel, poniendo la poca experiencia que tengo en procurarle el máximo placer posible. La llevo a la cima por tres veces, la hago gemir, gritar mi nombre. El olor dulzón de su esencia llena mis sentidos y su sabor inunda mi boca. Cuando caigo rendida sobre los cojines, es ella la que se inclina sobre mí, poniendo en práctica todo lo que acabo de enseñarle.

Me demuestra ser una alumna muy aplicada. Ahora soy yo la que grito su nombre.

Nos quedamos abrazadas la una a la otra, mientras nuestras respiraciones se calman gradualmente. No decimos nada, tan solo nos perdemos cada una dentro de

los ojos de la otra. Dentro de poco el sueño nos vencerá, desnudas, sudorosas, abrazadas. La beso de nuevo, un beso suave y tierno.

Ha sido el día más hermoso de mi vida. Solo por este día ha merecido vivir.

A la mañana siguiente, tomamos té en el mismo salón, que aún está impregnado del olor dulzón de nuestra pasión. Lili va vestida como una pirata, con unos pantalones cortos ajustados que le llegan hasta justo debajo de la rodilla y una amplia blusa a través de la cual se vislumbran sus deliciosos pechos. Sus rastas están recogidas en una cola con un pañuelo negro. Yo solo llevo mi tanga negro y mi blusa. Me encanta sentir su mirada sobre mí, el ser descaradamente seductora, inmoralmente provocativa.

Las tazas están sobre una bandeja plateada posada en el suelo, entre nosotras. Lili sirve el té, preparado en una tetera que parece estar formada por pedazos de otras muchas teteras, de distintos colores, como las tazas en las que vierte el líquido ambarino y humeante.

Nunca me ha gustado el té, pero no me siento capaz de rechazar nada que venga de Lili.

—¿Te gusta dulce? —me pregunta, y yo me sorprendo por el sonido de su voz.

Casi no hemos hablado en toda la mañana. Nos hemos comunicado solo mediante miradas y gestos, con una sonrisa siempre en nuestros labios. El Beso del Vacío solo ha dejado un leve poso amargo en mi lengua. Creo que por eso Lili ha preparado el té.

Asiento con la cabeza y contemplo las hermosas manos de largos dedos de Lili mientras depositan dos terrones de azúcar dentro de mi taza. Después remueve el té con movimientos exageradamente elegantes y pronunciados, como una bruja que mezclara una poción en su caldero. Tomo la taza de entre sus manos y bebo el primer sorbo, sorprendiéndome de lo dulce que está. Podría llegar a acostumbrarme a su sabor. Sí, podría llegar incluso a gustarme. Si tuviese bastante tiempo.

Lili bebe su té en pequeños sorbos, sin dejar de mirarme. De repente, una sonrisa traviesa aparece en sus labios.

—Quiero pedirte algo —me dice.

—Lo que quieras —le digo, y mi voz suena tan exageradamente lánguida que casi resulta cómica.

Lili deja la taza sobre la bandeja y se marcha por un momento, desapareciendo dentro de las otras habitaciones, que yo todavía no he conocido. Vuelve con algo escondido tras ella, y la misma sonrisa de niña traviesa.

—¿Me lo firmas? —dice cuando llega a mi lado, mostrándome lo que ocultaba. Es un ejemplar de mi primera novela, "Pasión Secreta".

Yo me quedo paralizada por la sorpresa.

—¿Lo sabías? —le pregunto—. ¿Sabías que era yo quien la había escrito?

—Te he reconocido —dice ella, señalando la foto de la portada, la foto de la jovencita irresistiblemente sensual que yo llegué a ser una vez, hace mucho.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que te vi por primera vez comencé a sospechar —dice ella—. Después volví a mirar la foto y te reconocí. La contraportada dice que la foto de portada es un retrato de la autora, así supe que tú la habías escrito.

Lili deja el libro en mis manos, junto con un bolígrafo, y vuelve a sentarse frente a mí, tomando su té con ambas manos, como si quisiera calentárselas.

—¿Te gustó? —le pregunto.

—Me encantó —dice ella, y en sus ojos veo de nuevo brillar el deseo—. Conseguiste que me masturbara pensando en una relación lésbica. Nunca pude imaginar que iba a ser iniciada en el lesbianismo por la autora.

Creo que un gemido se ha escapado de mi garganta al escuchar a Lili. No sé que decir. Estoy fascinada, realmente encantada. Debo tener una cara de idiota realmente ridícula.

Lili termina su té y se me acerca, recostándose sobre un montón de cojines, a mi lado.

—Háblame de ti —me dice ella—. Quiero saber como llegaste a escribirla.

Asiento de nuevo con la cabeza, y abro el libro. En la primera página escribo:

Nunca podría haber imaginado una amante tan subyugante, una mujer tan fascinante, un alma tan retorcidamente hermosa como la tuya.

Gogan.

Se lo devuelvo y ella lo lee. Sus dedos acarician mis palabras, como si quisiera sentir los surcos del bolígrafo sobre el papel. Después lo cierra y lo aprieta sobre su pecho, justo sobre su corazón.

—Gracias —me dice.

Rodeo gateando la bandeja y tomo la mano de Lili. Me dejo caer en los cojines, junto a ella, sintiendo su calor. El calor de su cuerpo junto con el calor que el té ha creado en mi interior. Me inclino más aún sobre los cojines, y Lili hace lo mismo, hasta que llegamos a estar acostadas sobre ellos, la una mirando los ojos de la otra.

Entonces, en susurros, comienzo a desgranar mi oscura historia.

—Siempre me he sentido rara. Es algo que he tenido presente desde pequeña, como una verdad tan evidente que nunca llegué a dudar de ella. Al principio, no sabía a que se debía esa sensación de extrañeza, de que yo no era como los demás. Creo que mis padres no querían tener más hijos cuando mi madre se quedó embarazada de mí. Hicieron lo posible para sobreponerse, para tratarme como una hija más, pero mi extrañeza se lo puso difícil, así que nunca recibí el cariño que se supone que una niña debe tener en sus primeros años. No sé si no me querían por ser rara, o si soy rara porque no me querían.

El caso es que yo destacaba entre ellos, entre el resto de mi familia, como un trozo de carbón en una playa de arenas blancas. Yo era pequeña, frágil, de cabellos oscuros y ojos marrones, mientras que todos ellos eran rubios y de ojos tan azules

como el cielo. Mis padres y mis hermanos eran personas muy físicas, muy efusivas. Les encantaba el campo y la playa, moverse constantemente, hablar a gritos, hacer siempre ruido. Yo nunca he comprendido a esa clase de gente. Desde pequeña me gustaba el silencio, o la música suave. No fui una niña que armara mucho alboroto, por el contrario, nunca hice rabiar a mi madre, pero ella se comportaba como si lo lamentara, como si desease que fuese una niña activa y traviesa como mi hermana, o un deportista consumado como mi hermano.

Si bien me sentía rechazada, a mí no me importaba mucho. Es más, me gustaba la soledad. Desde pequeña encontré compañía en los libros. Al principio los veía como algo mágico, algo salido de la imaginación de seres que estaban por encima de todos los que me rodeaban. Después comprendí que los escritores eran personas normales que tenían vidas normales, pero que reflejaban sus espíritus anormales en forma de poesías, de historias, de novelas. Fue entonces cuando supe que, tarde o temprano, me iba a convertir en uno de ellos.

Las librerías de viejo eran mi paraíso personal. Al principio mis padres se interesaban por mi afición a la lectura, preguntándome que libros leía y si me gustaban, pero al poco dejaron de preocuparse por ello. Ellos mismos no leían mucho, así que supongo que consideraban mi afición como parte de mis muchas rarezas, como hablar con los gatos o escuchar música de cantautoras. Así gané una cierta libertad sobre aquello que leía, y así pude leer ciertas cosas que no eran precisamente adecuadas para una niña de mi edad.

Yo ya sabía que tenía una rareza en particular. No tenía muchos amigos, pero a veces me admitían en los juegos de grupo, supongo que porque nunca me metía con nadie, o por rellenar algún hueco. Un día jugué con un gran grupo al juego de la botella. Supongo que sabes a que me refiero, es ese juego que se basa en la emoción de desvelar tus sentimientos. Giras la botella, y si te toca, tienes que besar a la persona del círculo que más te atraiga. Éramos muy jóvenes, así que el juego se limitaba a besos en la mejilla. Yo no conocía a ninguno de mis compañeros de juego, pero había una chica rubia sentada frente a mí que me fascinó desde el primer momento. Me quedé prendada de sus largos cabellos, de sus inquietos ojos azules, de sus delicados labios. Tan absorta estaba en mirarla, que no me di cuenta de que la botella me había señalado. Cuando me lo dijeron, me acerqué a ella sin pensarlo y la besé en la mejilla. Ella en un principio sonrió, pero después me miró con extrañeza, como todos los que me rodeaban. Se había hecho el silencio en el antes ruidoso corro. Por suerte entre niños nada importa mucho durante más de unos minutos, así que seguimos jugando como si nada. Por suerte no volvió a tocarme, y nadie me eligió.

Yo no tenía amigas de mi edad, pero había escuchado a otras niñas hablar sobre los chicos, sobre lo que les parecían y lo que sentían por ellos.

Con el tiempo, su atracción hacia el otro sexo se hizo más que evidente. Yo creí

que también, algún día, sentiría algo de eso que sentían las demás, pero eso nunca ocurrió. A mi solo me fascinaba la belleza de las otras chicas, me excitaba la idea de tocarlas, de acariciarlas, de besar sus cabellos, de hacerles cosas que leía en las novelas que tenía escondidas en el fondo de mi armario.

Había encontrado la primera de esas novelas por casualidad, rebuscando en una pila de libros viejos encuadernados en piel, con las páginas amarillentas, en una librería de viejo especialmente impregnada por ese desagradable y al mismo tiempo delicioso olor de los libros viejos. Era una antología de relatos llamada "El embrujo de safo". Yo no sabía de que trataba, y movida por la curiosidad comencé a hojearlo. Al poco me encontré con un delicado grabado, que representaba algo surgido de mis fantasías ocultas. Dos hermosas mujeres, completamente desnudas, besándose apasionadamente.

Temí que el dueño de la tienda no me dejara comprarlo, por ser yo una menor, pero era un anciano que siempre tenía la mente en otra parte, y no se dio cuenta de lo que me vendía. Oculté el libro entre mis ropas y nada más llegar a casa lo escondí en el fondo de mi armario. Esperé hasta la noche para leerlo. La furtividad de aquella lectura y la belleza de lo que leía me resultó terriblemente excitante, la emoción más fuerte que nunca había sentido. Aprendí como masturbarme en las páginas de aquel libro, y practiqué aquellas enseñanzas mientras lo leía, y mi mente comenzó a volar desde aquel día, movida por la pasión, urdiendo apasionadas, retorcidas y perversas historias de amor y sexo en la que yo era la protagonista.

Los libros de aquel tipo se convirtieron en mi objetivo máspreciado en mis visitas a las librerías. Incluso llegué a gastarme más de la cuenta al comprarlos en librerías normales, bajo la mirada extraña de dependientes que creían que esos libros solo eran admirados por los pervertidos. Lo cierto era que algunos eran zafios y vulgares, y no me gustaron, pero otros eran indescriptiblemente hermosos, al mismo tiempo que excitantes. No tardé en probar a plasmar en palabras mis fantasías, en una serie de pequeñas historias de erotismo lésbico que hubieran provocado un ataque en mis padres si las hubiesen descubierto.

El tiempo pasó, y yo poco a poco me fui sintiendo cada vez más sola. Llegó mi edad para ir a la universidad, y yo decidí venir a la de esta ciudad, más para alejarme al fin de mi familia que por lo que las facultades de aquí tuvieran que ofrecerme. Nada más llegar, ya en soledad, di rienda suelta a mi arte, escribiendo obsesivamente todas las noches, al menos una hora. Los estudios siempre han sido algo secundario para mí, comparados con mi querido arte.

En la universidad conocí alguna gente, incluso algunos que podría llamar amigos. Me volví poco a poco más atrevida con la edad, al punto de proclamar abiertamente mi lesbianismo ante los más allegados. Visité algunos locales de ambiente gay, pero la idea de conocer a una chica como yo, en la que hacer realidad mis fantasías, me

asustaba por algún motivo que no llegué a comprender nunca. Tal vez temiera que la realidad me decepcionara, comparada con mis deliciosas fantasías, y con lo que había aprendido de aquellos libros. La mayoría de las mujeres que encontraba en aquellos lugares eran exageradamente masculinas, y me repelían. Tan solo alguna vez encontré a alguien que me gustara, pero nunca me atreví ni a hablarle.

En aquel periodo escribí mi novela, "Pasión Secreta". Hay mucho de mí en esa novela, de lo que soy. Yo misma soy la protagonista, aunque nunca diga mi nombre. Todo surgió una noche en la que me quedé prendada de una deliciosa chica que subió conmigo en un ascensor. Ni cruzamos palabra, ella se bajó en su planta, y nunca la volví a ver. Pero mi mente se había excitado tanto con su delicada belleza que llegué a pensar en la descabellada y gloriosa idea de acercarme a ella, sin decir palabra, y besar sus labios. Recordarás que así es como comienza la novela. Me limité a urdir la historia a partir de allí.

Tardé medio año en escribirla. Una vez terminada, la envié a algunas editoriales, pero ninguna estaba interesada. No publicaban, me decían, ese tipo de novelas. Las había enviado a editoriales generalistas. Quería demasiado a mi novela como para enviarla a una editorial de novelas pornográficas, para que engrosara un catálogo junto a basura que no merece ser llamada literatura. Tal vez te parecerá un poco pretencioso por mi parte, pero en todo artista hay oculto un egocéntrico que se cree por encima de los demás.

Casi había desistido de mi empeño cuando, un día, visitando una librería, descubrí una nueva editorial llamada evocadoramente "Eros & Thanatos". Amor y muerte, las dos grandes potencias que mueven el mundo, que gobiernan nuestras existencias. En su catálogo solo aparecían novelas especialmente retorcidas, terroríficas, eróticas, sobre todos los tabúes existentes en nuestra estéril sociedad. Recuerdo que compré varios libros de aquella editorial casi sin fijarme en sus títulos, empujada por un presentimiento que no podía comprender pero que me resultaba totalmente claro.

Leí aquellas novelas de forma obsesiva. Eran de distintos autores, pero todas tenían dos cosas en común. Eran tan retorcidas que daban miedo, y eran terriblemente buenas, increíblemente hermosas. Nada más terminar la última que había comprado, les envié mi novela.

Por unas semanas no tuve ninguna respuesta. Al menos las otras editoriales me habían enviado frías e impersonales cartas de rechazo, la mayoría tan vacías de contenido que se notaba claramente que eran cartas modelo enviadas por gente que ni se había preocupado en leer la novela. Y un día recibí una llamada telefónica.

Era una mujer llamada Frida, la directora de la editorial. Lo primero que hizo fue felicitarme por la novela. Y lo siguiente que me dijo fue que quería reunirse conmigo para negociar los términos de su publicación.

No sé cómo no se me cayó el teléfono de las manos. La voz de Frida era muy

animada y amable, pero al mismo tiempo tenía un ligero tono ronco y cansado que le daba una gran sensualidad. Le agradecí que la publicara, y ella se deshizo en elogios hacia mi obra, tantos que me ruboricé. Traté de imaginarme como sería aquella extraña mujer que hablaba tan rápido, pero sin atropellarse, que me hablaba como si me conociese de siempre, aunque nunca nos habíamos visto. Mi corazón galopaba salvaje dentro de mi pecho. Quedamos en vernos ese mismo día, en su oficina. Me dio la dirección y la escribí en una letra casi ilegible a causa de mis nervios. Vestida completamente de negro, con los cabellos pintados de rojo y cubierta por un chubasquero de plástico negro, con un mapa en la mano para encontrar la dirección, salí al encuentro de Frida Kauffman. Quizá una de las personas más importantes en mi vida.

Imaginaba las editoriales como cualquier otro tipo de local administrativo, frías, asépticas, feas pese a sus intentos de resultar agradables, y quizá por ello más feas aún. Supongo que la mayoría de las editoriales son así, pero "Eros & Thanatos" es un caso aparte. Las paredes están completamente pintadas de negro, y sobre ellas, en escayola, hay sutiles muescas y surcos que causan un efecto misterioso y muy artístico. De esas mismas paredes cuelgan cuadros en los que rosas de afiladas espinas hechas de chapa y alambre forman letras, dibujos, en incluso poemas, saliendo caprichosamente del interior de sus sencillos marcos y mezclándose con los diseños de las paredes. Una chica de aspecto irresistiblemente goth, con los labios pintados de negro y una sombra de ojos que le ocupaba media cara, me preguntó mi nombre desde detrás de una mesa en la que había una vieja máquina de escribir y un teléfono. La secretaria, supongo que esa era su función, usó el teléfono para avisar de mi llegada, y las puertas de un despacho se abrieron para dejar salir a la mujer más pintoresca que nunca había visto.

Debía tener poco más de cuarenta años, y no era hermosa en el sentido clásico, pero sus rasgos eran armoniosos y resultaban agradables. Sus enormes ojos marrones brillaban enmarcados en por unas largas pestañas remarcadas por el lápiz de ojos. Llevaba sus labios sin pintar, lo que acentuaba su extrema palidez. Sus cabellos eran negros, y los llevaba muy cortos y pegados a la cabeza. Vestía un vestido de corte de sastre negro, con suaves y casi invisibles rayas grises. Y era sorprendentemente bajita y delicada. Parecía surgida de alguna antigua película de cine mudo, tenía el mismo tipo de misterioso atractivo de las mujeres de aquellas películas.

"Bienvenida, querida", fueron las primeras palabras que me dijo, mientras tomaba mis dos manos y besaba mi mejilla con una efusividad que nunca habría esperado de una completa desconocida. "Espero que te guste nuestra editorial", me dijo, señalando a su alrededor, y rió cuando le dije que me encantaba. Pasamos a su despacho, decorado igual que el exterior. En lugar de sentarnos en extremos opuestos de una mesa lo hicimos en el mismo, la una junto a la otra, tan cerca que podía oler su

intenso perfume. Sobre la mesa estaba mi novela, todos los folios cuidadosamente ordenados.

Lo primero que me preguntó nada más sentarnos fue que me había parecido su secretaria. "¿No te entran unas ganas terribles de tocarla cuando la ves?", me preguntó. Yo le dije que no me había fijado mucho en ella, Frida me recomendó que lo hiciera a la salida. Me confesó que no tenía el título de secretaria, sino que era bailarina de strip-tease. Frida la había conocido en un club al que había ido, y le había encantado su sensual cuerpo, tanto que pensó que le gustaría poder verlo todos los días. "Es una secretaria terrible" me dijo, "pero a veces actúa en privado, solo para mí, y eso lo compensa todo."

Así es Frida, completamente abierta, totalmente pervertida. Al poco rato estábamos riendo las dos juntas. Nunca había sentido antes nada así en compañía de nadie. Llegamos a un acuerdo sobre la publicación en apenas unos minutos, y después seguimos allí charlando, sobre mi novela, sobre mi vida, sobre mis fantasías. Por primera vez me abrí completamente a alguien, y la experiencia me resultó totalmente liberadora. Me descubrí hablándole de mi familia, de mis sueños, de cosas de mí que incluso yo misma desconocía, o pretendía desconocer. Es curioso como una persona puede llegar a afectarnos de esa forma, como puede hacer que florezcamos, que nuestro espíritu explote y lo deje todo manchado de su esencia. Es lo contrario de esas otras personas con una personalidad tan fuerte que te sientes aplastado por ella. Frida hacía que sacaras lo mejor de ti mismo, como escritora y como persona. No era solo conmigo, lo hacía con todo el mundo. Ese era su don.

A las dos horas salíamos de su despacho juntas, para ir a almorzar, con mi contrato ya firmado. Al salir reparé en la secretaria, y me asombré de su redondeada y blanda sensualidad, de lo indolente y provocativamente que se sentaba en aquella incómoda silla que parecía diseñada precisamente para provocar esa indolencia, en como me miraba, en aquellos ojos azules enmarcados de negro, rodeados de unas largas pestañas extendidas más aún artificialmente. Y descubrí a Frida mirándome, con una sonrisa pícaro en su pequeña y fina boca.

"Tienes razón", le dije mientras bajábamos en el ascensor. "Me muero de ganas de tocarla".

El restaurante al que me llevó a almorzar era pequeño y sencillo, algo bastante distinto a lo que me imaginaba. Pero me sentía cómoda en aquel lugar, regentado por una pareja de edad y su joven hijo, que parecían conocer a Frida desde hacía tiempo. Habíamos abandonado el decadente y hermoso mundo de Frida para adentrarnos juntas en el mundo real, pero llevándonos parte de su genio con nosotras. Frida me habló del futuro de mi novela, de cuando la publicarían, de lo que harían para promocionarla, de las posibles sesiones de presentación y firma de ejemplares. Yo estaba ofuscada por todo aquello, sin terminar de aceptar realmente que mi obra fuese

a ser publicada. Pero Frida no hablaba solo de publicar mi novela. Confiaba tanto en mí que quería contratarme para que escribiera más novelas. Notaba algo que nunca había sentido antes, más bien la ausencia de algo que había estado siempre lastrando mi mente. Frida hacía que no me sintiera pequeña, insignificante, tonta. Frida me estaba dando confianza en mí misma. Creo que de alguna forma sabía que eso era lo que yo más necesitaba, y era una maestra en proporcionarlo, halagándome de una forma tan natural que casi no parecía un halago, sino la constatación de un hecho científicamente probado.

"He pensado que podríamos hacerte una sesión fotográfica", me dijo de repente, justo antes de meter en su boca un pedazo de filete casi crudo. Frida masticaba la carne lentamente, entrecerrando sus ojos.

"¿Para que?", le dije yo, francamente sorprendida.

"Para la edición de tu novela", me dijo ella, una vez hubo engullido la carne. "Para el retrato de la autora, o quizá para la portada. Al fin y al cabo, tú eres la protagonista, al menos en tus fantasías".

"Pero yo soy..." comencé a decir.

"¿Tímida?", dijo ella sonriendo.

"Fea", dije yo.

"¿Quién te ha dicho esa tontería?", dijo ella, indignada.

"Yo misma, Frida", le repliqué. "Me miro al espejo todas las mañanas".

"Que tú te veas fea no significa que lo seas", me dijo.

Y yo no supe que replicar.

"Eres una de las chicas más hermosas que han cruzado la puerta de mi editorial", me dijo ella. "La belleza rezuma por tus ojos, por la punta de tus dedos, por tus cabellos. Pero no te atreves a mostrarla".

Yo había enrojecido hasta la raíz de mis cabellos. Bajé la vista hacia mi ensalada, deseando que Frida no se estuviese burlando de mí.

"Mañana ven a mi estudio", me dijo ella, sacando una tarjeta de su cartera. "Te demostraré lo hermosa que puedes ser".

"¿Tu estudio?", le dije, confundida, leyendo la tarjeta.

"Sí", dijo ella, divertida por haberme sorprendido de nuevo. "También soy fotógrafa".

"¿Qué clase de fotógrafa?", le pregunté, con fingida suspicacia. Estaba acostumbrándome a seguirle el juego, y me encantaba.

"Adivínalo", me dijo ella.

—Estabas completamente enamorada de ella —me dice Lili.

—Sí —le digo—. Fue la primera vez que me enamoré realmente de alguien. No de su belleza, o de una visión idealizada de ella. Cuando nos separamos, poco después, yo sabía que la amaba.

Y me atormentaba a mí misma preguntándome una y otra vez que sentiría ella por mí. Aquella noche casi no pude dormir. Espero no estar poniéndote celosa.

Lili sonrío y niega con la cabeza.

—No te preocupes —me dice—. ¿Aún la amas, verdad?

Lili está tocando sin saberlo una herida que aún no ha terminado de cicatrizar.

—Claro que la amo —le confieso, y por algún motivo, no tengo ningún miedo a que mis palabras contraríen a Lili—. Pero ahora estoy contigo.

Lili vuelve a abrazarme y besa mi mejilla.

—Lo sé —me dice—. Sigue, por favor.

—¿De verdad quieres que siga? —le pregunto.

Yo en su lugar estaría consumiéndome por los celos. Pero Lili parece ser distinta.

—Por favor —susurra en mi oído, provocándome un escalofrío.

—Su estudio estaba cerca de la editorial, en un edificio más pequeño. Era poco más que una enorme habitación blanca, con un alto techo, llena de focos y material de fotografía. También había un pequeño taller de revelado, pero Frida no dejaba que nadie, ni siquiera yo, entrara en él. Ella lo llamaba su santuario. Frida apareció con una maleta, cargada de ropa que había seleccionado la noche anterior de su guardarropa personal. Era ropa muy provocativa, y además casi todas las prendas me estaban pequeñas, con lo que mostraban más aún de aquello para lo que habían sido diseñadas. Frida fue eligiendo aquellas prendas e hizo que me las fuera probando frente a un espejo. Seleccionó algunas combinaciones y después me sentó frente a la mesa de maquillaje. Recuerdo que había puesto música, algo suave y exquisitamente sensual. Me encantó sentir sus manos sobre mi rostro, como lo fue transformando poco a poco con su pericia, extrayendo algo hermoso de mis anodinos rasgos. Cuando finalizó, una extraña me miraba desde el otro lado del espejo. Una extraña a la que me moría de ganas por besar.

Comencé a posar embriagada por mi propia belleza, sintiéndome hermosa y sensual por primera vez. Todas las prendas que Frida me había traído eran negras, del mismo estilo gótico que ella vestía. Mis pies estaban descalzos sobre el blanco suelo. Tela negra sobre fondo blanco, tela negra sobre piel pálida. Al principio seguí las indicaciones de Frida, pero al poco empecé a improvisar, y ella comenzó a disfrutar con mi insólita demostración de sensualidad. Cada vez que su lengua lamía sus labios yo me sentía enloquecer. Me fotografió con un traje de corte medieval, de generoso escote, con un mono de cuero negro ajustado, con una blusa amplia que dejaba mis hombros al descubierto. Dejándome llevar por un impulso, dejé que la blusa resbalara por mis brazos y cayese al suelo, dejando al descubierto mi sujetador negro, y seguí posando. Después me quité los pantalones cortos que llevaba, desvelando mis sorprendentemente reveladoras braguitas. Sintiendo flotar, me quité primero el sujetador, y después las braguitas, y Frida siguió fotografiándome, y yo me esforzaba

por excitarla más y más. Cuando volvió a pasar su lengua por sus labios, me acerqué directamente a ella, y la abracé, besándola sin ningún temor. Ella respondió a mi beso, dejó que desnudara su pequeño y gracioso cuerpo, y después yacimos las dos desnudas, entrelazadas, sobre el frío suelo de aquel estudio, con nuestros cuerpos irradiando calor. Aquel día Frida me inició en los secretos de Safo.

—Mmmm —susurra Lili en mi oído, erizando el vello de la nuca—. Me encanta como lo describes.

—Soy una profesional —le recuerdo, con una sonrisa.

—No creas que nos convertimos en amantes después de aquello —prosigo—. Seguimos siendo amigas, y en nuestra relación hubo besos, abrazos y sexo siempre que la ocasión nos animaba a ello. No éramos pareja, éramos dos amigas que se atraían físicamente y que compartían su intimidad cada cierto tiempo. Al menos eso éramos para Frida. Yo la amaba con todo mi ser, con la ingenuidad y la entrega que da el primer amor. Recuerdo los pequeños regalos que solía hacerle, rosas negras, colgantes de peltre. Frida siempre me los agradecía, y nunca me sentí rechazada por ella. Siempre que quise hacer el amor con ella, ella desplegabla toda su sensualidad para mí, pero yo era muy tímida aún como para pedirlo siempre que lo necesitaba. Frida me amaba, lo sé. Lo sé por como me miraba, por como me hablaba, por la forma en la que se entregaba a mí en el sexo. Pero Frida no quería atarse a mí, no quería atarse a nadie. Quería seguir siendo libre, y eso era algo que yo tenía que aceptar, ya que era esa libertad la que me hacía amarla.

Finalmente "Pasión Secreta" se publicó, y en la portada apareció la fotografía, en blanco y negro y un poco desenfocada, de una hermosa jovencita desnuda. Esa jovencita era yo, aunque me cuesta reconocerme. Hay veces en las que me he excitado pensando que hacía el amor con esa jovencita que Frida sacó de mi interior.

Frida me animó a seguir escribiendo, aunque también me animó a que no dejara mis estudios. No era solo una amante y una mecenas para mí, era en cierta forma la madre que siempre deseé tener. No sé si ella me vio alguna vez como una hija, aunque era lo suficientemente perversa como para hacerlo. Quizá sea algo natural, algo dado por la diferencia de edad que había entre nosotras. Empecé a escribir una nueva novela, una novela basada en Frida, en lo que ella me hacía sentir, en lo que había creado a partir de la jovencita solitaria y melancólica que yo era. Mi novela tuvo un moderado éxito dentro del campo del erotismo, y estuvo nominada a algunos premios menores. Hice algunas sesiones de firmas de libros, y para todas ellas Frida me maquillaba, me vestía y me aleccionaba, convirtiéndome en esa mujer que solo ella veía en mí. Y veía como decenas de jovencitas con vestimentas góticas hacían cola para que firmara ejemplares con mi fotografía desnuda en la portada, veía el deseo en sus hermosos ojos mientras me decían sus nombres para las dedicatorias, y me sentía como nunca me había sentido. Me sentía libre, me sentía valiosa. Me sentía

importante por primera vez, no importante para los demás, sino importante para mí misma. Me miraba al espejo por las mañanas y veía lo mismo de siempre, pero ahora me gustaba, ahora era hermoso porque ella lo había hecho hermoso. Ese era su don. Por eso la amaba.

Entonces todo se torció y mi vida se fue al infierno.

—El Caos te eligió —dice Lili.

—Un día desperté con un fortísimo dolor de cabeza. No le di importancia, y me limité a tomar un analgésico. Al día siguiente, ese dolor de cabeza estaba de nuevo allí al despertar, y al siguiente, y al siguiente, pero cada día un poco más fuerte. Era como si estuviesen taladrando mi cabeza en mi sien derecha. Pronto me costó concentrarme en cualquier cosa, tan solo quería sentarme en la oscuridad, esperando que la dosis masiva de analgésicos que había tomado hiciera algún efecto. Tras cinco días decidí ir al médico, teniendo que cancelar una sesión de firmas. El doctor que me atendió era un hombrecillo pequeño, casi calvo, que me recordó a una patata vestida con una bata blanca. Me hizo una análisis casi infantil, que mi madre podría haber hecho sin tener un título de medicina, me preguntó ocho veces si tomaba drogas y cuando me preguntó cuando era la última vez que había hecho el amor con mi novio me divirtió sorprenderle soltándole de sopetón que era lesbiana.

Quizá si hubiera confiado un poco más en mí, si hubiera sido un poco más cuidadoso, yo no estaría muriéndome.

Pero me despachó sin más, sin estar muy seguro de que era lo que me ocurría, ofreciéndome solo balbuceantes excusas como explicación. Me recetó analgésicos aún más fuertes, y me dijo que el dolor debía desaparecer al cabo de unos días. Lo cierto es que los analgésicos fueron efectivos en acabar con mi dolor, pero también acabaron con toda mi vitalidad. Me pasaba los días en mi apartamento, sin energías para hacer nada, en un febril duermevela la mitad del tiempo, la otra mitad tratando inútilmente de estudiar. Frida vino a verme un día y se quedó horrorizada por mi estado. Me recomendó que dejara aquellas pastillas y yo seguí su consejo. Afortunadamente, el dolor había desaparecido. Durante unos meses, todo volvió a la normalidad.

Pero entonces el dolor regresó, y esta vez fue auténtico dolor. Entonces comencé a tener ausencias, momentos en los que todo se me olvidaba, en los que perdía la vista. Comencé a sentir entonces que de repente las fuerzas me desaparecían y se me doblaban las rodillas. Me iba sintiendo más y más débil a cada día que pasaba. Por suerte en esta ocasión me atendió otro médico, uno joven recién salido de la facultad, que todavía no había sido deformado por la rutina de la sala de consultas. Me envió a varios lugares donde me hicieron pruebas, entre ellas un escáner cerebral. Pude ver el diagnóstico en los ojos de mi médico antes de que dijera una sola palabra.

Cáncer. Inoperable. Mortal. Seis meses, quizá un año antes de entrar en la fase

terminal. Hasta entonces, podría llevar un patético simulacro de vida a base de pastillas.

Recuerdo que caminé hacia mi casa desde la consulta con la receta de mi tratamiento casi a punto de deslizarse de entre mis dedos, como si me negara a aceptar que estuviese allí. Cuando llegué a casa, parecía que había olvidado lo que me acababan de decir. Dejé la receta en un cajón sin mirarla y volví a mi vida normal, pese al dolor. No le hablé a nadie de ello. Frida me preguntó, pero le dije que no sabía nada. Y lo cierto era que en cierta forma no lo sabía. Era como si ese momento no se hubiese producido, como si mi mente lo hubiera almacenado antes de que sus consecuencias pudieran afectarme, como si me estuviese preservando de él. Pero al poco tiempo aquella negación terminó rompiéndose.

Fue una noche, dando vueltas en la cama, sin poder dormir a causa del dolor. Fue solo un pensamiento, solo dos palabras que aparecieron dentro de mi cabeza, surgiendo de ese centro de dolor cerca de mi sien derecha.

"Me muero".

Me sentí caer, casi sentí vértigo ante la sensación de vacío que se adueñó de mí. Clavé mis uñas en las palmas de mis manos, y rompí a llorar. Lloré más aquella noche que en todo el resto de mi vida.

Pasé dos días en mi cama, sin moverme, sin hacer nada, acariciando con los dedos de mi mente ese centro de dolor, ese agujero negro que robaba mis pensamientos, que me confundía haciendo que olvidara en que día vivía. Comencé a hablar con él, a insultarle. Yo que nunca había insultado a nadie le dije las mayores obscenidades. Creo que llegué a gritarle. Le dije que no me vencería, que no me llevaría por delante. Antes tomaría mi vida yo misma antes que dejar que ese maldito bastardo se la llevara. Comencé a pensar en formas de quitarme de en medio y llevármelo por delante. Pensé en arrojarme por la ventana, en ahorcarme, en abrirme las venas, en atiborrarme de pastillas. Fue cuanto empecé a sopesar mis distintas alternativas de suicidio con precisión casi científica cuando me comencé a preocupar. Imaginé mi cuerpo colgando del techo por una soga alrededor de mi cuello, imaginé mi cuello roto, lleno de laceraciones, mi cuerpo lívido y flácido como un pelele, la lengua asomándose entre los labios, mis ojos mirando al infinito. E imaginé que era Frida quien encontraba mi cadáver. Imaginé su rostro, imaginé su horror, imaginé su dolor. No quería que eso ocurriese, no quería manchar su vida con la tragedia de mi muerte. Así que me decidí a desaparecer.

Al día siguiente abandoné mi apartamento, y me mudé al que ahora mismo ocupo. Me llevé parte de mis cosas, otras las dejé atrás, quizá porque me recordaban demasiado a la vida que se acababa sin tan siquiera haber podido terminar de iniciarse. Me llevé mis libros, mis notas, y la foto enmarcada que Frida usó como portada de mi novela. No podía soportar mirarla, pero no podía ni imaginar siquiera

el dejarla atrás. Aquel era el testimonio de lo que Frida había despertado en mi interior, de lo que había hecho con la jovencita tímida y secretamente perversa que yo era, y que nunca volvería a ser.

—No has vuelto a verla desde entonces —dice Lili.

—No —le contesto—. Que yo sepa, no ha vuelto a saber nada de mí.

—Has debido hacerla sufrir —me dice ella—. Hay quien diría que eres cruel por hacer lo que hiciste.

—Lo sé —le confieso—. Yo misma lo pienso a veces. A veces pienso que es solo egoísmo lo que me animó a huir de todos los que me conocían, que estaba obsesionada con mi propia tragedia y que no podía ver el daño que les hacía a los demás con mi actitud. Pero lo hice, y ahora no soy capaz de echarme atrás.

—¿Te gustaría volver a verla? —le pregunta ella.

—Sí —le digo—. Me encantaría. Le hablaría de ti, y escribiría una nueva obra para ella, una sobre nosotras dos.

—¿Llegaste a terminar la novela que escribías cuando estabas con ella? —me pregunta Lili.

—No —me dice—. No tenía fuerzas para seguir escribiendo nada. Era demasiado doloroso.

—Hazme un favor —me pide ella, susurrando dulcemente en mi oído, acariciando mis cabellos con las yemas de sus dedos—. Si la magia de sangre funciona, si completamos el ritual, termínala para mí.

Recuerdo lo que estamos a punto de hacer, y quizá sea porque lo veo desde la perspectiva de mi vida anterior, esa vida que acabo de revivir en mis recuerdos, pero veo todo el ritual, toda la magia de Lili, todas nuestras esperanzas como el desesperado, patético y peligroso delirio de un grupo de personas tan hundidas en su propia miseria que han perdido el sentido de la realidad y se agarran a cualquier cosa que pueda sacarles de ella. Pero me giro y veo los ojos verdes de Lili, y beso sus labios, y su perfume inunda de nuevo mis sentidos, y pienso que no me importa nada de eso, siempre que esté junto a ella.

—Te lo prometo —le susurro.

## **Segunda Parte**

# **SANGRE**

Estoy nerviosa, estoy terriblemente nerviosa.

Mis rodillas tiemblan, siento como un sudor frío se desliza por mi nuca, humedeciendo el cuello de mi vestido negro. Siento el peso frío de mi puñal en el bolsillo de mi abrigo, más molesto aún porque me recuerda constantemente lo que estoy a punto de hacer con él. Me apoyo, sin atreverme a sentarme, en el capó del pequeño utilitario de Lili. En el interior esperan Joseph y Wong. Creo que la pequeña asiática tiene aún más miedo que yo. He temido que nos abandonara más de una vez. Cielos, incluso yo misma he tenido miedo de que mi convicción me fallase en el último momento. Es el Loa Miedo, aliado del Caos, que nos posee. Hemos de tener cuidado para que no nos consuma, para poder ser partícipes de su poder. Lili nos ha explicado que Miedo es uno de los Loas más poderosos, y que será a él y a Lujuria a quienes invoquemos esta noche.

Fue esta mañana cuando nos reunimos para comenzar los preparativos. Lo hicimos en el cementerio, que a la luz de la mañana parece un lugar totalmente distinto. Como acostumbra a hacer Lili, llegamos justo después del amanecer, horas antes de que el cementerio abriese sus puertas. A la luz de la mañana, aquel parecía un lugar hermoso, casi apacible, con toda su terrible y macabra majestuosidad sugerida tan solo en las severas lápidas, algunas cubiertas de musgo, recordatorios de que bajo nuestros pies se encuentran los restos putrefactos de seres que un día eran como nosotros, y de que nosotros también algún día terminaremos bajo alguna de ellas, algunos quizá demasiado pronto. Nos sentamos de nuevo en círculo sobre la tumba de Karla Freund, fumamos el Beso de la Nada y después nos dimos la mano formando un círculo. Sin habernos puesto de acuerdo, todos íbamos de negro. Wong no pronunciaba palabra, y la cínica jovialidad de Joseph parecía estar contenida por las circunstancias. Lili comenzó a susurrar una hermosa letanía en algún idioma que no reconocí, palabras sencillas de una cadencia hipnótica. Todos comenzamos a recitar las palabras con ella, y aunque desconocía su significado, sentía que una idea me inundaba. Aquella letanía parecía aumentar el efecto de la droga de alguna forma, parecía liberar aún más nuestra euforia, parecía aumentar el ritmo de nuestros latidos. De alguna forma, aquella letanía siguió resonando dentro de nuestros pechos horas después de que dejara de sonar en nuestros labios.

Después, todos besamos la lápida de Frida. Como en un trance nos alejamos de allí, y Lili nos llevó a su hogar.

Allí, dibujamos en el suelo una estrella de siete puntas. Preparamos las velas, una en cada arista. Es curioso que algo para los antiguos era tan común como la luz de una vela se haya vuelto en nuestros tiempos tan raro que tenga incluso una cierta cualidad mágica. Nos sentamos de nuevo en círculo, dentro de la estrella, y Lili nos entregó a cada uno un puñal, de hoja curvada y mango de madera negra.

—¿Por qué todo esto? —preguntó Joseph—. ¿Realmente importa?

—¿No te parece hermoso? —repuso Lili.

—Sí —dijo él—. Pero no sé a que viene tanta ceremonia.

—Todo lo que te ayude a sumergirte en el significado de lo que vas a hacer es de ayuda —dice Lili—. Los rituales, las drogas, la música.

Lili alzó ambas manos para indicarnos que esperásemos un momento, y se levantó del círculo para abrir un baúl que había junto a la pared. De él sacó una serie de objetos cubiertos con un paño de tejido grueso color burdeos. Eran un viejo fonógrafo, su altavoz y una caja llena de cilindros encerados. Aquello debía tener más de cien años, y mostraba esa fina pátina ocre de todos los objetos con historia. Lili montó el bronceo altavoz en el fonógrafo y después puso en él, con exquisito cuidado, uno de los cilindros de la caja. Todos sus gestos, la reverencia con la que trataba aquellos objetos, la expresión de su rostro, todo me recordó a un ritual religioso. Lili dio siete vueltas a la llave para darle cuerda al fonógrafo, haciendo una pausa tras cada vuelta, como si no quisiera fatigar al antiguo mecanismo. Y entonces puso la aguja sobre el cilindro, y volvió a sentarse en el círculo antes de que la música comenzara.

Por un momento tan solo un fuerte e irritante sonido de estática surgió del altavoz del fonógrafo, roces abruptos y una especie de indefinido murmullo. Pero al poco tiempo algo comenzó a sonar sobre la estática, un sonido que parecía lejano y poco definido y que me costó identificar como la música de un violín. Lili se recostó y apoyó su cabeza en el suelo, cerrando los ojos. Todos la imitamos, como si siguiéramos inmersos en un ritual. Me concentré en aquel sonido, siguiendo aquella frenética melodía de influencias cingaras que nos llegaba desde el pasado, desgraciadamente arruinada por el inexorable paso del tiempo. Pero poco a poco mi oído se fue acostumbrando a las deficiencias de aquella grabación, y comencé a ignorar la estática, y los roces y los chasquidos del mecanismo y concentrarme en la música, en aquella caótica melodía que parecía surgir de una salvaje improvisación, aquella melodía que engañaba mis sentidos acostumbrados a otro tipo de música, llevando mis expectativas en una dirección cuando en realidad se dirigía hacia otra, pero siempre con fuerza, siempre con sinceridad. Al poco pude imaginar aquellos brazos que debieron haberla tocado hacia ya más de un siglo, casi puede ver a Karla, desnuda, tocando a la luz de una vela, bailando al ritmo de su propia melodía, y grabando su actuación en un acto de exquisita vanidad. Pude vislumbrar la fuerza de su carácter en la energía que imprimía en cada nota, pude tener un atisbo de su malignidad en la cadencia de su música. Poco a poco, la melodía se fue desdibujando más y más, las notas se fueron haciendo más frenéticas, más agudas, llegando a sonar de una forma casi obsesiva, casi enfermiza. Aquella música me tenía atrapada, pero no era una experiencia agradable. Era como si mis nervios fuesen cuerdas de violín y Karla las estuviese tocando con su arco desde el pasado, haciendo chirriar mis

entrañas. Escuché a Wong suspirar junto a mí. La cadencia se hizo tan frenética que parecía que las cuerdas iban a estallar, y las notas tan agudas que casi parecían chirridos. Era algo terrible, pero lo que lo hacía más terrorífico era que no dejaba en ningún momento de ser hermoso, no dejaba de atrapar mi espíritu con pensamientos de libertad, de ruptura con todo, de liberación, de locura, de caos. Finalmente, en una nota que podría haber quebrado el vidrio, Karla dejó de tocar, y la aguja tocó el final del cilindro. Tan solo habían sido unos minutos, pero habían sido tan intensos que perdí la noción del tiempo.

Casi no hablamos después de aquello. No queríamos romper aquella especie de hechizo en el que nos había envuelto la música de Karla, que sigue resonando de forma obsesiva dentro de mi cabeza.

Cielos, voy a hacer una locura. No puedo creer que esté aquí, no puedo creer que vaya a ser parte de esto. Voy a hacer una locura junto a tres personas que casi no conozco. Miro dentro del utilitario y veo a Wong mirándome, el miedo brillando en sus tristes y bonitos ojos. Ella debe de estar pensando en este momento algo muy parecido. Joseph está a su lado, con los ojos cerrados, la hoja de su puñal apoyada en su frente. Sus labios se mueven en silencio, como si estuviese rezando. Estamos locos, estamos todos locos, la certeza de la muerte nos ha vuelto locos.

¿Pero, que alternativa nos queda?

El utilitario está aparcado delante del hospital en el que todos nos conocimos. Lili está junto a la puerta, apoyada en la pared, envuelta en su abrigo y con sus rastas rubias parcialmente cubiertas por un sombrero. La sesión de terapia de grupo de hoy parece estar durando más de lo convenido, o quizá sea solo que estoy demasiado nerviosa, demasiado ansiosa de que suceda ya todo de una vez y termine esta maldita espera. Mi mirada se cruza con la de Lili, y ella me sonrío. Creo que está escuchando algo desde el interior. Entonces las puertas se abren tristemente y empiezan a salir los miembros del grupo de terapia. Vuelvo a contemplar sus rostros, la forma en la que andan, la mirada vacía y hundida con la que algunos me miran. Hay algunos murmullos, pero no parece que ninguno de ellos esté lo bastante animado como para conversar, así que no tardan en dispersarse. No parece que la terapia les esté sirviendo de mucho. Hace unos días yo era así, yo era uno de ellos. Ahora quizá esté loca, pero tengo una finalidad, tengo una esperanza, tengo amor y tengo magia, y eso es mucho más de lo que la mayoría de la gente tendrá en toda su vida. Esa es la bendición del Caos, ese es el poder de la condenación, que solo unos pocos, los que están lo bastante locos, pueden comprender. Lili vuelve a sonreírme y yo le devuelvo la sonrisa. Me lanza un beso, y creo que me sonrojo. Sigo estando terriblemente nerviosa, pero parece que una nube se ha disipado dentro de mi pecho.

La calle vuelve a quedarse vacía. El interior del hospital parece adormecido, como si el grueso de su actividad estuviese en suspenso, pero pese a ello no durmiera,

esperando alguna terrible desgracia que vuelva a hacerlo necesario. Surge luz a través de los gruesos cristales traslúcidos de las puertas, una luz teñida de un amarillo azulado. Una sombra se recorta en una de las puertas, que se abre enérgicamente, asustándome. Es él.

Veo como Lili se acerca a Emil, sonriéndole, iniciando la conversación antes de llegar a su lado. Emil la reconoce, y veo la desconfianza en su rostro al hacerlo, pero parece que el deber profesional puede en él más que la cautela, y deja que Lili se le acerque, le contesta, intenta que su expresión parezca más neutral, incluso amistosa, pero de una forma tan forzada que casi parece cómica. Por suerte está tan concentrado en Lili, tan sorprendido de haberla encontrado esperándole que no repara en nosotros. Comienza a caminar, y con un gesto le indica a Lili que le acompañe. Sin que el psicólogo lo sepa, no está sino facilitándonos las cosas. Me pregunto cual sería la reacción de Emil si llegase a saber ahora mismo, en un instante, lo que planeamos hacer con él. Lili lo toma de un brazo, un gesto demasiado íntimo que sorprende más aún a Emil. Pero pronto su sorpresa se convierte en miedo.

Debe de estar sintiendo la hoja del puñal de Lili, apretándose peligrosamente a la blanda carne de su costado a través de sus ropas, a punto de rasgarlas y penetrar en su cálido interior. Se detiene por un momento, paralizado por el miedo, pero Lili le fuerza con un gesto a proseguir, a acercarse a nosotros. Golpeo el cristal y Joseph parece surgir de su letargo. Sale del coche y se queda junto a la puerta trasera, manteniéndola abierta. Lili no ha dejado de sonreír, y sigue susurrándole al oído a Emil, quien sabe que retorcidas amenazas referentes al momento en el que al terapeuta se le ocurra gritar. Emil parece haber perdido todas las ganas de luchar, si es que alguna vez ha tenido alguna. Deja que Lili le empuje al interior del coche. Joseph entra tras él y posa el filo de su hoja en el cuello de Emil, mirándole con una sonrisa que debería helarle la sangre. Wong cubre entonces la boca del terapeuta con cinta aislante negra. Lili y yo entramos mientras Wong termina de atar las muñecas de Emil a su espalda con el mismo rollo de cinta negra. Por el retrovisor veo los ojos de Emil, que parecen obsesionados con la mirada de Joseph. Quizá haya descubierto en sus ojos algún rasgo psicótico que hasta ahora tan solo conocía por los libros. O quizá la extrañeza de todo esto lo tiene demasiado aturdido. Lili arranca el coche y nos alejamos de allí, tras haber conseguido a la víctima para nuestro sacrificio de sangre.

Hemos estado dando vueltas con el coche alrededor del barrio de Lili, esperando que oscureciese. No hemos hablado en ningún momento, ni siquiera nos hemos atrevido a mirarnos los unos a los otros. El único sonido, a parte del sonido del motor, fueron los gruñidos y sollozos de Emil, sus inútiles intentos de abrir sus clausurados labios para emitir alguna palabra, quizá para pedir auxilio a alguna de las pocas personas con las que nos cruzábamos o seguramente para preguntarnos que queríamos de él, por qué le estábamos haciendo aquello. Yo tenía la melodía de Karla

dando vueltas en mi cabeza, sus notas salvajes y desquiciadas desgranándose una y otra vez en mis pensamientos, como una manía obsesiva. Había fuerza en aquella música, había poder. Sentía que mi cabeza iba a estallar, como si tuviera algo apretando implacablemente desde dentro de las sienes.

Por suerte, ninguna de las personas con las que nos cruzamos mira dentro del coche. No nos detenemos nunca, con lo cual no hay muchas ocasiones de que ocurra. Pero pese a todo no parece que la gente de este lugar esté muy interesada en lo que ocurre en las vidas de los demás, sobre todo cuando lo que ocurre es extraño, sospechoso o puede causarle problemas.

Al fin la noche cae, convirtiendo estas calles pobremente iluminadas en un lugar amenazador, una especie de bosque primario de cemento y metal, decorado con las marcas y el arte religioso de las tribus que lo habitan. Siento el miedo como una caricia en la nuca, como un estímulo, no como algo desagradable. Me despierta, me mantiene alerta, inyecta un frenético delirio en mis venas. Nos detenemos al fin, la calle totalmente desierta, iluminada tan solo por la luz amarillenta y sucia de una alta farola de aluminio. No recuerdo que este lugar fuese tan tenebroso la última noche que lo visité. Quizá fuese porque entonces solo estaba pendiente de Lili, quizá porque lo veía todo con unos ojos empañados y embriagados por la lujuria. Salimos del coche y entre los cuatro sujetamos a Emil y le guiamos hacia las escaleras. Lili y yo subimos delante, tirando de sus antebrazos, Wong y Joseph van detrás, empujándole. Emil no se resiste, no intenta huir, pero está demasiado asustado como para controlar sus pasos, y tropieza más de una vez con los gastados y sucios escalones. En una ocasión su paso resbala al pisar un amarillento papel de periódico, y debemos sujetar su peso muerto para que no caiga de bruces. No queremos que se haga daño. Todavía no.

Una última ojeada para asegurarnos que nadie nos ha visto, aunque en caso de que alguien lo hubiese hecho no creo que tuviéramos nada de que temer, y entramos en casa de Lili. Forzamos a Emil a que se tumbe en el centro de la estrella de siete puntas que hemos preparado. No hemos encendido la luz, así que la única iluminación es la luz de la farola, que penetra a través del cristal traslúcido de una pequeña ventana. A esta luz parecemos espectros atormentando el sueño febril del tembloroso psiquiatra. Me siento deliciosamente malvada y sonrío. Lili vislumbra mi sonrisa en la oscuridad y me besa de repente, acariciando mis cabellos. Todo mi miedo parece cristalizarse y romperse, y me siento caóticamente liberada. Siento que caigo, que caigo hacia delante en una huida sin retorno de todo lo que soy, y no dejo de luchar para caer aún más deprisa, para que nada me detenga, sin importarme lo que haya esperándome al fondo el abismo.

Amarramos los tobillos de Emil con la misma cinta negra que sujeta sus labios y sus muñecas. Todos respiramos frenéticamente. No sé si es mi imaginación, pero me

parece oír los latidos de nuestros corazones, latiendo ligeramente desacompañados, pero todos endiabladamente frenéticos. Veo la sonrisa de Joseph en la penumbra, el brillo húmedo de los ojos negros de Wong. Joseph y Lili usan las hojas curvadas de sus dagas para rasgar la camisa a cuadros del psiquiatra, mientras Wong y yo, caminando sobre nuestras rodillas, trazamos semicírculos inversos para encender las velas del septáculo. La luz dorada de las velas, su calor y su delicioso aroma comienza a inundar la sala. La piel blanquecina y la carne floja del torso de Emil se me antojan tan repulsivas como las de un gusano. Wong y yo nos encontramos en la última vela, la del extremo superior del septáculo. Aplicamos las dos a la vez la llama de nuestras largas cerillas al cabo de la vela, y después las apagamos de un soplo. Veo todavía temor en los ojos de Wong cuando levanto la vista de la pequeña llama. A esta luz me parece terriblemente hermosa, como si el tenue brillo de las velas enmascarara todos los estragos que enfermedad ha hecho con su cuerpo. Intento apaciguar sus temores y acaricio su mejilla mientras le sonrío. La siento temblar contra la piel de mi palma. Beso su mejilla por impulso, y después me atrevo a besar sus labios. Cielos, estoy totalmente embriagada de miedo, de lujuria, de locura y de puro caos. Ella se sorprende ante mi beso, pero después me sorprende devolviéndome con una ferocidad que nunca hubiese imaginado en ella.

—Déjate llevar —le susurro—. No nos abandones ahora.

Sus ojos brillan de forma extraña. El miedo parece haberla abandonado, pero no sé cuál es la emoción que ahora parece poseerla.

La melodía suena de nuevo dentro de mi cabeza, ahora con más fuerza, tanta que casi parece que la estoy oyendo realmente. No, no es eso. La estoy oyendo. Lili ha puesto de nuevo el cilindro de cera, para que la magia de Karla llegue a nosotros a través de los tiempos y nos ayude en nuestro ritual. De rodillas todos rodeamos a Emil, todos sonriendo, nuestras sonrisas maléficas como las de una manada de hienas. Lili es la que da el primer corte, haciéndolo coincidir con una nota desquiciadamente aguda del violín de Karla. Corta a Emil en el hombro, cerca del cuello. La sangre no tarda en surgir, negra y brillante a la luz de las velas. Todos las miramos como hipnotizados por ella, por su olor, que podemos sentir aún bajo el olor penetrante de las velas. Lili aprieta los bordes de la herida para que sangre más aún, y después pega sus labios al corte y comienza a beber la cálida sangre de nuestro sacrificio, la sangre que nos dará la fuerza para detener nuestra enfermedad. Emil parece estar siendo víctima de un ataque epiléptico. Su cuerpo salta, haciendo temblar la blanda carne de su torso. Lili alza la cabeza de su herida, sus labios manchados de sangre, sus ojos brillando de emoción.

—Ahora ya sabes lo que somos, Emil —susurra—. Témenos.

Vuelve a pegar su boca a la herida, ahora con más salvajismo aún que antes. Yo no puedo esperar más. Quiero que ocurra. De un golpe hago un corte en el otro

hombro de Emil y pego mis labios a la herida, succionando con toda la fuerza de mis pulmones. La sangre inunda mi boca, cálida, metálica. Es repugnante, pero también es deliciosa, en una mezcla que comprendo que solo la sangre puede ofrecer. Siento como el agujero negro grita dentro de mi cráneo, como siente la amenaza que está entrando en sus dominios. Ahora soy fuerte, ahora soy más fuerte que él. Y seré tan fuerte que algún día conseguiré expulsarlo de mi cráneo.

Escucho como Wong y Joseph hacen sus cortes y comienzan a beber sangre. El cuerpo de Emil pega un bote cada vez que nuestros puñales cortan su piel. Pronto la herida de la que bebo se seca, y tengo que hacer otro corte. No me canso de beber sangre, ninguno de nosotros lo hace. Sabemos donde tenemos que cortar, lo que tenemos que hacer para no correr ningún riesgo, pero por un instante temo que la emoción nos haga cometer un error. Me descubro a mí misma fantaseando con lo que sería cortar la carótida de Emil, desatar un torrente de sangre que inundase mi ser. Pero Lili nos ha dicho que ese es un poder demasiado fuerte para nosotros, que nos consumiría. Corto a Emil cinco veces, y aunque no he bebido mucha sangre, cuando termina la grabación de Karla me siento llena. Pero no me siento calmada. Tengo dentro de mí un fuego que está consumiendo mis entrañas, más energía de la que nunca he sentido. Nos olvidamos de Emil y nos besamos desenfrenadamente los unos a los otros, con nuestros labios manchados de sangre. Creo que Emil se ha desmayado.

Wong y yo apagamos las velas, trazando semicírculos opuestos a los que trazamos antes, introduciendo las llamas en nuestras bocas para apagarlas. Cuando nos encontramos de nuevo en la última vela, nos besamos para apagar su llama. Wong salta sobre mí, me besa con más fuerza aún, sus manos acarician mis hombros, mis pechos. Sé lo que le ocurre. Siente una energía que debe liberar, se siente poseída por una fuerza que debe satisfacer para no consumirse en su fuego.

Sacamos en cuerpo de Emil del apartamento de Lili. Aunque es un peso muerto, parece que su sangre nos ha hecho más fuertes. Fuera está lloviendo. Dejamos a Emil dentro del utilitario y bailamos un momento bajo la lluvia. Lili canta una melodía desquiciada, dejando que la sangre cante a través de sus labios. Después nos subimos al coche, y Lili sigue cantando durante todo el trayecto, sus labios brillando por la sangre que los mancha. Por el retrovisor veo como Wong besa a Joseph, agarrando su cabeza con una fuerza que nunca hubiera imaginado en esa pequeña. Joseph parece distinto, como si no quisiese liberar esa fuerza, como tratara inútilmente de contenerla en su interior, aunque sus ojos brillan de puro éxtasis.

Dejamos a Emil en la puerta del hospital, tirado en la acera. Lili se inclina sobre él y abofetea su rostro para despertarlo. El psicólogo abre los ojos, y cuando reconoce a Lili su cuerpo serpentea tratando de huir de ella, pero Lili pone una rodilla sobre su pecho para que no siga moviéndose.

—Vamos a dejarte en paz, Emil —le dice, sin dejar de sonreír en ningún momento, la sonrisa más terroríficamente hermosa que jamás he visto—. No te preocupes, hemos tenido cuidado de no hacerte mucho daño. Pero como hables de esto con alguien, entonces sí que te haremos daño. ¿Me entiendes, Emil?

El aterrizado psicólogo asiente, sin dejar de mirar a Lili con unos ojos tan abiertos que temo que se salgan de las órbitas.

—Podrías denunciarnos, sí —prosigue Lili—. Podría cogernos y meternos en la cárcel. Pero resulta que somos enfermos desahuciados, y eso significa que no estaremos mucho tiempo allí. Tienen que liberarnos. Y cuando lo hagan, puedes imaginarte a que dedicaremos lo que nos quede de vida, ¿verdad?

Emil vuelve a asentir.

—Adiós, Emil —dice Lili—. Espero no volver a verte.

Subimos al coche y le dejamos allí, medio desnudo bajo la lluvia. Lili ha cortado la cinta de sus tobillos, pero parece demasiado aterrizado como para caminar.

Cuando estamos lo suficientemente lejos, salimos de nuevo del coche.

—Lo sentís, ¿no es así? —nos dice Lili.

Todos asentimos.

—Lo logramos —le digo.

—Volveremos a vernos mañana, en el cementerio —dice Lili—. Disfrutad de vuestra nueva fuerza hasta entonces.

—¿Y que pasará a partir de mañana? —pregunta Joseph.

—No lo sé —dice Lili—. Quizá muramos de todas formas, o quizá vivamos más de lo que nos han dicho que vamos a vivir. Pero esta fuerza no nos abandonará nunca.

La lluvia se hace más fuerte aún. Estamos empapados, pero parece no importarnos. No siento frío, sino un calor que surge de dentro de mi estómago lleno de sangre.

Wong nos besa a todos y se aleja, corriendo bajo la lluvia. Joseph es más comedido en su despedida y se marcha caminando.

Lili y yo nos quedamos al fin solas. Por un momento nuestra intención es volver a subir al coche. Pero nuestras miradas se cruzan y por un instante leemos las intenciones de la otra. Dejémonos llevar, me dicen los ojos de Lili, y es eso mismo lo que mi alma está gritando dentro de mi pecho. Agarro la mano de Lili y corremos las dos, alejándonos de allí, sintiendo como la lluvia moja nuestra cara, traspasa nuestras ropas. Corremos y corremos, sin pensar siquiera a donde nos llevan nuestros pasos. Nos detenemos cada cierto tiempo para besarnos, para acariciarnos, para sentir el calor de la otra. Nos cruzamos con muy poca gente, y los pobres con los que lo hacemos huyen aterrizados de nosotras. Nos detenemos en un parque, y hacemos el amor salvajemente sobre uno de sus bancos, sin preocuparnos de que nadie nos vea. Después seguimos corriendo, hasta llegar bajo un pequeño puente, y allí nos amamos

otra vez.

La luz del sol comienza a clarear la línea del horizonte.

—El sol —dice Lili—. Ahora debemos huir de él.

Corremos, alejándonos de la luz del día. El miedo que siento de que la luz nos alcance solo me provoca más excitación. Parece como si todas las emociones que pudiera tener fuesen siempre placenteras. Llevo a Lili a mi casa. Allí cierro todas las cortinas, hasta quedarnos totalmente a oscuras. No veo a Lili, pero siento su calor junto a mí. Cuando la toco, descubro que está desnuda. Dejo que me desvista y después nos sumergimos la una en la otra, amándonos con nuestra nueva fuerza. No se me ocurre una forma mejor de esperar a que caiga la noche.

Todavía siento la lujuria de la sangre bullendo dentro de mis entrañas cuando despierto, abrazada al sudoroso cuerpo desnudo de Lili. No es tan fuerte, pero está ahí, y algo me dice que seguirá ahí siempre, para el resto de mi vida, o de lo que sea que vamos a vivir ahora.

El agujero negro sigue dentro de mi cabeza. Lo siento dentro de mi cráneo, como una pequeña piedra negra y rugosa. Cierro los ojos y lo palpo con los dedos de mi mente, y casi puedo sentir su repugnante y aceitosa textura. También seguirá ahí siempre. No viviré mientras él siga ahí. Y no moriré mientras sienta el fuego de la magia oscura de Lili corriendo por mis venas.

Beso a Lili para despertarla, una perversa bella durmiente de largas rastas rubias. Ella despierta respondiendo a mi beso, mordiendo mi labio inferior para provocarme un delicioso estallido de dolor que inyecta adrenalina en mis venas.

La tarde hace tiempo que ha caído cuando salimos a la calle, vestidas completamente de negro, cogidas de la mano, con nuestros dedos entrelazados. Dejo que Lili guíe mis pasos.

—Quizá hoy te dé una sorpresa —me dice Lili.

Yo le sonrío. No sé que más puede hacer para sorprenderme, pero estoy aprendiendo que Lili siempre guarda algún secreto. Lili me lleva a una parada de autobús. En el tiempo que llevo en esta ciudad, nunca había cogido esta línea. Hay un hombre en la parada, de pie, vestido con un severo traje de chaqueta, el rostro completamente inexpresivo, de anodinas y arrugadas facciones. Si hay una personalidad tras ese rostro, hace tiempo que la ha enterrado bajo varias toneladas de convenciones sociales. Lili y yo nos sentamos en la pequeña banqueta de la parada. Las dos captamos la mirada que nuestro acompañante nos dirige, una mirada de censura, de reproche por nuestra rareza, por atrevernos a ser lo que él no es. Lili sonrío y me besa, y yo veo de reojo como nuestro acompañante desvía la vista, escandalizado. Casi no puedo contener la risa.

Cuando llega el autobús, nos subimos antes que él, sin importarnos que él estuviese antes. Él está tan preocupado de que no le rochemos lo más mínimo que creo

que no le importa.

Esta vez Lili no me lleva a la periferia, sino al centro de la ciudad, a la zona de los locales de moda, de las discotecas y los pubs. Todavía faltan algunas horas para que estas calles se llenen de jóvenes en busca de una salida para la monotonía de sus existencias. Yo he estado aquí en muy contadas ocasiones, y nunca mucho tiempo. Por algún motivo, la multitud ansiosa de la vida nocturna me hace sentirme solitaria, más aislada aún del resto de la gente. Pero ahora tengo a Lili a mi lado.

—¿Dónde me llevas? —le pregunto, susurrándoselo al oído.

—Creo que es por aquí —dice Lili, mirando a su alrededor—. He oído hablar de ese lugar, pero nunca he estado.

Vagamos cogidas de la mano casi media hora, buscando un lugar que Lili se resiste a describirme. Las farolas se encienden sobre nuestras cabezas cuando la luz del sol comienza a agonizar.

Al fin Lili encuentra el lugar que buscaba, una pequeña tienda, con su escaparate totalmente cubierto en el interior por papel negro, la puerta pintada del mismo color, con una mirilla plateada. Todo parece pensado para crear una sensación de clandestinidad. Lili llama a la puerta y al momento escuchamos a alguien al otro lado, mirándonos a través de la mirilla. La puerta se abre y entro de la mano de Lili en su oscuro interior.

Cuando mis ojos se acostumbran a la rojiza luz del interior veo que estamos en una tienda de moda. Un individuo de casi dos metros de altura, vestido de negro de pies a cabeza, con bisutería plateada en casi cada centímetro de sus ropas y de su piel ha sido quien nos ha abierto. No dice palabra, tan solo nos señala el interior. Vitrinas con bisutería y joyas de plata de motivos góticos decoran las paredes, mientras que dos expositores están cargados de camisetas negras y trajes de encaje.

Todo siniestro, pero todo de buen gusto. Nada de las exageraciones a la que tan aficionados son los que solo son siniestros los fines de semana. Desde algún lugar nos llega la deliciosa y peculiar voz de P.J. Harvey.

Lili y yo comenzamos a mirar las vitrinas. No estamos solas en su interior. Además del gigantesco individuo que nos ha franqueado la entrada hay una bonita chica rubia algo regordeta tras el mostrador, y dos chicas y un chico, tan jóvenes que casi son niños, curioseando el contenido de los expositores de ropa. Una de las chicas está poniendo un traje frente a ella, para simular que lleva puesto, y los otros dos la miran y niegan con la cabeza. Tienen esa curiosa sensación entre solemne y divertida de la mayoría de los siniestros, dejando que parte de su auténtico ser se vislumbre a través de su pose, de esa barrera que han creado para separarse de un mundo que detestan y que no quieren comprender.

Veo varias cosas que me gustan, colgantes de símbolos oscuros y arcanos, pendientes y aros para llevar en cualquier parte del cuerpo, ornamentados utensilios

para fumar drogas.

—Este sitio es genial —le susurro a Lili.

—Todavía no has visto nada —me dice ella, guiñándome un ojo.

Finalmente los chicos se deciden y una de las chicas, pequeña y de pelos pintados de violeta, se compra un largo y revelador traje de encaje, tan ligero que parece que papel de seda. La miro y pienso que me encantaría verla con ese traje puesto.

Y con nada debajo de él. El gigante de la puerta les abre cuando salen, y al fin estamos solas. Era el momento que Lili parece haber estado esperando. Tira suavemente de mi mano para indicarme que nos acerquemos al mostrador.

—Preciosa tienda —le dice a la dependienta cuando llegamos a su lado.

—Gracias —dice ella, sin inmutarse la grave expresión de sus facciones de muñeca trágica.

—Pero hay algo que no encuentro en sus vitrinas —continúa Lili, sin dejar de sonreír de forma perversa, como si estuviese intentando seducir a la dependienta.

No, es precisamente eso. La está seduciendo, está usando sus poderes con ella. Quiere convencerla, que se doblegue a su voluntad.

—¿Qué es lo que no encuentras? —pregunta la chica, arqueando graciosamente una de sus depiladas cejas.

—Una determinada clase de utensilios, usados para determinado estilo de vida. Me han informado que aquí puedo encontrar algo de eso.

—Quizá —dice la dependienta—. ¿A que te refieres?

Lili se limita a sacar su septáculo del interior de sus ropas y mostrárselo a la dependienta. Esta asiente al verlo, e intercambia una mirada con el gigantón de la puerta.

—Seguidme —nos dice.

La chica nos lleva a una esquina de la tienda, cubierta por una cortina negra. Descorre la cortina y descubrimos una puerta, con una mirilla de aspecto medieval. La chica llama con los nudillos, golpeando tres veces, después otras dos. La mirilla se descorre y dos ojos azules inyectados en sangre nos miran un momento. La mirilla vuelve a correrse, y tras el ruido de un pesado cerrojo al abrirse, la puerta se abre a un interior lleno de humo.

La música es aún más fuerte en el interior. Polly Jean está atacando uno de sus caóticos riffs de guitarra, y yo siento como si las desquiciadas notas de deslizaran dolorosa y deliciosamente por mi columna vertebral. Todo es ahora más hermoso, más atroz. Cielos, Lili, nunca sabrás cuánto te amo.

Estamos en una habitación diminuta, en la que hay poco más que un delgado individuo introducido en lo que parece una cabina hecha de tela metálica, salvo por un estrecho espacio en el que hay un pequeño mostrador. El individuo es joven, fuma nerviosamente y trabaja sobre una angosta mesa con instrumental de joyero. Lleva

una camiseta ajustada de algún grupo de death metal y unos pantalones de cuero. Sus cabellos están pintados de rojo brillante, el mismo en el que brillan las venas de sus ojos, y están peinados en forma de alto cepillo. Un collar de perro de grandes púas se cierra alrededor de su cuello, con una gruesa cadena que está atada a una argolla en la pared, y sujeta por un grueso candado.

—¿Qué queréis, encantos? —nos dice, con una sonrisa fina y amenazadora como el filo de una navaja.

Tiene esa clase de nerviosismo que le pone a uno nervioso. Su voz suena como uñas chirriando contra el cristal.

—Me han dicho que eres el mejor en un tipo muy especial de joya —le dice Lili.

—Así es —dice él, sonriendo aún más—. Así que sois dos lindas y perversas lamias, ¿no es así?

Lili sonríe y asiente.

—¿Qué os parece este juguetito que estoy terminando? —nos dice.

Nos muestra el objeto en el que estaba trabajando. Es una especie de pequeño armazón, que me recuerda a algo que no consigo precisar. Está rematado por dos finas cuchillas de afeitar, cortadas y vueltas a afilar para tener filos curvados. De golpe, como si fuera a tragárselo, el desquiciado artista se mete el armazón en la boca, y entonces descubro a que me recordaba. A una ortodoncia. Las dos cuchillas están ahora entre sus dientes, como los colmillos de un lobo de pesadilla. Sonríe mostrándonos, como ansioso por nuestra aprobación.

—Demasiado fuerte —le dice Lili—. ¿Cómo te las apañas para cerrar la boca sin cortarte los labios?

La sonrisa del artista se congela. Se saca el armatoste de la boca y lo mira por un momento, confundido. No puedo contener una pequeña risa. Por suerte parece tomárselo con buen humor.

—¿Qué queréis entonces? —nos pregunta—. ¿Aguijones húngaros?

—Quizá —le dice Lili—. ¿Qué tienes?

—Los mejores que puedes encontrar. Soy el único que los hace con arteria de plata.

De debajo del mostrador saca un expositor de terciopelo, con varias docenas de lo que parecen pendientes puntiagudos. Todos están rematados en una bola plateada. Algunos son simples, poco más que clavos plateados, pero otros están deliciosamente labrados con motivos tribales, o se asemejan a dagas o a garras o colmillos.

—Todos de plata —nos dice el artista, sonriendo de forma lobuna—. No producen alergias ni infecciones.

—¿Qué es eso de la arteria de plata? —pregunta Lili.

—Es un invento mío —nos dice, desprendiendo una de las joyas del expositor y mostrándonos la bola. Al acercarme veo un pequeño agujero justo en el centro. El

artista gira la joya para que podamos ver el agujero en la punta del agujijón.

—Son lo mejor para succionar sangre —nos dice—. Pasa a través del agujijón y llena tu boca con la fuerza de tu succión. Los que lo prueban no quieren otra cosa.

—¿Los pones tu mismo? —pregunta Lili, cogiendo uno del expositor. Tiene el filo dentado, veinte pequeños dientes opuestos al sentido del agujijón. Tiene un aspecto animal y amenazador.

Me pregunto si está afilado.

—Yo mismo, aquí mismo y ahora mismo —dice el artista, conteniendo una risa nerviosa. Parece ansioso de hacer lo que Lili le propone.

No entiendo nada de lo que está ocurriendo, pero creo intuir la finalidad de esos preciosos objetos. Lo que aún no imagino es de qué forma se usarán. Y el que haya gente que viva de producir accesorios para los que bebemos sangre me parece sorprendente. Y excitante.

—Quiero este —le dice Lili, mostrándole el agujijón que ha elegido. El artista se frota las manos, sus ojos brillando como los de un niño travieso.

—¿Y tu amiga? —dice mirándome de repente, como si acabase de reparar en mí.

—Ella después —dice Lili, intercambiando una mirada conmigo. Quiere mostrarme para que me ha llevado allí, y que yo elija. Como si no supiera que la seguiría hasta las puertas del infierno solo por acariciar sus suaves rastas con mi lengua.

El artista abre la cabina en la que estaba encerrado y se dirige al otro extremo de la pequeña sala. Allí hay una pequeña mesita, dos banquetas redondas, un lavabo y varios artilugios que se parecen inquietantemente a herramientas quirúrgicas. De entre los cachivaches elige lo que parece una pequeña pipa de cristal.

—Cortesía de la casa —dice mostrándonosla—. ¿Quieres colocarte antes de que te lo haga?

—No —dice Lili—. Quiero sentir el dolor.

—¿Qué vas a hacer? —le susurro al oído. Odio reconocerlo, pero me estoy empezando a asustar.

El artista desquiciado se está poniendo guantes de látex en sus manos de largos y finos dedos. En una pequeña cazuela sobre un mechero bunsen pone a esterilizar unas pinzas y lo que parece un largo punzón.

—No te preocupes —me dice Lili—. Es solo un símbolo de lo que somos ahora. Y un artilugio muy útil.

Siguiendo las indicaciones del artista, Lili se sienta frente a él en una de las banquetas. El artista toma asiento a pocos centímetros de su rostro. Tiene las pinzas en una mano, y el punzón en la otra.

—Lo haré rápido —dice, conteniendo de nuevo su nerviosa risa, que me está crispando los nervios—. ¿Estás segura de que no quieres colocarte?

Lili se limita a asentir. Se ha asido a la mesita con las dos manos, con fuerza. Me descubro temiendo por ella, fantaseando macabramente sobre que clase de locura está a punto de hacer.

Ninguna de mis fantasías se aproxima a la realidad.

—Abre la boca —dice el artista.

Nada más separarse los preciosos labios de Lili, el artista mete las pinzas entre ellos para agarrar su lengua, con cuidado pero con fuerza. La saca todo lo que puede y, de un golpe, atraviesa la punta con su punzón, de arriba a abajo.

Yo me resisto a apartar la vista cuando la sangre comienza a correr por el metal del punzón.

Lili ha temblado con tanta fuerza que ha estado a punto de volcar el matraz de agua hirviendo. La veo jadear, veo sus ojos completamente abiertos, con el dolor irradiando patéticamente de ellos. El artista saca el punzón, dejando un agujero sangrante y palpitante a apenas un centímetro de la punta de la lengua de Lili. Antes de que comience si quiera a cerrarse, atornilla en el agujero el agujón, con la punta hacia abajo. Con cuidado, como si temiera la reacción de Lili, suelta la punta de su lengua.

—¿Duele?

Lili se limita a asentir. Lentamente introduce su lengua de nuevo en la boca, y cierra sus labios.

—¿Está bien colocada? —pregunta el artista—. ¿Te molesta?

Lili niega con la cabeza. Abre la boca y veo la bola que ha servido para atornillar el agujón, brillando empapada en sangre. Un hilillo rojo resbala por la comisura de sus labios. El artista llena un vaso de agua en el lavabo y se lo ofrece a Lili. Ella niega con la cabeza, y me llama con un dedo. La sonrisa perversa ha vuelto a sus ensangrentados labios. Me acerco a ella, y su mano se agarra a mi cuello y sus labios se pegan a los míos, y nos besamos, al principio con miedo de hacerle aún más daño a Lili, después dejándome llevar por la lujuria de la sangre que me está dando, la sangre que llena nuestras bocas por un instante, la preciada y preciosa sangre de mi amada Lili. Siento como mi propia sangre hierve de nuevo dentro de mis venas, me vuelvo a sentir ligera, me siento caer, caer siempre hacia delante, sabiendo que no hay ningún suelo bajo mis pies.

Elijo un agujón curvado, de diseño sencillo. Estoy totalmente consciente cuando el punzón caliente atraviesa mi lengua, cuando el dolor inunda primero mi boca, después todo mi ser en una explosión terrible y gloriosa que me hace sentir aún más viva. Arqueo mi espalda con tanta fuerza que estoy a punto de rasgarme la lengua. Cuando el agujón es atornillado en su sitio, siento como el agujero negro grita de furia dentro de mi cráneo. La sangre de Lili y la mía se mezclan en un nuevo beso, ante la mirada alucinada del artista. Mi sangre es su sangre. Mi dolor es su dolor.

Nuestros agujones se entrecocan en nuestro violento beso, incendiando nuestras bocas con dolor y placer salvaje.

Al poco siento mi lengua entumecida. El dolor está comenzando a desaparecer. Lili le paga al artista, una suma mucho más alta de lo que imaginaba. Finalmente se decide a no cobrarnos el implante, en agradecimiento por el espectáculo que le hemos proporcionado.

Cuando volvemos a la tienda, me sorprende. Estoy tan desorientada que había olvidado donde estábamos. La dependienta nos mira con una extraña expresión en sus ojos. Casi creo que la veo sonreír. Sí, hay admiración en su mirada.

Y también una leve dosis de envidia.

—¿Vais al Démeter? —nos pregunta, casi en un susurro.

—Quizá —le dice Lili.

—Nos veremos por allí —dice ella, y sonrío abiertamente por primera vez.

Tumbadas sobre la tumba de Karla, dejamos que Wong y Joseph vean nuestros agujones. Joseph parece sentir escalofríos al verlos, no sé si de excitación o de repugnancia. Yo me estoy empezando a acostumbrar a sentirlo en mi lengua, incluso estoy empezando a aficionarme a jugar con su afilada y peligrosa punta. Wong mete tímidamente un dedo en mi boca para tocar el mío. La caricia de su pequeño y delicado dedo contra mi lengua me resulta dulcemente tentadora. Suavemente, como sin darme cuenta, acaricio la yema de su dedito con la punta perforada de mi lengua.

—¿Y como se usan? —pregunta Joseph.

—Te lo mostraré —dice Lili.

Con las manos cruzadas sobre el pecho como un cadáver, se incorpora de la tumba, con su agujón brillando entre sus labios. Sus dientes se cierran sujetando con fuerza el agujón. Agarra de repente la mano de Joseph y pega su boca violentamente contra su muñeca. Joseph lanza un grito de sorpresa y dolor y se aparta de ella. Un agujero sanguinolento ha aparecido en su muñeca.

—Como ves, es fácil de usar —dice Lili, sonriendo, su agujón aún entre sus labios, ahora con el brillo rojizo oscuro de la sangre de Joseph.

Joseph se palpa en brazo, aún sorprendido. Mira a Lili y veo miedo en sus ojos. O quizá sea una leve ráfaga de odio lo que brilla en ellos. Respira hondo tres veces y parece calmarse.

—Lo siento —dice Lili.

Su expresión se vuelve grave.

—No te preocupes —dice Joseph—. Todo esto es todavía demasiado raro para mí.

—¿Entonces hay más como nosotros? —pregunta Wong.

—En cierta forma sí —dice Lili, levantándose de la tumba y palmeando su falda negra para limpiarla de la arena gris del cementerio—. Hay algunos que beben

sangre. Lo hacen por distintos motivos, pero el principal es el puro fetichismo. Pero son muy pocos los que practican la magia de sangre como nosotros. Quizá nosotros seamos los únicos. Pero tenemos lo bastante en común con los fetichistas como para caminar entre ellos y ser acogidos por su sociedad.

—¿Y como lo hacen? —pregunta Joseph—. ¿Quién les da la sangre?

Lili sonríe, una perfecta y perversa sonrisa de malvada.

—Hay quien encuentra muy placentero que le chupen la sangre, cielo —le dice—. La sangre conseguida de esa forma no tiene la misma fuerza que la robada imponiendo tu voluntad sobre una víctima, pero puede servir.

—¿Y como encuentras a alguien que quiera que le chupes la sangre? —pregunta Wong.

Leo fácilmente la perplejidad en sus bonitos ojos. Estamos hablando de un mundo que ella nunca había sospechado que pudiese existir, ni tan siquiera en la imaginación de la más perversa de las personas. Me pregunta si esa inocente criatura sabe a caso qué es el sadomasoquismo, si ha llegado a escuchar alguna vez esa palabra.

—Hay algunos lugares en los que las lamias como nosotros se reúnen con los donantes, como los llaman. Esta noche iremos a uno de ellos.

Joseph sonríe ante la promesa de Lili. Yo estoy nerviosa desde que me explicó qué es el Démeter, y que tenía planes de llevarnos allí. Mi imaginación no deja de construir ese lugar dentro de mi cabeza una y otra vez, aunque sé que será algo totalmente distinto a todo lo que haya podido conocer.

—Esta mañana me sentí mal —dice Wong, bajando la vista, como si le avergonzara decírnoslo.

—¿Qué te ocurrió? —le pregunto, asiendo su barbilla y haciendo que vuelva a alzar la vista. No tienes de que avergonzarte, pequeña, con nosotros no tienes por qué ocultar nada.

—Me sentí cansada —dice ella—. Más que cansada. Como consumida.

—Estamos empezando a cambiar —dice Lili—. El día no es para nosotros.

—Pero mis padres se preocuparon por verme así —dijo ella—. Me hicieron preguntas.

—¿Qué les contaste? —dice Joseph, alarmado.

—Nada —dice ella—. No os preocupéis.

—Deberías dejar de vivir con ellos, Wong — dice Lili.

—Pero son mis padres —dice ella, como si fuese la razón más firme e inevitable de todas las que existiesen.

—Wong —dice Lili, cogiendo la cabecita de la asiática con sus manos—. Tú ya no eres su hija. Su hija murió.

Wong cierra los ojos y asiente. Algo la aflige. De nuevo tengo miedo por ella, por lo que pueda hacer, por lo que pueda hacernos.

Todos nos ponemos en pie y nos dirigimos al coche de Lili, camino a donde ella quiera llevarnos. De nuevo vamos a alimentarnos, a llenar nuestras bocas de sangre, a burlar de nuevo a la muerte que llevamos dentro de nuestros maltrechos cuerpos.

Pienso que estamos locos, que no estamos logrando nada, que seguimos muriéndonos lentamente.

Recuerdo como era yo antes, hace unos días, antes de Lili.

Prefiero seguir estando loca.

Un latido que parece estremecer al asfalto bajo mis pies es lo que me saluda al llegar al Démeter. Surge del interior del lugar, una inmensa nave industrial, pintada completamente de negro, incluidos los cristales de sus escasas ventanas. Los bordes del edificio se confunden fantasmagóricamente con la noche, recortándose en las pocas estrellas que dos farolas quizá demasiado brillantes nos dejan ver. Una pequeña cola está formada frente a la entrada, dos pequeñas puertas de madera negra custodiada por dos gigantes vestidos de negro, con sus brazos desnudos casi completamente cubiertos con tatuajes de diseño similar. Poco a poco, los dos gigantes revisan visualmente a los pretendientes al honor de que se les franquee el paso al palpitante interior. En el tiempo que estamos allí, nadie es rechazado. A todos se les estampa un sello en la mano tras un intercambio de billetes y se les abre la puerta apenas un instante, tan solo lo suficiente como para entrar, como si los dos gigantes temieran que cualquiera de los que aún están en la cola pudiera vislumbrar lo que le espera en el interior y cambie de idea.

Mi corazón palpita con tanta fuerza que temo que mis tímpanos vayan a estallar bajo su presión. Aprieto con fuerza la mano de Lili, que parece tan excitada como yo. Wong parece asustada, como intimidada por la enorme mole del edificio. Joseph tan solo parece divertido, como si el lugar en el que nos vamos a adentrar no fuese más que una discoteca como cualquier otra.

Nuestros dos compañeros me están empezando a preocupar, cada uno por motivos distintos. No quiero pensar mal de ellos, pero sigo pensando que hubiera sido mejor invocar la magia de la sangre solo entre Lili y yo. Me digo a mí misma que es solo egoísmo, solo son celos, y me fuerzo a pensar otra cosa.

Echo de menos la euforia de la sangre robada bullendo dentro de mis venas. Tal vez debiera haberle pedido a Lili algo del Beso de la Nada, tan solo una calada que calmase mis nervios. Pero no quiero depender demasiado de esa droga. Me consuelo pensando que cuando la sangre inunde mi boca, mi nerviosismo palpitará dentro de mi pecho como el delicioso golpeteo de cientos de agujas plateadas que cosiesen mi corazón con un alambre al rojo vivo.

Dejo de mirar obsesivamente la puerta del local y deslizo la vista lentamente sobre los otros miembros de la cola de entrada. Ropas negras, ojos pintados y encaje. Son todos jóvenes, algunos casi niños, aunque deben ser mayores de edad si

pretenden entrar en el Démeter. Algunos aparentan estar tan nerviosos como nosotros, casi sin atreverse a cruzar la mirada con los guardias de la entrada, como si temiesen que el delatar su nerviosismo fuese a provocar el ser rechazados. Esos son los primerizos, como nosotros. Quizá muchos de ellos no saben exactamente a que clase de lugar pretenden entrar. Quizá solo saben que es un lugar extraño, al que no todos se atreven a entrar. Les atrae esa placentera y subyugante sensación de desafiar sus propios miedos.

Pero también hay otros que miran la entrada con una expresión distinta, casi implorante. No hay miedo en ellos, solo deseo de que su espera finalice. Hay en todos ellos una extraña aura que me cuesta concretar. Es como si todos, a su manera, tuvieran una cierta rareza que los hace distintos, en sus gestos, en sus ojos, en el tono enfermizo de su piel, en la textura de sus cabellos. Y todas esas rarezas, esos rasgos anormales, parecen estar sintonizados de alguna forma sutil y casi imperceptible, como una marca secreta de pertenencia a una tribu, que solo los iniciados pueden ver. Los guardias de la puerta dejan pasar a estos casi inmediatamente, a algunos incluso saludándolos con una respetuosa inclinación de cabeza.

Ya es casi nuestro turno para entrar. Me pregunto si nosotros también estaremos marcados de alguna forma, qué aspecto debemos mostrar ante el resto de los componentes de esta implorante fila. Cada vez que la puerta se abre, deja escapar un fragmento de algo que no me atrevo a calificar de música y que hace temblar mis dientes dentro de sus encías.

Finalmente es nuestro turno. Siento los ojos marrones de uno de los gigantescos guardianes fijos en mí, casi como una presión física. Me pongo tan nerviosa que el dinero de la entrada casi se me escurre entre mis dedos. Lili y yo entramos juntas. No me vuelvo a mirarlos, pero no escucho que los guardias rechacen a Wong y Joseph. Entonces la puerta se abre para recibirnos y ya no puedo escuchar nada más.

Todo mi cuerpo vibra con la música, que surge de potentes altavoces que parecen estar en todas partes. Por un momento mis tímpanos protestan dolorosamente ante su volumen, pero poco a poco voy acostumbrándome a ella. Decenas de luces rojas y violetas giran en el alto techo de la nave. Cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra comienzo a distinguir las formas de los otros a mi alrededor, bailando casi frenéticamente, dejando que esta diabólica música mueva sus cuerpos como los hilos de un titiritero.

Joseph desaparece de mi vista, mezclándose entre el gentío mientras comienza a bailar. Siento a Wong a mi espalda, quizá tan aturdida como yo. Lili tira de mi mano, pidiéndome que la siga, que me interne con ella en el frenesí dionisiaco que nos rodea. Me dejo llevar, agarrando antes la pequeña mano de Wong. Cientos de danzarines nos rodean, algunos empujándonos involuntaria y también voluntariamente. Entonces descubro de donde procede la música, esa cadencia

frenética de batería y guitarras eléctricas. Hay un escenario al fondo de la nave, sobre el que puedo distinguir las formas de cuatro jovencitas, una tras la batería, las otras tres con guitarras y bajos. La más pequeña de las tres canta al mismo tiempo que toca, deformando su voz para que suene como surgida de la garganta de una bestia. Son impactantemente hermosas, vestidas como novias del diablo, maquilladas como cadáveres exquisitos.

La música termina abruptamente, y una nueva melodía comienza mientras los ecos de la anterior aún resuenan dentro de mi caja torácica. Ahora es ligeramente más suave, con notas más marcadas. La pequeña delicia que hay tras el micrófono consigue que su guitarra suene como un clavicordio traído desde más allá de la muerte. Comienza a cantar, y ahora su voz es perversamente dulce.

Lili suelta mi mano y comienza a bailar sensualmente frente a mí. Yo cedo finalmente y dejo que la música me domine. No sé dónde está Wong, pero en este momento no me importa. Tan solo me importa la música, los brutales golpes de las baquetas sobre mi piel, las notas tocadas con uñas pintadas de negro sobre los tendones de mis muñecas, los labios de una ninfa satánica cantando desde dentro de mi cráneo. Bailo sin dejar de girar, maravillándome de la siniestra belleza de todos los que me rodean, oliendo su sudor, sus perfumes, su sangre.

No sé por cuanto tiempo bailo. Me detengo cuando siento las manos de Lili sobre mis hombros. Abro los ojos y la veo frente a mí. La abrazo y deslizo mi lengua entre sus labios.

—Vamos a tomar algo —susurra en mi oído.

Tomo de nuevo su mano y recorro el lugar tras ella. De nuevo veo a Wong, junto a mí, demasiado desconcertada aún como para dejarse llevar. Le sonrío y ella me responde tímidamente. Encontramos a Joseph rodeando con los brazos el cuello de una delgada y pálida jovencita, que baila agitando una larga melena de un rubio tan claro que parece casi blanco. Lili susurra algo en el oído de Joseph y él y su nueva amiga nos siguen.

La música ha adoptado una cadencia demencial, y todos se mueven arrastrados por ella. Avanzamos lentamente, empujando cuerpos sudorosos, siendo acariciados, golpeados e insultados. Joseph y la chica no dejan de bailar mientras avanzan, intercambiando confidencias susurradas. Finalmente llegamos a unas escaleras metálicas que ascienden hasta un oscuro umbral. Una fornida joven con el pelo pintado de rojo llameante detiene a Lili cuando pretende entrar. Lili la mira y pasa su lengua sensualmente por entre sus labios, haciendo brillar su agujijón. La joven asiente con la cabeza y nos deja pasar.

El sonido está amortiguado de alguna forma aquí dentro, y el brusco cambio deja mis oídos entumecidos. Estamos en una baja estancia, salpicada de decenas de columnas metálicas, iluminada solo por una tenue luz roja que surge de escasas y

desnudas bombillas. Hay un joven junto a mí, sentado en un sofá, vestido de cuero negro y con una dulce chica vestida de encaje sobre sus rodillas que lame sensualmente la sangre del corte que el joven tiene en el cuello. Este es nuestro lugar, el pub de ambiente para fetichistas de la sangre. La jovencita rubia susurra algo al oído de Joseph y los dos se pierden en las sombras, en busca de un lugar más adecuado para realizar su intercambio.

El olor a sangre es embriagador. En una esquina veo una deliciosa escena, y me acerco para contemplarla mejor. Una jovencita de belleza trágica y cortos cabellos rubios, vestida solo con unos pantalones de cuero negro y unas botas es el centro de la escena. Sus blancos y suaves brazos, sus hombros y su cuello están atravesados por varillas de acero, en lugares estratégicos para hacerla sangrar pero sin llegar a desangrarse. Tres chicas lamen la sangre que se desliza por sus blancos brazos, por su espalda y por su suave y sensual pecho, mientras gimen de placer. La máscara de tragedia que es el hermoso rostro de la oferente está deformada por el placer. Creo que mi corazón olvida un latido cuando fija los ojos en mí. Deslizo la lengua por entre mis labios, mostrándole mi agujijón, y noto como su mirada me implora que me acerque a ella. Giro la cabeza un momento para descubrir a Lili bebiendo del cuello de la rolliza dependienta de la tienda gótica, deslizando sus manos por sus redondeadas y suaves formas. Por un momento pienso que debería unirme a ellas, pero la tentación de la sangrienta oferente es demasiado fuerte.

Me acerco a ella, y el olor de su sangre me inunda por completo. Paso los dedos por el borde de sus pechos, y luego me lamo la sangre que los mancha. Su efecto es casi inmediato. Me siento caer de nuevo, una desquiciada caída hacia adelante que excita todos mis sentidos e inunda mis venas de adrenalina y lujuria. Me inclino para lamer los ensangrentados pezones de la oferente, y el sentir el sabor metálico de su sangre mientras noto como sus pezones se endurecen contra mi lengua es más de lo que puedo resistir sin perder el control. Agarro mi agujijón con los dientes como Lili me ha enseñado y atravieso la suave piel de su pecho con él.

La escucho gritar desgarradoramente de placer, siento como sus pequeñas manos agarran mi cabeza para que no separe el agujijón, escucho las protestas de las otras lámias, pero como algo lejano, algo ajeno a mí. Mi mundo es su sangre, sangre cálida que fluye inundando mi boca, escapando por las comisuras de mis labios. Sus pequeñas y suaves manos me aprietan aún con más fuerza cuando comienzo a succionar, cuando su sangre inunda todo mi ser, inflamándome, desterrando al olvido mi debilidad, mi enfermedad, los ataques de dolor, los vómitos, la desesperanza de saberme una muerta andante. Nada de eso existe ya. Vivo por la sangre, siento por su sangre, existo por y para su sangre.

Con más violencia de la que pretendía la empujo para separarme de ella. Estoy jadeando, y mi corazón parece a punto de salirse por mi garganta. Cielos, necesito

correr, necesito gritar, necesito expulsar de mi este exceso de lujuria líquida que es la sangre de mi deliciosa oferente, que me contempla con ojos tristes, sin comprender qué me ha ocurrido. Las otras lámias vuelven a rodearla, lamiendo sus heridas de forma ansiosa. Es como lo que sentí cuando bebí la sangre de Emil o la de Lili, pero diez veces más fuerte.

Me alejo de la macabra escena, temiendo que mi corazón termine por estallar tras mis costillas. En una esquina veo a Wong, bebiendo tímidamente la sangre que mana del brazo de un joven pálido y delgado de grandes ojos oscuros. Lili está sentada en un sillón con su redondeada donante, susurrándose entre sonrisas y caricias. Estoy demasiado excitada como para sentirme celosa. Salgo de la estancia casi atropellando a la guardiana de la puerta y corro escaleras abajo para sumarme al rito dionisiaco del baile.

Bailo como si mi vida dependiese de ello. Siento los ojos de todos los que me rodean fijos en mí, me siento deseada por esos ojos y juego a provocar aún más ese deseo. El sudor cae por mi espalda pegando la ropa a mi piel, pero estoy demasiado ocupada como para que me importe. Grito cada vez que la ninfa satánica suelta uno de sus brutales alaridos, salto cada vez que las baquetas golpean la batería, me tuerzo cada vez que las guitarras gritan torturadas por los deliciosos y crueles dedos de los intérpretes.

Poco a poco el exceso de energía me abandona, convertido en calor y en seducción. Siento un fuerte dolor de cabeza por un momento, la patética protesta del agujero negro. Le grito con todas mis fuerzas, aunque no creo que nadie pueda oírme. Bastardo, le grito, tú me hiciste así, maldito bastardo.

Sigo bailando hasta que me doy cuenta de que me es imposible agotarme. Mis pensamientos vuelven una y otra vez a la hermosa oferente. No entiendo como su sangre puede tener tanto poder, más aun cuando la está ofreciendo por propia voluntad. He de volver a verla, tengo que besar sus labios de muñeca, tengo que lamer de nuevo sus pezones ensangrentados. Tengo espontáneamente la fantasía de compartir su sangre con Lili, y los pechos se me endurecen tanto que casi me duele. Vuelvo a subir las escaleras y penetro en la ensangrentada atmósfera del club de ambiente. La busco por todas sus esquinas, por todos sus rincones oscuros, pero no la encuentro.

Me sobresalta una mano posándose de repente sobre mi hombro. Me giro para descubrir a una jovencita que en un principio no conozco, que me mira con desdén. Su alborotado pelo está teñido de rosa, y viste de cuero negro, de una forma algo vulgar. Al fin la reconozco. Es una de las lámias que estaba lamiendo la sangre de la chica que busco.

—¿Eres nueva aquí, verdad? —me dice, sin intentar ocultar su desprecio en su tono. Yo tan solo asiento. Se han intentado proparar conmigo demasiadas veces, y

con el tiempo he cogido experiencia.

—Por esta vez te lo dejaré pasar —me dice con mirada serena, levantando un dedo como una profesora de opereta—. Pero te aconsejo que no te entrometas en una dominación. Es algo de muy mala educación.

—¿Quién era esa chica? —le pregunto, sin hacer caso a su advertencia.

Parece dudar entre si contestarme o insultarme. Por suerte parece que he despertado una fibra de simpatía en ella.

—Es deliciosa, ¿verdad? —me dice con una media sonrisa—. Nadie sabe su nombre, pero la llamamos Marioneta. Es la mejor sumisa que hay por aquí. Tiene algo especial, aunque nadie sabe explicar que es.

Yo vuelvo a asentir, sonriendo también.

Marioneta.

Me encanta la retorcida crueldad que sugiere ese nombre.

Durante más de una hora, la ninfa satánica ha estado forzando su garganta de una forma tan brutal que casi roza la auto tortura. Ahora al fin descansa, dejando que la furia que inflama su alma se descargue en el frenético rasgar de su guitarra eléctrica. Algo me dice que en cuanto se reponga volverá otra vez a cantar, que esas cuatro deliciosas bellezas oscuras no abandonarán el escenario hasta caer exhaustas. Quizá esa sea su forma de sentirse vivas, de presionar sus límites. Tal vez extraigan poder del ritual dionisiaco que ayudan a crear, tal vez sean también brujas a su manera. Quién sabe, quizá tengan poder sin llegar a entenderlo, tal vez sin notarlo siquiera. Cielos, mi cabeza se ha desbocado.

Creo que la chica del pelo rosado se llama Nelly, pero los gritos de la ninfa eran demasiado fuertes como para poder estar segura. Hemos bailado sin parar durante todo este tiempo, y ella no ha dejado de intentar tocarme y besarme. Yo al principio la he dejado, pero después he descubierto que me divertía más cortar sus avances con suaves bofetones mientras no dejo de provocarla con mi baile, con mi mirada, incluso lanzándole besos. La estoy haciendo sufrir, y me encanta, y en sus ojos veo que a ella también le gusta de una sutil forma que la haga sufrir.

Lili aparece de repente a mi lado, me rodea con sus brazos y me besa en la mejilla. Yo la agarro por la cintura y beso sus labios, sin dejar de mirar a Nelly, los celos que brillan en sus ojos y tuercen sus labios de una forma deliciosa. Le lanzo un beso y le guiño un ojo a modo de despedida, y me marchó con Lili.

Parece que hay un lugar en este desquiciado local en el que la música no es tan fuerte que impida hablar. Wong está aquí, y también la nueva amiga de Lili, la dependienta de la tienda gótica, que hace una reverencia al verme. Quizá sea una excéntrica forma de saludar, o quizá el inicio de algún ritual de sumisión.

Wong no aparta la vista del suelo. Está jadeando, y casi puedo notar como su corazón golpea con fuerza dentro de su pecho. Frota sus manos con fuerza la una

contra la otra, como si se esforzara por contener algo en su interior. La comisura de sus labios todavía está manchada de sangre seca.

—Estás sudando —me dice Lili, pasando una mano por mi empapada nuca—. No sabía que te gustase tanto bailar.

—Yo tampoco —le confieso.

—Esta es Eva —me dice señalando a la dependienta de la tienda gótica—. Ya la conoces. Es lo que aquí llaman una sumisa. Una donante.

Eva me ofrece su muñeca, pero ya he bebido demasiado esta noche. Niego con la cabeza, y Eva aparta la muñeca, decepcionada.

—Lo siento, cielo —le digo, arrancándole una triste sonrisa a su redondeado rostro—. Tal vez otro día.

—Eva nos ha invitado a una pequeña fiesta en su casa el próximo fin de semana —me dice Lili.

—Será para mí un honor que asistáis —me dice.

Lo sabe. Sabe lo que somos. Pero no le horroriza. Le fascina. Somos lo que ella desea ser, somos la fantasía que no se atreve a realizar.

Le sonrío a modo de agradecimiento. Su veneración me resulta extrañamente turbadora, casi molesta. Tal vez sea el brillo casi desquiciado de sus ojos, o la forma en la que evita temerosa que su mirada se cruce con la mía.

O tal vez sea porque en ella veo reflejado lo que soy ahora, lo que realmente soy, no lo que creo ser.

—¿Dónde está Joseph? —le pregunto a Lili.

—Creo que fue con su donante a un aparcamiento que hay cerca de aquí —me dice ella con su deliciosa media sonrisa—. Es donde suelen ir los clientes del Démeter cuando quieren intimidad.

—¿Nos vamos? —le digo.

De repente necesito alejarme de allí, de todo esto. Lili asiente. Nos despedimos de Eva, que le da su teléfono a Lili escrito con lápiz de ojos en un pañuelo de papel.

Joseph parece asustarse cuando lo encontramos esperándonos en la entrada. No tarda en reponerse de su aparente sobresalto y nos vuelve a mostrar su sonrisa de niño travieso.

—¿Qué ha sido de tu amiguita? —le pregunto a modo de saludo.

Él ríe nerviosamente al escuchar mi pregunta, una risa que me da miedo. Entonces un grito desgarrador la noche, apretando mi corazón con una garra de hielo. Es Wong, la pequeña Wong, su espalda doblada, sus dedos extendidos, explotando al fin. La miramos sobrecogidos cuando muere su grito, de una forma tan violenta como su nacimiento.

Nos mira con ojos llorosos, asustada de sí misma, de su reacción.

—Lo siento —musita—. Lo necesitaba.

No me resisto al impulso de abrazarla. Después Lili se une a nuestro abrazo, y finalmente Joseph.

Algo va mal. Lo siento en la boca del estómago, una caricia desagradablemente constante que me esfuerzo en ignorar. Si creyese en algún dios, rezaría para estar equivocada.

El pequeño auto de Lili circula lentamente por la silenciosa calle. Estamos en un barrio residencial, y decenas de chalets con garaje y chimenea nos rodean, todos con su domesticada porción de césped y su sendero de baldosas grises, la pura cristalización de los sueños de un mediocre burgués. El que Eva nos haya citado en este lugar me parece irónico.

Lili agarra un arrugado papel con la dirección en la mano derecha mientras conduce. Joseph y Wong van tras nosotras, tan silenciosos que podría fácilmente olvidarme de que está allí. No hemos hablado desde que los recogimos, en los alrededores del hospital.

Las veces que mi mirada se ha cruzado con la de Joseph, reflejada en el espejo retrovisor, él ha apartado la vista. Cada vez que he visto a Joseph me he sentido algo más nerviosa en su presencia. Creo que oculta algo, algún secreto que poco a poco voy descubriendo, pero no lo suficiente como para concretar qué es. Tengo el presentimiento de que cuando lo descubra definitivamente será algo que no me gustará. No le da miedo mirar a Wong, o intercambiar gestos de complicidad con ella. Joseph no confía en Lili, y por extensión no confía en mí. Quizá sea esa falta de confianza lo que me hace desconfiar de él. Una de las pocas cosas que he aprendido de la vida es que la gente tiende a suponer que todo el mundo piensa y actúa siguiendo su mismo código de valores. Si alguien no confía, entonces no es digno de confianza.

La pequeña Wong parece triste, más aún que otras veces. Hemos hablado por teléfono durante esta semana, casi todos los días. Se ha ido de casa de sus padres, y ahora vive con una antigua amiga. Le ofrecí que se viniera a vivir a mi casa, pero se negó, y no quise preguntarle sus razones. Quizá quiere mantener en su vida siempre algo de su pasado, de su sencilla vida de antes de ejecutar el ritual de la magia de sangre. También me ha contado que cada vez se siente más cansada durante el día. A Lili y a mí también nos ocurre, pero parece que en Wong el efecto es más fuerte. Sus padres no se han tomado muy bien que deje de vivir con ellos, y Wong ha sufrido mucho al dejarlos. Me ha confesado por primera vez lo que yo ya sospechaba, que ha llegado a arrepentirse a veces de haber tomado parte en el ritual. Pero siempre que le ocurre recuerda su sufrimiento, las sesiones de quimioterapia, la desesperación de saber que iba a morir sin remedio, y se consuela pensando en que todo eso ha quedado atrás.

Hace ya una semana que no tomo mi medicación. Todavía siento las protestas del

agujero negro, lo siento intentando atormentarme desde dentro de mi cráneo. Siempre estará ahí, pero ya no tiene poder sobre mi vida. Cada vez que me atormenta sonrío, porque lo siento derrotado, una sombra de lo que fue en el pasado.

Hemos pasado toda la semana juntas, pero todavía no sé cuál es la enfermedad de Lili. No he querido preguntárselo, y ella ni lo ha mencionado. Estos días con ella han sido como un sueño. No hemos vuelto a beber sangre, pero no he dejado de sentir el rastro de sus efectos en mí y en Lili. Nos hemos amado como dos locas desesperadas durante el día, inventando nuevos juegos para saciar nuestra lujuria, sin conseguirlo en ningún momento. Y hemos vivido cada noche como si fuese la última de nuestras vidas. Hemos paseado juntas hasta ver el amanecer, hemos seducido a hombres y mujeres, dejando una estela de corazones rotos a nuestro paso. Nos hemos emborrachado de champagne bebiéndolo cada una de los labios de la otra. En cada momento temía despertar, volver a ser una pobre desahuciada. Pero el sueño ha seguido, un descenso incansable en espiral hasta el corazón de nuestras fantasías más oscuras. He sido feliz, desesperada y desquiciadamente feliz.

Hemos dormido juntas, siempre tras el amanecer, siempre desnudas y abrazadas. Y entonces han llegado los auténticos sueños.

En mis sueños, Marioneta clavaba una daga en su corazón, su boca deformada por el placer del orgasmo más sublime, y su sangre manaba como un río de entre sus pechos, llenando mi boca y deslizándose por mi piel desnuda. La he lacerado con látigos de nueve colas hechos con alambre de espino, he cortado sus muñecas, he mordido su lengua hasta hacerla sangrar, y ella siempre ha reaccionado con placer, suplicándome con su mirada nuevas torturas. Y he sentido como su sangre me inflamaba, cambiándome desde dentro de mis venas, he visto como mi piel se ponía al rojo, me he visto flotar. Me he comido el corazón de Marioneta mientras ella jadeaba de placer y después he corrido desnuda por un bosque primigenio. Siempre he despertado de mis sueños tan excitada que me dolían los pezones, y he despertado a Lili haciéndole el amor.

Esa chica me ha dejado marcada, me ha bautizado con su sangre. Ella es ahora mi diosa. No he hablado de Marioneta con Lili, porque temo que se ponga celosa. O quizá porque me siento culpable por desearla tanto. Pero lo que siento por Marioneta es un tipo diferente de deseo. Lili es mi amada, mi compañera. Marioneta es mi diosa.

—Creo que es aquí —musita Lili aparcando el coche junto a una vieja furgoneta gris y una bonita motocicleta cromada. Son casi los únicos vehículos de la calle que no están ocultos en sus garajes particulares. Parece que no somos los únicos invitados a la fiesta.

Cuando salimos del coche, me sorprende cómo cualquier ruido que hacemos retumba por toda la calle. Aparte de nosotros, el silencio es casi total. Este barrio parece muerto, un bonito y estéril cadáver embalsamado. Sonrío. Ya no me parece tan

extraño que Eva viva aquí.

Lo único que distingue a la casa del resto de las de la calle es la luz que surge de su interior y las cortinas de encaje negro que la atenúa. Parece la única casa habitada de la calle. Me pregunto si lo será. Seguimos a Lili por el camino de baldosas grises hasta la puerta, inmaculadamente barnizada de blanco. Lili pulsa el timbre, pero nada ocurre. Tras encogerse de hombros, emplea la aldaba dorada que cuelga del dentro de la puerta. Casi me hecho a reír cuando los abre la puerta el mismo gigantón de la tienda gótica. Una sonrisa torcida cruza sus labios cuando nos ve.

—Bienvenidos —nos dice con voz profunda, al tiempo que nos hace pasar.

Me pregunto si él también vive aquí. Tal vez incluso sea el amante de Eva. Sí, todo eso encaja.

Estamos en un pequeño recibidor, iluminado por dos velas colocadas sobre una mesita negra. Del interior nos llega música, voces y risas.

Eva aparece de repente, con una ancha sonrisa en su rostro de muñeca y abriendo los brazos como si nos quisiera abrazar a todos.

—¡Habéis venido! —nos dice, y parece que realmente le sorprende—. Pasad, os estábamos esperando.

Parece reparar en el gigante, como si su presencia le hiciera recordar algo.

—Ah, se me olvidaba —nos dice—. Os presento a Viktor. Creo que Lili y Gogan ya le conocéis.

Viktor nos ofrece una amplia reverencia. Parece tener los mismos modales anticuados y excéntricos que Eva. Quizá sea una costumbre común entre los fetichistas de la sangre. Empiezo a intuir que en este submundo en apariencia anárquico se esconde un sistema social alternativo y complejo.

Lili responde a Viktor con una graciosa reverencia. Yo intento imitarla como puedo. Joseph tan solo saluda con la mano.

—Hola —musita tímidamente Wong, como si la presencia de Viktor la intimidara.

Seguimos a Eva y Viktor hasta un amplio salón, que debe ocupar como la mitad de la casa. También está iluminado únicamente con velas. En el centro, dos viejos sofás están encarados, y entre ellos descansa una alfombra roja con motivos geométricos en negro, que parecen bailar febrilmente a la luz de las velas. En un equipo de música portátil junto a la pared suena algún disco de la primera época de The Cure.

Sentados en los sofás, esperándonos, hay tres pintorescos personajes. El que más llama mi atención es una chica, con sus cabellos pintados de un rojo imposible, que viste solo unas pesadas botas negras y una corta falda escocesa sobre su delgado y palidísimo cuerpo. Los pezones de sus pequeños y finamente moldeados pechos están atravesados por brillantes argollas plateadas. Sonríe cuando me descubre mirando

fascinada sus pechos y saca la lengua lascivamente, mostrando el fino aguijón húngaro que la atraviesa. Junto a ella, acurrucado como si buscara las sombras, sin levantar la vista para mirarnos, está un joven vestido de cuero negro, con largos cabellos del color del ala del cuervo y una cuidada perilla. Parece mucho más joven y mucho menos interesante de lo que pretende aparentar.

Me sorprende reconocer la sonrisa nerviosa del tercero. Es el artista desquiciado de la tienda gótica, el autor del aguijón que llevo en la lengua. Nada más vernos, nos saluda con la mano como un niño pequeño. Todavía lleva el collar alrededor del cuello, aunque ahora el extremo de la larga cadena descansa a sus pies, sobre la alfombra.

—Nuestros invitados —anuncia Eva señalándonos con un ademán—. Permitidme que os presente.

El joven de la perilla se llama Ludwig. Inclina la cabeza cuando Eva pronuncia su nombre, apenas alzando la vista para cruzar fugazmente su mirada con la de Lili. La lasciva chica pelirroja tiene el adecuado nombre de Mimi. Finalmente Eva nos revela que el artista desquiciado se llama Maxx.

—Con dos equis —se encarga él de remarcar, justo antes de soltar una risita chirriante.

Nos distribuimos por el salón, completando el círculo que formaban el resto de los invitados. Lili se sienta en uno de los sofás, junto a Maxx. Yo me siento sobre la alfombra, junto a ella. Wong ocupa el sofá junto a Lili, apoyando la cabeza en su hombro. Joseph se acomoda entre Ludwig y Mimi, frente a nosotros. Eva me sonrío al sentarse a mi lado, como si buscara mi aprobación. Yo me limito a devolverle la sonrisa. Viktor permanece de pie, fuera del imaginario e irregular círculo.

—¿Es cierto lo que Eva nos ha contado? —le pregunta Mimi a Lili, rompiendo un silencio que comenzaba a ser inquietante.

—¿Qué os ha contado? —pregunta Lili.

—Que habéis hecho el ritual de la sangre —dice Ludwig, sin levantar la vista, forzando su voz para que suene ronca. Me contengo para no reírme de su pose.

—Eso queda a vuestro juicio —le respondo yo.

No me gusta que lo sepan. Me hace sentir incómoda.

—Yo sé que es cierto —dice Maxx—. Las he visto en acción.

—¿Nos dejaras verlo? —pregunta Mimi, con la excitación brillando en sus ojos.

No ha apartado la vista de mí desde que entré en la habitación, y yo casi no puedo evitar que mi mirada se desvíe a las perversas argollas de sus pezones a la menor ocasión.

La deseo. Deseo su sangre.

Noto como Viktor entra en la habitación, aunque no me había dado cuenta de que había salido. Le entrega a Eva una botella llena de un líquido color rojo oscuro.

Aunque por un momento llego a pensarlo, no es sangre. Me pregunto si hay algo extraño en las velas, en su olor, si es por ellas por las que me siento dulcemente mareada, por la que esta onírica languidez se ha apoderado de nosotros. Eva da un trago a la botella y me la pasa. Sin preguntar que contiene bebo un trago. Un licor dulce y ardiente se desliza por mi garganta, inflamando mi interior.

—¿No vive nadie en esta calle? —le pregunto a Eva tras pasarle la botella a Lili. En círculo, todos bebemos de ella, como si fuese algún ritual preparatorio.

—No, nadie —dice Eva, conteniendo una risa.

Me sorprendo.

—¿Y eso?

—Es una historia curiosa —me dice Eva, moviéndose para acercarse a mí más aún. No es la nuestra la única conversación que se inicia en la estancia. Parece que el licor ha cumplido su propósito de romper el hielo.

—Esto se suponía que tenía que ser una urbanización lujosa —dice Eva—, pero asequible, una especie de paraíso para los trabajadores con ínfulas de clase alta. Pero al poco de terminarla se filtró determinado secreto que hizo que nadie quisiese venir a vivir aquí.

—¿Qué secreto? —le pregunto.

—Verás —me dice ella—. Al parecer el motivo de que los terrenos fuesen tan baratos es que esto antes era un vertedero de residuos químicos.

Eva se ríe ante mi perplejidad.

—Sí, cielito —me dice, divertida—. Estamos encima de toneladas de tierra mezcladas con residuos venenosos. No nos pasará nada, o al menos eso creo, pero ninguno de los clientes tipo quiso arriesgarse a que sus hijos se tragaran un bocado de tierra contaminada por accidente.

—Así que os vendieron esa casa baratísima — me digo.

—¿Vender? —dice ella, riendo como si hubiera dicho un chiste—. La empresa que construyó esto quebró. Yo tan solo me vine aquí y ocupé esta casa. De eso hace un año, y nadie ha venido a echarme. Y ahora no me hagas más preguntas y bebe mi sangre.

Eva acaricia mi rostro con sus dedos, como si yo fuese una gata. Lamo su palma mientras agarro su muñeca. Mi lengua aún me duele cuando agarro mi agujón con los dientes y lo hundo en la cálida piel de la muñeca de Eva. Es un dolor penetrante, un escozor que excita todo mi ser.

Mi boca se inunda de la dulce sangre de Eva. Cierro los ojos abrumada por el placer, y cuando los abro veo a Lili clavando su agujón en el cuello de Eva. Mis pequeñas manos recorren las suaves y generosas curvas de nuestra anfitriona, encontrándose con las de mi amada Lili. Vuelvo a cerrar los ojos mientras todos mis cabellos se erizan, mientras mis venas arden de lujuria. Unos labios calientes y

húmedos besan mis mejillas. Abro los ojos y descubro que son los de Lili que me besa con su deliciosa boca ensangrentada. Saco mi aguijón de Eva y lamo el pequeño chorro de sangre que surge del orificio antes de deslizar mi lengua entre los labios de Lili. Un coro de gemidos y susurros inunda mis oídos, acompasándose místicamente con la lánguida música.

Entonces un grito de terror hiela la sangre en mis venas.

Nuestros labios se separan y ambas alzamos la vista. Antes de averiguarlo, algo en mi interior me revela que es lo que ha ocurrido, me avisa de que mis peores temores se han hecho ciertos. Miramos a Eva, que nos contempla alarmada, la incompreensión en su bonito rostro de muñeca. Alguien ha parado la música. Un instante después Eva está en pie, corriendo hacia el lugar del que provino aquel aterrador grito y Lili y yo la estamos siguiendo. Veo a Wong, mirando aterrorizada a algún lugar ante ella que yo no distingo, pero tal y como imaginaba no veo a Joseph. Seguimos a Eva por un oscuro pasillo, adentrándonos en la casa. Creo que alguien nos sigue, quizá sea Viktor. Quizá le necesitemos.

Cielos, que no sea nada, que esté equivocada. Que solo sea una broma, una travesura. Por favor, quiero estar equivocada.

Eva abre de golpe una puerta, rompiendo un frágil cerrojo interior. Las tres nos asomamos al interior de un diminuto cuarto de baño, iluminado solo por una vela situada sobre el lavabo.

Mimi está tumbada en el suelo, la espalda desnuda contra la pared de frío azulejo, la mirada perdida en algún lugar del techo, su frágil y bonito cuerpo temblando por sus estertores, su blanco y pálido cuello surcado por un corte del que se surge un incontrolado río de sangre. Y, con la boca pegada al corte, sosteniendo aún el curvado y sanguinolento puñal, está Joseph, acuclillado sobre ella como una alimaña. Lentamente, alza la vista del corte y nos contempla, y en sus ojos veo sorpresa e incompreensión ante nuestro horror.

Lili me empuja al entrar en la diminuta estancia convertida en una furia. Casi no la veo sacar a Joseph por las solapas y arrastrarlo por el pasillo. Eva se abalanza sobre Mimi, taponando la herida con sus manos, llamando a gritos a Viktor. Me lanzo por el pasillo tras Lili. En el salón me encuentro a Wong, que me mira horrorizada, como si me demandara una explicación de lo ocurrido. Escucho la voz de Lili fuera de la casa, al otro lado de las ventanas. Tomo a Wong de la mano y me dirijo a la salida, ignorando las preguntas del resto.

Estoy tan asustada que me cuesta respirar. La puerta está abierta. Cuando salimos vemos a Lili arrojar a Joseph sobre el césped de un violento tirón. Casi no tiene tiempo de cubrirse torpemente el pecho con los brazos antes de que una de las pesadas botas de Lili le golpee despiadadamente.

—¡Bastardo! —grita Lili antes de patearle nuevamente el pecho.

Joseph gime y comienza a toser. Wong ha apartado la vista. Lili deja que Joseph se aleje de ella arrastrándose y se ponga en pié, sin dejar de toser. Todo el cuerpo de Lili está tenso, como si se estuviese conteniendo para no lanzarse sobre Joseph y romperle el cuello.

—¡Maldito bastardo! —dice Lili, conteniendo su voz para no gritar.

Escucho pasos tras de mí. Me vuelvo un instante para descubrir al resto de los invitados mirándonos desde el interior de la casa, como si les asustase salir. Viktor y Eva se abren paso entre ellos, cargando con el cuerpo de Mimi.

—¡Ayudadnos, maldita sea! —les grita Eva.

El cuello de Mimi está precariamente vendado con gasas ensangrentadas. Va dejando un camino de pequeñas manchas de sangre sobre las baldosas grises. Ofuscada, les sigo. Ludwig abre la parte trasera de la vieja furgoneta y acomodan a Mimi sobre el largo asiento. Su delgado cuerpo no deja de temblar. Maxx se quita su chaqueta de cuero y cubre a Mimi con ella.

—¡Vámonos, rápido! —grita Eva.

Parece que ella es la única con presencia de ánimo suficiente como para hacer lo que hay que hacer. El resto siguen sus órdenes en silencio, sin expresión en sus rostros, sin cruzar la mirada los unos con los otros, todavía sin aceptar lo que acaba de ocurrir. Todos se suben a la furgoneta, Maxx tras el volante. En apenas un instante se están alejando de nosotros por la silenciosa calle. Ni siquiera nos han mirado. Toda su fascinación, toda su curiosidad, no es ahora sino simple horror.

No puedo culparlos.

Joseph no ha dejado de toser. Un hilillo de sangre resbala de la comisura de sus labios. No sé si es de Mimi o suya. Lili y él continúan mirándose en silencio, como si esperasen a que el otro cometiese el error de desviar la vista para atacar. Wong se ha acurrucado junto a la entrada de la casa y ha enterrado el rostro entre sus pequeñas manos.

—¿Qué te crees que estabas haciendo? —dice Lili de repente, sobresaltándose—. Le has rajado una arteria. Puedes haberla matado.

—¿Y qué? —responde Joseph, un desprecio infinito en su voz—. Mejor ella que yo.

—¿Estás loco? —grita Lili, horrorizada—. Si tomas una vida la magia de la sangre se hará demasiado fuerte. El Loa terminará por poseerte y vivirás solo para la sangre. ¿Es eso lo que quieres?

—No te creo —contesta Joseph—. No me creo nada de eso. Nos dijiste que el poder no está en la sangre, sino en el acto de arrebatarla, en las emociones que ese acto crea. ¿Y que emociones más fuertes que las provocadas al beber toda una vida? Ahí está el auténtico poder, pero tú creías que no iba a ser lo bastante inteligente como para darme cuenta. No, eso te lo guardabas para ti y para esa maldita bollera de

tu novia. A Wong y a mi solo nos querías para el ritual.

—Eso es falso —responde Lili—. Os necesitaba para el ritual, pero lo he compartido todo con vosotros. Créeme o no, no me importa, pero ese camino que has elegido solo te traerá la perdición.

—No tengo nada que perder —dice Joseph, desafiante y sarcástico—. Eso lo aprendí de ti.

Por un momento, de nuevo el silencio. Junto a mí, Wong alza tímidamente la vista. Su mirada se cruza con la de Joseph.

—¿Vienes conmigo, Wong? —pregunta Joseph. Aunque intenta ocultarlo, en su voz hay una súplica patéticamente lastimera.

—Nunca —dice Wong antes de volver a ocultar su rostro entre sus manos.

Sin decir más, Joseph nos da la espalda y se aleja caminando, siguiendo el camino que poco antes tomó la furgoneta.

De repente un escalofrío me hace darme cuenta de que estoy helada. Lili contempla como Joseph se aleja, hasta que solo es una lejana figura a punto de ser devorada por la oscuridad de la noche. No sé cuánto tiempo permanecemos allí, sin decir palabra, sin mirarnos. Lo ocurrido todavía no ha acabado por golpearnos con su irreversibilidad. Todavía existe la absurda y patética esperanza de que todo esto no sea más que un sueño, una ilusión, una confusión. Me siento junto a Wong y rodeo sus hombros con el brazo, y en silencio la escucho llorar, y pienso estúpidamente que el suyo es el llanto más bonito que he escuchado nunca.

Lili comienza a caminar hacia el coche. Cuando llega a él, se sienta tras el volante y tan solo espera, mirando sin expresión ante ella.

No soporto verla así.

Hago que Wong se levante y voy con ella al coche. Por primera vez me siento en la parte trasera, junto a Wong, a la que no me atrevo a dejar sola.

Lili arranca el coche y nos alejamos de ese maldito lugar.

—Llévame a casa —pide Wong en un susurro—. A mi casa, con mis padres.

Lili no contesta. No me doy cuenta de lo que tardamos en llegar. Wong me besa las mejillas y yo seco las lágrimas de su rostro con mis dedos. La pequeña mano de Wong acaricia las rastas de Lili antes de salir del coche.

—Adiós —nos musita antes de dejarnos.

Creo que no la voy a volver a ver.

Lili vuelve a poner en marcha el coche. No tardamos en llegar a mi casa.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —me pregunta, sin atreverse a darse la vuelta para mirarme.

Yo la abrazo como puedo desde el asiento de atrás y beso su cuello.

Esa noche, entre mis brazos, veo llorar a Lili por primera vez.

Un beso me despierta en medio de la noche. Son los labios de Lili sobre los míos,

suaves y cálidos. Mis brazos rodean su cuerpo desnudo, la seda de su piel acaricia la mía. Por un largo y placentero momento, conversamos solo con besos, sus labios acariciando los míos con una petición de perdón en cada uno de sus roces, su lengua normalmente desbocada esperando sumisamente la mía dentro de la divina cavidad de su boca. A oscuras no puedo verla, pero lo único que siento es su cuerpo, ella es mi mundo, ella es mi todo. Agarro su cabeza con mis manos y la beso con toda la pasión y todo el amor que guardo dentro de mis entrañas.

—Te amo —le susurro.

—Te amo —me dice ella—. Eres la única persona que me importa, la única a la que realmente he amado.

—No puede ser —le contesto, confundida.

—Es cierto, mi amor —me dice ella, y aunque no solloza sus cálidas lágrimas mojan mi rostro—. Soy malvada, retorcida y egoísta. Soy cruel y solo me he preocupado de mí misma durante toda mi vida. Tú eres lo único que he amado aparte de mí misma.

—¿Crees que yo soy una santa? —le pregunto, sonriendo aunque ella no puede verme—. Las mejores personas que he conocido se creían malvadas. Siempre he desconfiado de los santos y los héroes.

—Eres maravillosa, Gogan —me dice ella—Eres mucho más fuerte que yo. Y mucho más sabía.

Río ante sus palabras, y las lágrimas corren entonces por mi rostro, lágrimas que he tenido guardadas en mi interior todo el día, liberadas al fin.

Callamos y nos besamos de nuevo. Lloramos juntas, nos besamos, nos acariciamos. Tímidamente, Lili muerde el lóbulo de mi oreja. El suave dolor me provoca un exquisito escalofrío.

—No debí dejarle marchar —susurra Lili.

—¿A quién? —le pregunto.

—A Joseph —dice ella—. Lo que le hizo a Mimi.... Es peligroso. Si sigue por ese camino se volverá más peligroso cada día.

—Terminaré por matar a alguien —digo yo, reflexionando en voz alta.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho ya? —me dice Lili—. ¿Recuerdas la chica de la otra noche, en el Démeter?

La recuerdo, y recuerdo también su sorpresa culpable al encontrarnos, la forma en que nos miraba. Lo hizo. Sé que lo hizo.

—Tengo que detenerle —dice Lili—. Yo le di su fuerza, yo le creé. Tengo que hacerlo. Es mi responsabilidad.

—Lo haremos juntas —le digo.

La beso de nuevo, la acaricio y siento como se estremece entre mis brazos, como busca mi calor. Y le hago el amor con toda la ternura con la que soy capaz. Y ella se

deja hacer, susurrando palabras de amor y deliciosos suspiros de pasión.

No pueden vernos. Están demasiado ocupados como para fijarse en si hay alguien en alguno de los escasos coches del aparcamiento, alguien que lleve casi dos horas esperando su aparición, alguien que ha temido que este momento no se produzca, y que también ha temido que se produzca demasiado pronto, o demasiado tarde.

Es un golpe de suerte que le hayamos encontrado en la primera noche. O quizá sea cierto lo que dice Lili, y el ansia de sangre se está haciendo tan fuerte en él que necesita beberla cada día, robarla, humillar cruelmente a su víctima y alimentar su ego con el miedo que provoca. Apenas un par de farolas iluminan este lugar. El utilitario de Lili está aparcado en una esquina sombría. Aún así, temo que pase su distraída mirada sobre él y lo reconozca. Casi estoy clavando mis uñas en el salpicadero en un vano intento de mitigar mis nervios. Ellos también buscan las sombras, entre abrazos y risas. La chica tiene el pelo negro y enmarañado, y viste de negro de un modo tan provocativo que resulta vulgar. Sus tacones altos resuenan arrítmicamente sobre el asfalto, sus piernas envueltas en medias de rejilla tropezando constantemente con ellas mismas y con las de él. Creo que está borracha, o drogada, por eso y por la forma patéticamente histérica en la que se ríe.

Al fin parecen encontrar un lugar adecuado para su intercambio, un oscuro hueco entre dos coches. Casi no podemos verles desde aquí. La mano de Lili aprieta la mía en una muda señal. Salgo del coche con todo el sigilo del que soy capaz, intentado no hacerme de nuevo la pregunta que lleva atormentándome todo el día.

¿Qué vamos a hacer con él cuando lo detengamos?

La chica no se da cuenta del puñal hasta que siente su frío en el cuello. No es lo que esperaba, no es lo que él le había prometido. Intenta gritar, pero la mano de él se posa con fuerza sobre sus labios pintados de negro. Por un momento él contempla el terror en los ojos de la chica, lo bebe con tanto placer como la sangre que se dispone a robarle, o la vida que no le importaría quitarle. Eso nos da el tiempo necesario para llegar junto a él.

Joseph grita sorprendido cuando las dos lo agarramos desde su espalda y lo separamos de la aterrorizada chica. Tan entregado estaba en su dominación que no escuchó nuestros pasos al acercarnos a él. Tanto él como la chica nos miran desconcertados.

—Vete —le digo a la chica, que está a punto de caer a causa de sus tacones al echar a correr, el miedo volviéndola sobria de repente.

—Zorra —escuche Joseph mirando a Lili.

De repente le lanza una cuchillada que Lili esquiva a duras penas. Me lanzo sobre él intentando agarrarle por detrás, pero se revuelve con una fuerza de la que no le creía capaz y me golpea el rostro con el codo, profiriendo un grito de ira que destroza mis tímpanos. El golpe me da justo en la nariz. Un dolor sordo y punzante se extiende

por mi rostro, un dolor sin poesía que hace que mi mundo se vuelva rojo. Desorientada, estoy a punto de caer. Escucho un fuerte pitido en mis oídos, y bajo él un grito súbitamente ahogado por un gorgoteo.

Cuando se me aclara la vista, veo a Lili mordiendo despiadadamente la garganta de Joseph, gruñendo como un gran felino mientras Joseph intenta gritar. Pero nada surge de entre sus labios. Lili aprieta con más fuerza aún, y la piel de Joseph cede bajo sus dientes, y después su carne, y la sangre de Joseph comienza a manar sin freno, derramándose dentro de la boca de Lili, chorreando por las comisuras de sus labios, manchando su rostro y su vestido negro. Una violenta tos sacude el cuerpo de Joseph. Lili lo suelta y cae al suelo, como un muñeco roto.

Lo contemplo desangrarse a mis pies, veo sus últimos estertores.

Entonces alzo la vista y veo su puñal clavado en el costado de Lili.

—Cielos —consigo decir con apenas un hilo de voz.

Lili agarra el mango del puñal y lo extrae lentamente de su cuerpo, su rostro una máscara de dolor. Nada más ser liberada la ensangrentada hoja, la sangre de Lili comienza a manar con más fuerza. Por un instante las rodillas de Lili le fallan y está a punto de caer. Me abalanzo sobre ella y la sostengo.

—Tengo que llevarte a un hospital —le digo, tan nerviosa que soy incapaz de gritar, aunque cada centímetro de mi ser necesita la liberación de un grito.

—No —susurra ella—. Me he bebido su vida. Con eso bastará.

Con Lili apoyándose en mí, dejando un rastro de sangre a nuestras espaldas, volvemos al coche. Ni le dedicamos una mirada al cuerpo de Joseph. Ya no existe. Ya no es nada. Siento a Lili en el asiento del pasajero, a mi lado. Yo me siento ante el volante, tratando de recordar como se conduce este artefacto. Hace tanto tiempo que no conduzco que parece una eternidad. Al fin me calmo el tiempo suficiente como para acordarme de encender el motor.

Cielos, hemos matado a Joseph. Y Lili se está muriendo. Cielos, ¿a dónde la llevo? ¿A dónde iremos ahora?

—Vamos al cementerio —me dice Lili, asustándome—. No temas —continúa con una débil sonrisa—, no voy a morirme. Quiero ir a la tumba de Karla, para investirme de su poder y curarme.

La voz de Lili es apenas un débil susurro ronco. Incapaz de pensar, pongo el coche en movimiento. Hacia el cementerio.

No puedo estar tan lejos. No, no puede ser. Tengo que haberme confundido, he debido de haber tomado un desvío equivocado. O quizá sea que el cementerio no está señalizado en absoluto, el típico miedo a la muerte de los que prefieren que nada les recuerde su existencia, ni tan siquiera una señal indicando donde está el lugar en el que reposan los cadáveres.

A mi lado, Lili murmura. Creo que está delirando. Y yo voy a llevarla a un

cementerio. Ya ha ocurrido. Ya me he vuelto completamente loca.

—Gogan —dice ella, llamándome con una voz que no es sino un débil recuerdo de los susurros de amor que he escuchado cientos de veces.

—Estoy aquí, Lili —le contesto, intentando tranquilizarla.

—Gogan, mi amor —dice ella, su voz casi inaudible por el ruido del motor—. No me queda mucho tiempo. Hay algo que tengo que decirte.

—Me lo dirás mañana, Lili —le digo. No quiero que haga nada. Tengo el absurdo miedo de que el más mínimo esfuerzo consuma la poca vida que le queda dentro de las venas.

—Tengo que decírtelo ahora, mi amor —dice ella—. Ahora que mi fe comienza a fallar.

—No me digas nada, Lili —le suplico.

—Tengo que hacerlo —me susurra—. Te lo debo.

—No, por favor —le pido de nuevo, sabiendo ya en algún oscuro rincón de mis pesadillas más tristes qué es lo que va a decirme.

—No sé quién era Karla Freund —susurra ella—. Su historia no es más que una fantasía que creé para convencerlos. Esos discos, no sé quién los grabó. Y yo misma inventé el ritual.

—Lo sé —le digo, mientras mis lágrimas vuelven a correr por mis mejillas, empañando mi visión—. Lo he sabido siempre. ¿O es que no te has dado cuenta de que estoy en esto solo porque te amo, porque el amarte ha dado sentido a la poca vida que me queda?

Lili no contesta. Yo sigo conduciendo, sin saber porqué lo hago.

O quizá si lo sé. Para darle un sentido a todo esto. Para no romper una fantasía hermosa, aunque sea falsa.

No tengo nada que perder. Ya estoy muerta. Esa es mi bendición, mi fuerza.

Encuentro las llaves de la verja del cementerio en un bolsillo del abrigo de Lili. Le ayudo a salir del coche y hago que se apoye en mí al caminar, pero casi la arrastro, tan pocas son las fuerzas que le quedan. Tengo que dejarla tumbada en el suelo mientras abro la verja. Después la arrastro como puedo por entre las tumbas. Una niebla fría y húmeda nos rodea, como si estuviese ávida de robar el poco calor que le queda al cuerpo de Lili.

Al fin encuentro la tumba. Dejo a Lili sobre ella, tumbada, y siguiendo un impulso cruzo sus brazos sobre su pecho. Sus preciosos ojos me miran con ternura, dos llamitas verdes en medio de la oscuridad.

—No llores, cielo —me dice ella, con un último suspiro, antes de cerrar los ojos. Beso sus fríos labios. Los vuelvo a besar. Y una vez más.

—Te amaré siempre —le digo a lo que ya no es sino una hermoso cadáver.

Introduzco los dedos en su herida, aún sangrante, y me lamo la sangre que corre

por mi mano, sintiendo por última vez la fuerza y el exquisito sabor de su sangre. Vuelvo a besar sus labios y me alejo de allí, caminando, sin mirar hacia atrás.

Ella no es la única que acaba de morir.

Durante días intento no vivir. Tumbada en una cama deshecha, en una habitación a oscuras, desnuda, mirando a la nada, tratando de no pensar, esperando sencillamente la muerte. Vamos, ya estoy muerta. Ven a por mí. Hace días que no bebo sangre. Pero nada ocurre. No vuelve mi debilidad, ni mis dolores de cabeza. Mi agujero negro no es más que un triste recuerdo. Cielos, ni siquiera tengo hambre.

Pero mi mente, mi propia mente, esa sí que conjura la muerte. Poco a poco la siento disgregarse de mi cuerpo, convertirse en algo distinto, un espectral parásito que me atormenta con imágenes febriles de lujuria, crueldad, placer y dolor. No hago nada para evitar mi descenso paulatino y premeditado en la locura más absoluta. La oscuridad se cierra a mi alrededor y lo que soy deja de existir. Tan solo queda una grotesca moribunda, patéticamente desnuda, sin un solo pensamiento detrás de unos ojos sin brillo. Así permanezco por días. Hasta que algo me saca de allí.

La pura e irresistible ansia de sangre.

Como una autómatas, me doy una ducha y me visto con mis mejores galas. No sé cómo hago el camino hasta el Démeter, pero de repente me encuentro allí, en la entrada del club de ambiente. El olor a sangre parece haberme despertado. Lentamente, recorro la estancia, sabiendo muy bien lo que busco. Si no la encuentro, volveré a mi letargo para no salir de él nunca más. Pero allí está ella, mi diosa, mi amada diosa, medio desnuda, mirándome con un deseo infinito.

Sin dejar de mirarme, se hace un corte en un seno con una pequeña cuchilla. Comienzo a beber de él justo cuando la sangre comienza a manar. El tacto de su piel y el sonido de sus gemidos de placer despiertan partes de mí que creía definitivamente muertas. Su sangre me llena de calor, de fuerza, de vida. Me detengo un momento para besar sus labios, y ella contesta a mi beso con una deliciosa ferocidad. Vuelvo a beber. Cojo la cuchilla de sus dedos de niña y dibujo nuevos cortes en su pálida piel.

A partir de ese momento, todas las noches venero a mi diosa, la domino para robar su sangre, y su sangre me mantiene viva.

Nunca cruzamos una palabra.

Un día decido volver a asistir a clase, simplemente como una forma de llenar mis días, mi espera hasta que llegue la noche y me encuentre de nuevo con Marioneta. No me gusta salir de día, pero usar gafas oscuras me sirve de ayuda. No tardo en volver a coger el ritmo de las clases. Sigo estando tan sola como antes, pero no me importa lo más mínimo. Creo que hay algo en mí que asusta a mis compañeros de clase, y eso me encanta.

Una noche en la que no puedo dormir, aún con el sabor de la sangre llenando mi

boca, recuerdo la promesa que le hice a Lili. Al día siguiente vuelvo a escribir, una novela completamente nueva. Habla de Lili, de nuestra extraña, absurda y hermosa historia. Pongo en ella toda mi pasión, toda mi locura. Cuando la termine, se la enviaré a Frida. Seguro que le gustará volver a saber de mí. Seguro que ella comprenderá esto en lo que me he convertido.

Una noche, cuando vuelvo a casa, hay alguien esperándome junto al portal, alguien que se oculta entre las sombras. Sé quién es antes de que salga a la luz. Creo que se me ha detenido el corazón.

Debo estar soñando.

Lili me sonrío, con esa deliciosa sonrisa de malvada que tanto amo.

## **NOTA FINAL**

Aunque esta historia es completamente de ficción, las creencias, teorías filosóficas y prácticas relacionadas con la sangre en ella descritas están basadas en prácticas existentes o inspiradas en ellas. Existe un mundo oculto ahí fuera, tentándonos con sus secretos, tan fantástico y sorprendente que cuesta admitir que sea real. Pero lo es.